

Selecta

UN TÉ CON AMOR 2

*Arándanos
con
mandarina*



MAR P. ZABALA

Arándanos con mandarina

Un té con amor 2

Mar P. Zabala

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A mis chicas de «Porque lo valemos»

Capítulo 1

Estaba cansada. Llevaba cinco horas de pie tras la caja del supermercado donde trabaja desde hacía cuatro años, y todavía le quedaban otras tres. El pantalón azul del uniforme ya necesitaba ser cambiado, estaba desgastado y con un par de rotos por haberse enganchado con una caja. El polo rojo, manchado de refresco de cola, que un gracioso melenudo de quince años había agitado justo antes de dárselo para que se lo cobrara, se le pegaba al cuerpo, y la incomodaba. ¡Lo que daría por sentarse cinco minutos! Pero no estaba permitido. Tenían que estar de pie las ocho horas con la mejor de las sonrisas.

Su madre no perdía ocasión de reprenderla cada vez que la veía.

—¿Para qué malgastaste cuatro años de tu vida estudiando Derecho? Una oposición tendrías que estar preparando. ¡Lo que nos sacrificamos para pagarte la carrera! Un puesto fijo de funcionaria, de esos de ocho a tres con las tardes libres. Mira a tus hermanas, ellas sí que lo hicieron bien.

Lo que su madre no entendía era que no era capaz de ponerse a estudiar durante todo el día viendo la vida transcurrir al otro lado de la ventana. Claro que ver pasar los alimentos y los paquetes de papel higiénico horas tras hora, día tras día, mes tras mes, tampoco era lo que deseaba hacer durante toda su vida. ¿Qué quería hacer? ¿En qué le gustaría trabajar? No lo sabía, así de sencillo. Desde luego, Derecho no. ¿Ser abogada o juez? Aburrido. ¿Una oposición? ¡Qué pereza! Admiraba a sus hermanas pequeñas. Catalina era maestra en un pueblo de Andalucía y Lucía trabajaba como administrativa en

un centro de salud de Badajoz. Venían a ver a sus padres una vez al mes, ¿para qué más? Ya estaba Agatha para ocuparse de ellos cuando la necesitaban. Los quería, sabía que sus consejos eran por cariño, o al menos eso prefería pensar, pero necesitaba su espacio. Su trabajo tenía también una parte buena, los clientes eran casi todos habituales. Sabía cuando los estudiantes del portal de enfrente tenían fiesta en casa, ese día, su compra era todo bebidas. La joven pareja que acaban de ser padres de un niño, que siempre anunciaba su llegada al supermercado llorando con fuerza. La morenita de cinco años que llenaba el carrito de su madre con chocolatinas cuando esta no miraba. La pareja de ancianos que compraba ingredientes para la paella del domingo, a la que asistirían sus nietos, de los que ya se sabía los nombres. Luego estaban los otros. La antipática, que no la miraba a los ojos nunca y le daba la tarjeta para que le cobrara mientras se mensajeaba con alguien por el móvil; el que siempre pagaba con un billete de cincuenta euros, aunque solo llevara una barra de pan; el altiricón rubio de fríos ojos azules, que compraba una botella de vodka todos los sábados y estaba por la primera vez que respondiera a su saludo.

Sin duda, el mejor momento de la semana era la tarde que pasaba con su abuela Margarita, en su diminuto palacete, reminiscencia del pasado. Una casa pequeña, de dos plantas, rodeada de un jardín que en medio de la ciudad era un vergel. Numerosos constructores habían llamado a su puerta para ofrecerle cuantiosas sumas de dinero, debido a su excelente ubicación. En medio de la ciudad, donde ya no quedaba un metro edificable. Su abuela les había dicho a todos que no, era su casa, y de ella nadie la sacaba. Había oído a sus padres hablando, cuando creían que ella no los escuchaba. Planeaban vender la casa en cuanto estuviera a nombre de la madre de Agatha y de sus tíos.

—Será el dinero para nuestra jubilación. Para viajar y darnos algún capricho —repetía su madre a su padre—. ¡Que ya nos toca a nosotros disfrutar un poco!

—No sé qué decirte, piensa en las niñas.

—Las niñas ya tienen su trabajo.

—Pero Agatha...

—Le pagamos la carrera, no podemos hacer más. Si prefiere malgastar su inteligencia en ese supermercado, es cosa suya.

Hastada de aguantar reproches, un buen día decidió alquilar un piso, que compartía con una estudiante de postgrado a la que nunca veía, ya que se pasaba el día en el laboratorio haciendo prácticas y desarrollando una innovadora técnica para analizar las moléculas inestables de un compuesto de nombre impronunciado. Ella era de Letras, no había entendido nada cuando Natalia se lo había explicado la primera vez. Bueno, si era sincera consigo misma, ni la segunda, ni la tercera vez tampoco. Pagaba bien su parte del alquiler, no traía gente al piso y cumplía con sus tareas de limpieza. Las raras tardes de domingo que coincidían las dos, Natalia era una agradable compañía para ir al cine o pedir una pizza y acomodarse en el sillón. Agatha no ganaba demasiado, pero sí lo suficiente para no depender de sus padres y tener su independencia. Cuando alguna vez había gastado demasiado y andaba justa de dinero a final de mes, su abuela le ponía algún billete en el monedero, sin que ella lo supiera, y más tarde, lo descubría agradeciendo tener una tía tan dulce.

—Algún día sabrás cuál es tu destino —le solía decir su abuela, cuando le confiaba su desasosiego—. Déjalas que hablen, llegará tu momento.

—No lo sé, abuela, tal vez debería hacerles caso y prepararme una oposición.

—Si ese hubiera sido tu destino, ya lo habrías alcanzado.

A veces su tía se ponía muy filosófica. Se reían de ello mientras Agatha le decía que parecía Yoda y esta le replicaba que ella era mucho más sabia y estaba menos arrugada gracias a sus cremas. Sus remedios naturales eran codiciados por toda la familia y por sus amigas. Su abuela tenía la tisana perfecta para la tos, la crema ideal para hidratar la piel, la solución más adecuada para un doloroso sabañón. Ni Agatha ni sus hermanas habían tenido

que sufrir el molesto acné juvenil, gracias al tónico de su abuela Margarita. Las tres habían sido la envidia de sus compañeras de clase en el colegio.

Ese sábado tendría la tarde libre y, antes de salir con sus amigas, quería pasar un rato a verla. Le llevaría uno de esos bizcochos para merendar que tanto le gustaban. Cuando habían hablado por teléfono, la había sentido algo alicaída, llevaba una semana con catarro y no parecía terminar de quitársele nunca. Le había ofrecido acompañarla al médico, pero se había negado.

—No es nada, mi niña. Un catarro que me curo yo misma con unas hierbas de mi jardín. Los médicos solo mandan medicamentos buenos para una cosa y malos para ciento.

Aun así el sábado le compraría algún jarabe antes de ir a verla, y ya vería cómo conseguiría que se lo tomara.

—Agatha, ¡La Lista! —le advirtió su compañera dándole un golpecito en el hombro para hacerla volver a la realidad, al ver que se acercaba la encargada, Calista, o como la llamaban todos: «La Lista».

Tenía que centrarse si no quería quedarse sin la tarde libre por un enfado de La Lista. Llevaba sin tener un sábado de descanso más de un mes, y no estaba dispuesta a cambiar esa tarde por una tarde de lunes, ni aunque le ofreciera el día entero. Una cosa era hacer un favor a un compañero, y otra tener que trabajar todos los sábados porque a la encargada no le caía bien. Era el cumpleaños de Marta y lo iban a celebrar a lo grande. Ella y Ana eran sus mejores amigas. En realidad, la primera era su tía, la hermana pequeña de su madre. Solo se llevaban tres años, ella tenía cuarenta y dos, y su tía-amiga tenía cuarenta y cinco. Cuando Agatha nació, su madre trabajaba con su padre en el negocio familiar: una carnicería; de modo que su abuela la había criado a la vez que criaba a su propia hija. Su hermana Catalina nació cuando ella ya tenía diez años, y Lucía, dos años después. Ellas dos eran uña y carne, la diferencia de edad hizo que no compartieran mucho tiempo de juegos y de aventuras con su hermana mayor. Sin embargo, a su tía Marta le pasaba lo contrario. Era la menor de cuatro hermanos y por ser la pequeña pasaban de

ella. Juntas habían compartido confidencias, cigarrillos y fiestas, bajo las faldas de su abuela. Ana había llegado a sus vidas cuando apareció en la puerta de su tía vendiendo cosméticos de Avon. Margarita no le compró ninguno, porque hacía sus propias cremas con las hierbas de su jardín, pero la invitó a pasar y a tomar una taza de té aquella lluviosa tarde de otoño. Un té de arándanos con mandarina, especialidad única de su abuela, que cultivaba ambos frutos con amorosas manos. Cuando Agatha llegó de la tienda en la que entonces trabajaba como dependienta con Marta, se encontró a su abuela y a Ana en amigable charla.

—Querida —le dijo su tía después de darle dos sonoros besos en las mejillas—, hay alguien que quiero que conozcas, seréis buenas amigas.

—Pero, abu...

—Lo sé. Pasa a conocerla.

De eso hacía ya quince años. Su abuela no se había equivocado. Agatha, Marta y Ana se hicieron inseparables. Juntas habían vivido el noviazgo de Marta y Mateo, sus rupturas y reconciliaciones, sus peleas y sus buenos momentos. Su boda hacía siete años y el nacimiento de los gemelos. Cada una era la madrina de uno de ellos. Su abuela, era la tía de los pequeños. Decía que, como sus otras nietas no le habían dado bisnietos, los gemelos se llevaban todo su afecto. Los muy picaros se aprovechaban, consiguiendo que la abuela Margarita jugara con ellos sin parar y les cocinara todos los dulces que deseaban. Para lo bueno y lo malo, sabían que Margarita siempre estaría allí para ellas. Ella había sido el hombro en que lloró Ana cuando descubrió que su marido la estaba engañando con otra. Incluso vivió un mes en casa de la abuela de Agatha, incapaz de enfrentarse a la vida sola. Margarita hizo que volviera a tomar las riendas de su vida y la ayudó a encontrar un piso pequeño en alquiler cerca de donde Agatha vivía. Las dos amigas se veían a diario.

Ni Ana ni Agatha eran muy aficionadas a la cocina, así que cada día comían una en casa de la otra para no tener que cocinar. Salvo cuando tenían *tuppers* que les preparaba la abuela Margarita, con los que llenaban el congelador y se

alimentaban la mitad de los días. Tortilla de patata, croquetas de jamón, lentejas, albóndigas... Su abuela no solo era buena sanadora, sino que también tenía una excelente mano para la cocina. Cuando no tenían ganas de cocinar o no les quedaba nada de lo que les había dado Margarita, iban a comer algún menú del día, en alguna de las cafeterías cercanas a su casa o al supermercado donde trabajaba Agatha. Si Ana tenía que viajar y no podían comer juntas, Agatha comía con su abuela o con Marta y los gemelos. Rara vez iba a casa de sus padres, pues sabía que en cuanto dijera que tenía que ir o que venía del supermercado habría bronca en casa. Salvo que necesitaran que los acompañara a algún médico o a hacer algún trámite, prefería no ir a verlos. Sus padres sí que iban al médico: si podían todas las semanas mejor, no fuera a ser que tuvieran algo grave y no se lo detectaran a tiempo. Las tisanas de la abuela Margarita eran «agua sucia» para su madre. Su yaya fingía que no le importaba el desprecio, pero Agatha sabía que le dolía. Candela y Lucía solían visitarla a escondidas, para abastecerse de infusiones y de cremitas.

Ese viernes ya era casi la hora de cerrar, solo quedaban diez minutos para que llegara el momento de echar la tapra y comprobar que la caja cuadraba, antes de irse a su casa. ¡No se lo podía creer! Allí estaba el rubio a la carrera, creía que esa semana se libraría de verle porque solía ir los sábados por la tarde, pero no, estaba entrando en el supermercado y se dirigía a las bebidas alcohólicas. Quizás aún evitaría tener que atenderle si se iba a alguna de las otras tres cajas que permanecían abiertas. ¡Mala suerte! El altiricón se había puesto en su cola. ¡Qué buena forma de terminar la jornada! Respirando, decidió ser educada y le saludo con un formal «Buenas noches».

—Eh... si, buenas, deme una bolsa, por favor.

—Por supuesto. —Nada, ni un «Hola», aunque al menos había dicho «Por favor». Ojos de Hielo, que era como le había apodado Ana cuando Agatha le había hablado de él, le tendió un billete para que le cobrara—. Aquí tiene su cambio, que tenga buena noche.

—Umm gracias.

Agatha vio cómo se marchaba y, suspirando resignada, se concentró en cerrar la caja y prepararse para irse a casa. Eran las nueve y media, al día siguiente tenía que estar a las ocho de la mañana en el súper otra vez, para ayudar a reponer las estanterías antes de que abrieran al público. De forma que, pensando en su cómodo sofá y en el bocata de jamón que llevaba en el bolso, salió de trabajar directa a su piso.

Capítulo 2

Tenía que darse prisa, eran las cinco pasadas y a las ocho había quedado con las chicas en la puerta del bar donde se tomarían unas tapas antes de cenar. Después habían reservado mesa en un coqueto restaurante italiano en el barrio antiguo. Y por último irían de copas, hasta que el cuerpo aguantara o, en el caso de Marta, hasta que empezara a recordar que tenía hijos y debía volver a casa.

—También son los hijos de Mateo —le recordaba Agatha en esas ocasiones—. Estarán durmiendo en sus camitas tan a gusto. Relájate y disfruta de la noche. Su padre les cuidará igual de bien que tú.

—No sé qué deciros. Le da igual lo que llevan puesto, y si comen chuches o no.

—No seas pesadita —le solía reñir Ana—. Los tres sobrevivirán a unas horas sin ti.

Se había puesto unos cómodos *leggings* y una camisola de cuadros escocesa, con un abrigo encima para ir a casa de su abuela. Quería volver a su piso sobre las siete para arreglarse con detenimiento a fin de celebrar el cumpleaños de su amiga. Natalia se había ido con unos compañeros de la facultad a pasar el fin de semana a Oporto. Tenía el piso para ella sola y pensaba disfrutarlo dándose un largo baño antes de salir. Su abuela les había preparado una mermelada casera de mandarina, un tarro para cada una, que Agatha tenía que recoger esa tarde.

—¡Hola, abuela! Ya estoy aquí —anunció en voz alta, después de abrir la puerta con la copia de llaves que la anciana le había dado a los quince años y que guardaba a buen recaudo como el más preciado de sus tesoros. Su madre no sabía nada, Marta había sugerido que era mejor no decírselo, se enfadaría al saber que su hija tenía llaves de la casa de su madre y ella no. Cuando su abuela se enteró de los planes de los padres de Agatha de vender la casa, había hecho cambiar la cerradura y se había negado en rotundo a darle una copia de las llaves nuevas a su hija. Solo Agatha y Marta tenían una copia. Nadie más.

Agatha, extrañada de no obtener respuesta de su abuela, dirigió sus pasos al salón, desde donde llegaban las voces de la película que en esos momentos estaban emitiendo por televisión. Al entrar en la habitación, vio la coronilla de su abuela que asomaba por encima del sillón.

—Abuela, otra vez estás con la tele tan alta que no me has oído entrar —dijo risueña Agatha acercándose a besarla.

—¿Abuela? ¿Estás dormida?

No estaba durmiendo como había pensado Agatha al verla con los ojos cerrados. Su faz relajada y en paz no mostraba signo ninguno de dolor. Con miedo, temblando, alargó la mano hasta tocar aquella mejilla que había besado tantas veces; estaba fría y pálida.

—Abuela, no, no puedes estar muerta —sollozó Agatha arrodillándose junto al cuerpo inerte de la dulce mujer que había sido su abuela, su madre, su confidente, su todo. Sollozando hasta quedarse sin lágrimas, sin percatarse de la hora y de cómo la noche caía tras la ventana, Agatha se desmoronó. Nunca había sentido tanto dolor, era como si su cuerpo se partiera en dos, todo su mundo había dejado de tener sentido para ella. Si no estaba su abuela, no sabría cómo podría enfrentarse sola a la vida. Margarita era la única persona que la había querido siempre incondicionalmente, solo por ser ella. No importaba lo que dijera o lo que hiciera, su abuela la quería por encima de todas las cosas. No podía respirar, le faltaba el aire. Hecha un ovillo en el

suelo, temblaba y lloraba.

Ana y Marta extrañadas por la tardanza de Agatha, que era la más puntual de las tres, la llamaban al móvil inquietas. Al principio pensaron que un imprevisto de última hora la hacía retrasarse. Entraron en el bar, para esperar más calientes, y pidieron unas cañas y unas patatas bravas. Sin embargo, cuando se fue aproximando la hora de la reserva en el restaurante, comenzaron a preocuparse.

—Es muy raro, Ana.

—Iba a ver a tu madre antes de quedar con nosotras. Tenía que recoger los tarros de mermelada.

—Umm déjame ver... tampoco lo coge. Hacer frío para que salga a estas horas. Deberíamos acercarnos a su casa. Son las nueve y veinte, Agatha nunca llega con más de cinco minutos de retraso.

—Venga, pidamos la cuenta y vamos a casa de Margarita.

Por el camino apenas hablaron, su nerviosismo iba en aumento. Ana insistía llamando a Agatha y Marta hacía lo mismo con Margarita. Cuando llegaron a casa de la anciana, Marta sacó las llaves del bolso y entraron en el pequeño palacete. Desde la puerta escucharon el llanto lastimero de Agatha.

—¡Agatha! ¡Mamá!

—Está muerta, Marta; está muerta.

Marta se unió al desconsuelo de Agatha, y Ana con ellas. Cuando algo más tarde se sintieron con fuerzas para ello, avisaron al 112 y al resto de los miembros de la familia. Agatha necesitó que le dieran un suave calmante, para que dejara de temblar y sollozar. Las siguientes horas se fueron sucediendo en una confusión de rostros y vacías palabras de ánimo. Como una marioneta, Agatha se dejó llevar con la mente llena de recuerdos y añoranza. Su madre apareció dando órdenes junto con sus dos hermanos. Las tres amigas se mantenían al margen, prefiriendo no intervenir. Ya no había nada que ellas pudieran hacer.

Mateo se quedó con los gemelos, para evitar que vivieran los tristes

momentos. Ana y Agatha estaban en un rincón con las hermanas de esta última, Lucía y Candela, que con ojos llorosos recordaban a la abuela Margarita.

—Tenía pensando ir a visitarle el fin de semana que viene, este me había dado pereza venir, y ahora... —se lamentaba Lucía.

—Yo iba a ir mañana, me dijo que ya me había hecho la crema para la alergia de las manos —comentó Candela llorosa.

—Estaba en una bolsa con un tarro de mermelada, junto a los nuestros —le dijo Agatha haciendo un esfuerzo por sonreír, besando en la frente a su hermana.

—Chicas, vengo un rato con vosotras.

—¿Cómo estás, Marta?

—Mi hermana puede ser agotadora, Ana. Están hablando de ir al abogado el lunes después de la misa funeral. Uno de mis hermanos estaba diciendo que el martes tenemos que estar en el notario a las doce.

—Todavía no está enterrada, la abuela Margarita está en su ataúd en la otra habitación —replicó Agatha molesta.

—No creo que eso les importe.

El velatorio se llenó de amigos de los padres y tíos de Agatha, vecinos y conocidos, que habían ido a dar el pésame y a que se los viera, como solía ocurrir en estos casos.

—¿Quieres que me quede contigo, Agatha? Si Natalia no está, no es momento para que estés sola.

—Oh, ¿no vienes con nosotras? —preguntó con tristeza Lucía.

—Sí, hermanita, esta noche voy a casa de papá y mamá, y me quedo con vosotras —afirmó Agatha, con Candela abrazada a su cintura—. Ana me encantaría que durmieras con nosotros, pero mi madre seguro que protestaría.

—Ana se viene a casa con Mateo y conmigo.

—Gracias, Marta.

—De nada, tesoro. Sé que la querías, y que ella te quería como a una más de nosotras. Eras su familia tanto como ella era la tuya.

Ninguna de ellas durmió esa noche, se limitaron a permanecer tumbadas en la cama recordando a su abuela Margarita. Si se esforzaban, podían sentir su tibia mano acariciando su rostro. Incluso a Agatha le pareció oler su perfume de madreselva, cuando cerró los ojos, en la cama que ocupaba con sus dos hermanas. Las lágrimas volvieron a humedecer su cara, haciendo un esfuerzo las contuvo, y pasó el resto de la noche escuchando las respiraciones acompasadas de Candela y de Lucía, que al alba lograron dormirse.

El día del entierro amaneció soleado y claro. Como si su abuela hubiera querido enviarles desde el cielo un rayo de luz y esperanza. La misa funeral fue larga, llena de las mismas caras anodinas y vacías que había visto en el velatorio. Agatha se envolvió en el abrigo, incapaz de sentir algo de calor. Sin darse cuenta, el funeral llegó a su fin. Tras el desfile de caras compungidas que daban el pésame, se subieron a los coches que debían llevarlos al cementerio. Allí, con sorpresa, vieron que había acudido más gente que al velatorio y a la iglesia; había varias mujeres, jóvenes y mayores a las que no conocían.

—¿Quiénes serán? —le preguntó Agatha a su tía.

—Supongo que clientas que se han enterado de la muerte de mi madre. Sé que le vendía sus cremas e infusiones a un círculo reducido de amigas, hijas de amigas, conocidas de estas, etc.

—Pues son un montón —apuntó Agatha.

Estaba de pie, entre Marta y Ana, esperando a que llegaran los de la funeraria con el ataúd, cuando sintió un suave tirón en la manga. Era Natalia, su compañera de piso.

—Agatha, siento mucho no haber estado ayer en la ciudad —le susurró Natalia mientras la abrazaba.

—Gracias —le respondió Agatha con una mueca, que pretendía ser una sonrisa—. ¿Cómo te has enterado?

—La casera me avisó. Ya sabes que era amiga de tu abuela.

—Te agradezco que hayas venido.

—¿Cómo no iba a estar a tu lado! —exclamó Natalia con ternura—. Puedes volver al piso, ya no estarás sola. Me quedaré contigo el fin de semana, no hace falta que sigas en casa de tu madre —agregó bajando la voz, conocedora de la relación entre Agatha y sus padres.

—¿Me puedo ir con vosotras? —preguntó Ana, a lo que Agatha le respondió cogiéndola de la mano.

Por nada del mundo pasaría otra noche bajo el mismo techo que sus padres. La noche antes, desde la cama doble que habían formado uniendo la cama de Lucía y la de Candela, Agatha había oído hablar a su madre en la cocina.

—El martes a las doce nos reunimos con el notario. Es protocolo solamente, ya sabemos que los bienes y el dinero que pudiera tener en el banco mi madre se repartirá a partes iguales entre los cuatro.

—¿Y la casa?

—Mis hermanos están de acuerdo en venderla al constructor que nos hizo la última oferta.

—No sé si Marta querrá vender su parte.

—Somos tres contra ella, tendrá que aceptar lo que decida la mayoría — afirmó la madre de Agatha muy segura de sí misma.

Agatha había preferido no oír más de lo que decía su madre, sin escrúpulo ninguno, ni sentimiento aparente de pena por la muerte de su progenitora, a la que aún no habían ni siquiera enterrado. Decidió tomarse la pastilla que le habían recetado esa tarde y quedarse grogui unas horas.

El despacho del notario de su abuela estaba situado en un piso antiguo, con suelos de madera que crujían a cada paso, escasa iluminación, y legajos por doquier. En la salita de espera se agolpaban todos los miembros de la familia. Sus padres, sus tíos con sus esposas, y Marta con Mateo. Ella hubiera preferido no ir, pero el abogado había insistido que tanto ella como Ana

debían estar allí presentes. Ambas se sentían como ratoncillos a punto de ser devorados por un grupo de gatos hambrientos. Su madre la miraba con abierta hostilidad.

—¿Agatha? ¿Por qué tiene que ir ella? —preguntó sorprendida cuando su padre les informó de la petición del notario, tomando un café a la salida del cementerio—. ¿Y esa arrimada de Ana?

—¡Mamá! Es mi amiga.

—Me importa un bledo, no es de la familia. Tú tampoco tendrías que ir. Es cosa de hijos, no de nietos.

—Si ellas no van, el notario ha dicho que no se podrá leer el testamento —explicó el padre de Agatha.

De modo que allí estaban los diez, esperando a que el notario los llamara a la sala de reuniones donde harían la lectura de las últimas voluntades de la abuela Margarita.

—Pueden pasar —anunció una secretaria.

En el extremo opuesto de la mesa, se sentó Agatha, flanqueada por Marta y Ana. Las tres cogidas de las manos se dispusieron a oír lo que el notario tenía que decirles. La madre de Agatha se sentó al lado del notario, con cara de fastidio, por estar perdiendo el tiempo.

—Todos los bienes se repartirán en cuatro partes que se distribuirán equitativamente entre los cuatro hijos de doña Margarita —dijo el notario ante las sonrisas de satisfacción de la madre de Agatha y sus hermanos—, a excepción de lo siguiente. Ahora debo entregar una carta a su hija Marta; otra, a su querida Ana; y una última, a su nieta Agatha.

Ana abrió su carta, ante la mirada sorprendida de los tíos de Agatha que no sabían que hacía allí:

Querida Ana:

Desde el día que apareciste en mi puerta, supe que habías llegado para quedarte, que serías la fiel compañera de mi hija Marta y de mi nieta Agatha. Sé lo que te gustaban mis cremas y cómo has intentado sonsacarme

durante estos años mis «pócimas secreteas» como vosotros las llamabais. Mi buen amigo Rogelio, el notario que te ha dado esta carta, tiene a buen recaudo un cuadernito que ahora es tuyo. En él te he dejado apuntado mis remedios, mis fórmulas magistrales y mis mezclas de infusiones. Te será útil, pero estoy segura de que pronto no lo necesitarás, ya que tú crearás tus propias «pócimas». También te lego algo de dinero para que puedas crear esa línea de cosméticos y productos de belleza con la que sueñas. Lo único que te pido a cambio es que sigas cuidando de mi jardín. Agatha te ayudará con las plantas.

Te quiero.

Abu Margarita

—Bien —comenzó a decir el notario cuando vio que Ana había terminado de leer la carta—. Este es el libro y, si es tan amable de darme sus datos y su número de cuenta, le haré la transferencia del dinero, en cuanto firme estos documentos.

—¿Dinero? —preguntó la madre de Agatha abriendo los ojos.

—Sí —afirmó Rogelio, guardándose de mostrar cara de satisfacción. Margarita le había hablado en varias ocasiones de su hija mayor, una mujer egoísta, casada con un hombre al que manejaba a su antojo. Desde donde quiera que estuviera Margarita, se estaría divirtiendo al ver la situación, y aún faltaban dos sorpresas más—. 6 000 €. Cualquier ayuda que necesite para iniciar su negocio, no dude en consultármela, joven.

—Muchas gracias —respondió Ana emocionada devolviéndole la sonrisa a Agatha que estaba tan sorprendida como ella.

«¿Las plantas? —pensaba Agatha—. Sí soy un desastre con ellas, nunca me acuerdo de regarlas. Si no es por Natalia, no tendría ninguna viva. Seguro que lo último fue una broma de mi abu».

—Ahora es su turno. Su madre escribió esta carta para usted —dijo el notario tendiéndole un sobre a Marta.

Mi pequeña Marta:

Me dirás que a tus 45 años ya no eres una niña, pero para mí siempre lo fuiste. Alumbraste mi madurez cuando creía que ya no tendría más bebés correteando por la casa. Ya es hora de que haya luz en tu vida también. Tus gemelos ya tienen siete años y no te necesitan tanto. Con la ayuda de Rogelio he encontrado un precioso local, cerca de la Plaza Mayor donde una tienda de ropa, con el toque *vintage* de tus diseños, tendrá éxito. Es el momento de que, además de a tus amigas Marta y Agatha, les hagas preciosos vestidos a las demás mujeres de la ciudad. Te dejo algo de dinero con el que podrás empezar tu negocio.

Te quiero. Siempre estaré contigo aunque no me veas, en tu corazón me llevarás.

—El local está libre de cargas —le explicó el notario al terminar de leer su carta—. Como le he dicho a su amiga Ana, puede contar con mi ayuda en lo que necesite.

—¿Y a ti cuánto dinero te ha dejado? —preguntó la madre de Agatha cada vez más enfadada.

—Seis mil euros, como a Ana.

—¿A descontar de tu parte supongo?

—No, señora —intervino el notario con cara de inocencia, disfrutando de las caras de los hijos de su amiga, cuya ambición no tenía límites—. Este legado es independiente del resto.

—¿Y a ella también le ha dejado dinero? —preguntó uno de los tíos de Agatha, mirando con recelo a su sobrina.

—Esta carta es para ti —continuó el notario ignorando las protestas.

Mi dulce Agatha:

No estés triste. Estoy en un lugar mejor, lleno de paz y amor. No me verás, pero te acompañaré en cada paso del camino que estás iniciando. Te esperan sorpresas. Algunas te gustarán y otras al principio no tanto. Ten

paciencia. La recompensa será grande; el destino, inesperado. A ti, mi vida, te dejo mi casa, sé que para ti significa tanto como para mí. Ana te ayudará en el cuidado del jardín, es mucho más importante de lo que parece, no dejes que se estropee. A las plantas hay que darles agua y mimos, no se te olvide. Te dejo, como a tus amigas, algo de dinero para que dejes de trabajar en ese supermercado. Sin embargo, no olvides a las personas que allí conociste y te acompañaron en tu vida estos años. Nunca se tienen amigos suficientes. No llores, no sientas pena. ¡VIVE!

Te quiero.

Tu Abu Marga

—¿Otros seis mil euros? —preguntó la madre de Agatha.

—No, diez mil en este caso.

—¿Entonces que queda para nosotros?

—Doscientos euros a repartir, aquí tienen cincuenta para cada uno —anunció el notario, sin poder contener esta vez la sonrisa. Cuando Margarita le contó cómo quería que se repartiera su herencia, le advirtió de que sus hijos no se lo tomarían demasiado bien.

«—*Lo sé Rogelio, confié en que tu ayudes a las chicas. No dejes que el resto de mis hijos les impidan realizar sus sueños.*

—*Lo haré, tenlo por seguro.*

—*Gracias, eres un buen amigo.*

—*¿Agatha sabe...?*

—*No, aún no estaba preparada, pero empieza a estarlo».*

Entre gritos de «Impugnaremos el testamento», «No estaba en sus cabales al final», «Demandaremos», Agatha, Marta, Mateo y Ana abandonaron el despacho del notario después de firmar todos los papeles. Sus pasos los dirigieron a la que había sido la casa de Margarita. Desde el día de su muerte no habían vuelto a poner un pie en ella. Todo estaba revuelto y desordenado.

—Debieron de ser mis hermanos al buscar el testamento —aventuró Marta al ver el desastre—. Ninguno sabíamos que había hecho uno y estaba en poder del notario.

—Serán tu familia, cariño, pero estaban más interesados en hacerse con la casa que en llorar la muerte de tu madre —dijo Mateo abrazando a Marta.

—¡Muerte natural! —exclamó Agatha sentándose en el sillón favorito de su abuela, recordando el informe médico—. Su corazón dejó de latir sin más.

—¡Tenía 110 años! —dijo Ana arrodillándose junto a su amiga—. Ya sé que no los aparentaba, pero era mayor.

—Nadie sabía su edad real, siempre fue un secreto que mantuvo oculto, pero...

—¿Qué pasa, Marta?

—Agatha, si mi madre tenía ciento diez años y yo tengo cuarenta y cinco años, ¡eso implica que me tuvo con sesenta y cinco años! No aparentaba tener más de ochenta actualmente y, cuando yo nací, desde luego no parecía tener ni cuarenta. No lo entiendo.

—El libro que me dio el notario solo contiene fórmulas magistrales para la elaboración de cremas y de cosméticos. Al menos a simple vista. Si hay alguna otra cosa escrita en él, os lo diré.

—Nada puede explicar cómo una crema o una infusión consiguió lograr que una mujer de más de sesenta años se quedara embarazada —afirmó Marta en alto dando voz a lo que todos estaban pensando.

Decidieron que era mejor dejar las elucubraciones para cuando estuvieran más despejados. Había que poner orden en la casa, limpiar los restos de tierra y pisadas que había por doquier, fregar suelos y ventanas y un sinfín de cosas más. Pasaron toda la tarde ocupados en sus quehaceres, haciendo una pausa para tomar una taza del famoso té de arándanos y mandarina de su abuela con unas galletas de miel que había hecho el mismo día que murió. Los papeles y documentos personales los dejaron en un armario de una de las habitaciones. Los artículos del baño se los apropió Ana, olfateando el contenido de los

botes y tarros.

—Lavanda con algo de romero.

—Tenemos una perfumista como amiga y no lo sabíamos —le dijo Marta a Agatha al ver cómo Ana hundía la nariz en el bote de gel.

—¡Que se preparen las marcas francesas, que llega una española pisando fuerte! —exclamó Ana al oírlas, haciéndolas reír.

Tiraron la comida estropeada, junto con los periódicos atrasados y los folletos de los supermercados. Al llegar a su habitación, abrieron el armario de tres cuerpos, donde la abuela Margarita guardaba su ingente cantidad de vestidos, faldas, chaquetas, zapatos, bolsos, y un sinfín de cosas más. Siempre había sido una mujer coqueta, y el paso de la edad no lo había cambiado.

—¿Qué queréis hacer con su ropa y sus cosas? —le preguntó Ana a sus amigas contemplando boquiabierta el contenido del armario.

—No soy capaz de deshacerme de nada todavía. Tendré que hacerlo, pero no hoy. Marta puedes llevarte lo que quieras, no tengo que decírtelo.

—Me llevaré esa toquilla que me gusta tanto, y dentro de unos días revisaremos juntas el armario. Entonces decidiremos qué nos quedamos y qué podemos donar. Tal vez me sirvan de inspiración para algún modelo.

—¿Vas a dormir aquí hoy? Si quieres, me quedo contigo.

—Gracias, Ana. Si esta es mi casa ahora, tengo que acostumbrarme a vivir aquí. Será un poco triste, pero a la vez entrañable, tocar y ver las cosas de la abu Margarita. Hablaré con Natalia para dejar todo arreglado con la casera del piso. Seguro que encuentra pronto una nueva compañera. Alguna otra estudiante de postgrado o algo así.

—Marta, ¿por qué no te quedas tu también?

—Mateo, no puedo... los gemelos.

—Los recogeré de casa de Macarena y me los llevaré a la nuestra. Puedo arreglármelas una noche con ellos. Vosotras necesitáis estar juntas.

—Eres un sol —respondió Marta besando a marido.

Cenaron unos bocadillos y, poniéndose unas camisas de la abuela Margarita

a modo de camión, se metieron juntas en la inmensa cama que presidía el dormitorio principal. Como cuando Marta y Agatha eran pequeñas y fingían estar en un campamento, acurrucándose junto a Margarita en su cama.

—Chicas, no voy a poder vivir sin ella —sollozó Agatha.

—Lo superaremos juntas —respondió Marta abrazándola.

—Tienes que continuar con tu vida, será duro al principio, pero Margarita no querría que te pasaras el día llorando bajo las sábanas —añadió Ana.

—Lo sé —contestó Agatha entre hipidos.

—Mañana debes volver al supermercado. Cuando sepas qué hacer con tu vida, les dices que te vas. Es un hecho que vas a dejar de trabajar en él, sin embargo, ahora necesitas sumergirte en la rutina. Allí estarás distraída y alejada de lúgubres pensamientos. Si después decides ser mi socia o ayudarme en la tienda, estaré encantada. Seguro que a Ana también le viene bien tu ayuda.

—Sí, tía Marta.

Las tres rompieron a reír, liberando la tensión del día. Más calmadas, cerraron los ojos, sintiendo cómo poco a poco el sueño se apoderaba de ellas. Incluso podían sentir la tranquilizadora presencia de Margarita, velando su descanso.

Capítulo 3

Si siguiendo los consejos de sus amigas, Agatha llegó puntual a su puesto de trabajo al día siguiente. Sus compañeros la recibieron con muestras de afecto y cariño. Muchos de ellos habían conocido a la abuela Margarita y sentían su pérdida. Calista, fue la única que se mantuvo más distante, y apenas la saludó con un mohín.

—Vaya, ya llegó la señorita. Que sepas que estos dos días van a cuenta de tus vacaciones.

—No esperaba otra cosa —afirmó Agatha muy digna, poniéndose la tarjeta que la identificaba como personal del supermercado, sintiéndose rota por dentro.

Como un autómata pasaba los artículos por el escáner y cobraba el importe de sus compras a los clientes. No se inmutó cuando la antipática le tendió la tarjeta para pagar la barra de pan y el paquete de jabón; sin mirarla siquiera, se la devolvió después de pasarla por el lector. Los chillidos del bebé tampoco la hicieron reaccionar. Algo más consciente de la realidad, respondió con cariño a las muestras de afecto de la pareja de ancianos por la muerte de su abuela. La encargada no perdió la ocasión para reprenderla por demorarse más de la cuenta con ellos.

—No te entretengas. ¿No ves la cola que hay? Como vienes de descansar cinco días, te crees que aquí nos hemos estado de vacaciones también. Por cierto, este fin de semana trabajas los dos días. Tus compañeros han tenido

que cubrir tus faltas, y ahora te toca a ti trabajar por ellos.

Fue la gota que colmo el vaso de la poca serenidad que le quedaba a Agatha. Con los ojos llenos de lágrimas y ahogando un sollozo en la garganta, Agatha no fue capaz de responder a los improperios de su jefa. El estudiante al que en ese instante estaba cobrando la compra salió corriendo, porque se sintió intimidado también. Agatha alargó la mano hacia el siguiente artículo: una botella de vodka. Levantando la mirada lo vio. Los heladores ojos azules la contemplaban impertérritos y con gesto de enfado. De un tirón se arrancó la tarjeta identificativa de cajera, cogió el bolso y la chaqueta que guardaba debajo de la caja, y salió del supermercado sin mirar atrás. Escuchando a su espalda los gritos de sus compañeras y de su jefa. No era suficiente caminar, tenía que correr, y lo hizo. Corrió y corrió, sin detenerse, cruzando calles y avenidas, hasta que sus piernas no pudieron más, y se derrumbó en una pequeña plaza de las afueras de la ciudad. Al abrigo de los árboles, sentada en la hierba, dejó salir sus lágrimas y todo su dolor. Los escasos transeúntes que pasaban junto a ella se apartaban temerosos de verse involucrados en su pena. Algunos pensaban que estaba borracha, otros que estaba drogada. Todos se cruzaban de acera para caminar lo más lejos posible de Agatha. El cielo comenzó a nublarse y unas gotas empezaron a caer sobre la cara de la joven lavando sus lágrimas. El suave viento que se había levantado trajo hasta ella un folleto arrancado de un limpiaparabrisas de un coche cercano. Era de una agencia de viajes que anunciaba varias promociones a buen precio, por estar en temporada baja. Enero llegaba a su fin, la gente se lo había gastado todo en Navidades y en las rebajas. De entre todas las ofertas una llamó su atención:

IVERNESS: DESCUBRA LA MÁGICA ESCOCIA Y LA BELLEZA DE LAS TIERRAS ALTAS

Margarita le había hablado de su viaje a las Highlanders antes de que sus hijos nacieran: «*Es el país de las hadas, los duendes, las leyendas. Allí conocí a tu abuelo. Es el lugar más bello que he visitado nunca*».

Juntas disfrutaban viendo su serie favorita: Outlander, acurrucadas en el sofá, bajo una manta. Nunca había faltado a su cita las noches de los lunes en casa de su abu Margarita. Cuando terminaba una temporada, también juntas leían el libro en el que estaba basada la serie. Agatha lo leía en voz alta para las dos, mientras su abuela tejía una de sus famosas toquillas, bebiendo una taza de té. Margarita soñaba con regresar un día con su nieta para poder mostrarle los rincones y paisajes que había conocido tantos años atrás. La pereza, el trabajo, las excusas; el caso era que el viaje no había llegado a materializarse nunca.

—¿Por qué no? —se preguntó Agatha. Como su abuela le había recordado en el testamento, su trabajo no le gustaba, la relación con sus padres estaba más que debilitada. Nada ni nadie la ataban—. Escocia, allá voy.

La decisión estaba tomada. Lo primero que hizo fue volver al supermercado, su jefa la estaba esperando con cara avinagrada.

—¿Estarás contenta con lo que has hecho? Abandonar tu puesto de trabajo como una histérica; si no estás bien mentalmente, tomate el día libre, pero mañana te quiero aquí. Y por supuesto el día de hoy no te lo voy a pagar.

—Me da igual lo que hagas, renuncio. Búscate a otra que aguante tus malos modos y tus órdenes. Aquí te quedas, y no te preocupes, no me pagues el día de hoy. Mándame el finiquito a casa con Teresa. ¿No te importa? —le preguntó a su compañera en la línea de cajas, a la que la boca se le había quedado abierta al escuchar a Agatha.

—No, no me importa —respondió la aludida, moviendo la cabeza como un muñeco.

—Te arrepentirás —la amenazó su jefa.

—No, bonita, la que se arrepentirá serás tú, no tienes quien haga mi trabajo el fin de semana y te va a tocar a ti. Que lo disfrutes, Calista, esta vez te has pasado de lista.

Mientras salía por la puerta, pudo escuchar cómo el encargado de carnicería iniciaba un aplauso que fue seguido al instante por el resto de personal del

supermercado y por parte de los clientes. Todos estaban hartos de los malos modos de Calista. Los compradores preferían no preguntarle a ella dónde estaba tal o cual artículo, por miedo a una mala contestación.

—¡Así se hace!

—¡Con dos ovarios!

—¡Olé la gracia de Agatha!

Con el folleto en la mano se dirigió a la agencia que anunciaba el viaje a Inverness. Era un *tour* de siete días que incluía varios destinos de Inglaterra, Irlanda y Escocia.

—Es la semana de carnavales —le explicó la chica de la agencia.

—No, no, lo que yo quiero es irme ahora, por mi cuenta.

—Le saldrá más caro.

—No me importa. ¿A qué hora sale el primer vuelo?

Sintiéndose liberada de un peso que oprimía su cuello, salió de la agencia con los billetes en la mano, los guardó en su bolso y sacó el móvil para llamar a Marta y a Ana.

—¿Cariño estás bien? —preguntó Marta asustada al ver la hora que era, pensando que a Agatha le había ocurrido algo en el trabajo.

—No me pasa nada, tranquila. He renunciado al puesto de cajera. Lo he dejado ahora mismo, tal y como me sugirió abu.

—Bien hecho. Ahora que vas a hacer, ¿quieres venir a comer con los niños y conmigo?

—Gracias, pero estoy muy ocupada. Tengo que hacer las maletas.

—¿Maletas? ¿A dónde te vas? —quiso saber Marta sorprendida, dejando de remover las lentejas que estaba terminado de preparar.

—A Escocia. Ya iba siendo hora de que fuera a conocer el país del que siempre nos hablaba tu madre.

—¡Oh! Me hubiera encantado ir contigo, pero los niños...

—Lo sé, Marta, pero quiero estar sola. Estaré bien, tengo que distanciarme de la realidad que estaba viviendo. Necesito recuperarme de la muerte de la

abuela y rehacer mi vida. Lejos de mis padres.

—Haces bien, pasa de ellos. No te preocupes por tu madre y mis hermanos, no pueden hacer nada. La casa es tuya. Por mucho que les fastidie, el testamento es claro en ese aspecto.

—Gracias, Marta.

—Me encargaré de cambiar las cerraduras hoy mismo; las llaves de mi madre desaparecieron el día que murió, creo que las tiene uno de ellos. Cuando vuelvas, avísame, iré a recogerte a la estación y te llevaré las llaves nuevas. Así no podrán entrar en tu ausencia.

—¡Genial! Es buena idea. Dale un beso a los gemelos de mi parte.

—Lo haré, pero más te vale traerles un regalito cuando vuelvas de Escocia y, de paso, otro para mí.

—Ja, ja, cuenta con ello.

Una hora más tarde, con el manos libres activado, iba metiendo algo de ropa en la maleta a la vez que hablaba con Ana y escribía una nota para Natalia.

—¿Hoy mismo? ¿Te vas ahora a Escocia? —preguntó su amiga sin creérselo.

—Sí, voy a coger el autobús a Madrid que sale a las cinco de la tarde. El vuelo a Iverness sale de madrugada. No tengo tiempo que perder.

—Me hubiera gustado irme contigo. En carnavales o en Semana Santa tal vez pudiera haberme cogido una semana de vacaciones.

—Tendremos ocasión de viajar juntas, pero este viaje tengo que hacerlo sola, Ana. Debo encontrar mi destino.

—¿En Escocia?

—No sé si estará allí, pero debo aclarar mi mente, romper con las cadenas de obligaciones autoimpuestas que me han estado atando toda mi vida. Nunca es tarde para iniciar el camino.

—Si es lo que deseas, te apoyaré en lo que necesites. Cuidaré el jardín por ti.

—Lo harás por las dos, es tan mío como tuyo. Quiero una línea de cremitas con mi nombre.

—La tendrás.

Sentada en el autobús que la llevaba al aeropuerto de Madrid, prefería no pensar en los casi 500 euros que le había costado su vuelo a Londres. Desde la terminal debía coger otro que la llevaría a Edimburgo y por último le habían asegurado en la agencia de viajes que en el aeropuerto encontraría el modo de llegar a la ciudad situada a nueve kilómetros. Había pensado hospedarse durante toda su estancia en Bed & Breakfast, que lucían encantadores en las fotos de internet. En Inverness se alojaría en una villa que, según la web, estaba a nueve minutos andando del castillo y a casi dos kilómetros del Canal de Caledonia. Para moverse se valdría de las rutas de autobuses y trenes. No tenía prisas, sería un viaje tranquilo y disfrutaría del paisaje. Lo que no sabía era que sus planes no saldrían como había planeado.

La luz del sol entraba por la ventana, sentía el calor del tímido rayo de luz que incidía sobre su frente. Tras dos días de viaje, se había derrumbado sobre la cama del B&B de Edimburgo, y en ella llevaba durmiendo doce horas. Abriendo los parpados contempló la rosa que un pequeño florero de porcelana inglesa adornaba su mesilla. Estaba tan mustia como ella. Hasta su nariz llegaba el aroma del desayuno que estaban sirviendo en el comedor. Su estómago rugió recordándole que los frutos secos rancios y las patatas fritas de bolsa que había comido en el aeropuerto no eran comida. Arrastrándose fuera de la cama se dio una ducha corta y se vistió lo más rápido que pudo. La amable mujer que la había recibido al llegar le sonrió al verla entrar en el comedor. Con buena voluntad consiguió despolvar su oxidado inglés y responder a los comentarios corteses de la dueña del B&B. No había mucha gente: una pareja de ancianos, unos excursionistas alemanes y un cura con sotana, de mejillas rubicundas, que prestaba más atención a su *pudding* que a lo que pasaba alrededor.

—¿Española? —le preguntó una de las alemanas. Cuatro chicas y dos chicos más jóvenes que ella.

—Sí, de Salamanca.

—¡Oh! Nosotros ir allí después. España, paella y olé.

—Hay más cosas que paella en España.

—Si, si, nosotros saber.

Con una sonrisa cortés se centró en su desayuno. Después iría en busca de una oficina de turismo donde adquirir el famoso Edinburgh Pass que le permitiría el acceso gratuito a veinticinco atracciones de la ciudad, incluyendo restaurantes. Tenía intención de estar dos días en Edimburgo y pensaba disfrutarlos antes de partir hacia Inverness, dándose algún que otro capricho. En el castillo se encontró a sus compañeros de alojamiento y, aunque lo intentó, no consiguió hacer la visita sola. Tras un rato con ellos, descubrió que no eran tan cabezas huecas como había pensado al principio. Juntos pasearon por la calle principal de la Old Town, la Royal Mile, con sus antiguos edificios, sus mil y un callejones, sus maravillosas tiendas donde compró unos juguetes para sus primos y unos colgantes para sus amigas. Sin embargo, el comercio que más captó su atención fue el Tartán Weaving Mill, lugar elegido por los dos chicos del grupo para comprarse un *kilt*.

—Estáis muy guapos —dijo riéndose con sus compañeras de excursión. Ni de lejos les quedaban como al prota de su serie favorita. Las pantorrillas de los alemanes parecían dos patas peludas.

Al salir de la tienda, siguieron hasta llegar al Holyrood House. Una zona boscosa llena de verdor, con montañas, lagos, cañadas, estepas. Incluso sus charlatanes amigos se quedaron mudos por su belleza. Subieron a Arthur's Seat, el volcán extinguido, desde donde intentaron ver las Highlands. Y se detuvieron junto el Duddingston Loch para comer lo que la dueña de la pensión les había preparado: unas bolsas con bocadillos y un pedazo de *pudding*. Tras almorzar, fueron a visitar la aldea de Duddingstone Village, una de las mejor conservadas, y en la que su encanto antiguo permanecía intacto.

Por último, caminando por el sendero conocido como Radical Road, llegaron a las Salisbury Crags, desde esta formación rocosa contemplaron la ciudad.

—Mejor volver —sugirió uno de los chicos a sus compañeros.

El resto asintió, la tarde empezaba a caer y tenían una buena caminata de regreso al B&B. De camino pararon en un *pub* para tomar una cerveza y algo de comer. Vestida, sin descalzarse siquiera, Agatha se derrumbó en su cama como un leño y quedó al instante dormida.

No se despertó hasta oír el trajín de cacerolas en la cocina que precedía a la hora del desayuno. Decidió llamar a Ana, que con impaciencia esperaba saber de ella desde la noche anterior, a tenor de los quince mensajes que tenía en el WhatsApp.

—Hola, guapa.

—¡Ya es hora! Nos tenías muy preocupadas.

—Estaba agotada; entre visitas turísticas, compras y paseo por el bosque, cuando llegué a mi habitación, caí redonda en la cama.

—¿Tú te crees que después del mensaje: «*Me voy al bosque con unos alemanes. Son muy majos*» nos podíamos quedar tranquilas?

—Estamos alojados en el mismo B&B, son algo jóvenes, pero son buena gente.

—¿Están buenos?

—¡Ana!

—¿Qué? Un dulce no le amarga a nadie. Contesta a la pregunta.

—Bueno Steve no está mal, pero no es mi tipo. Las piernas las tienen muy peludas y delgaduchas.

—¿Les has visto las piernas? ¿Compartís baño? ¿Ha pasado algo de lo que tu amiga del alma deba estar informada?

—Ja, ja, ja. Se compraron un *kilt*. Tenían un aspecto muy cómico en

deportivas y falda escocesa.

—¿Hoy también vas con ellos?

—Tienen demasiada energía, prefiero ir por mi cuenta.

—Aburrida —le espetó Ana burlona.

—¿Mi jardín cómo está?

—Florido y hermoso. Tu madre quiso entrar el otro día, hice como que no la oía. Debe de estar dando la tabarra a Marta.

—Pobre, hablaré con ella luego.

—Ya se cansará, no te preocupes por ella. Tú pásalo bien, estrecha lazos con Alemania.

—Uy, me estoy quedando sin batería. Te tengo que dejar.

—Ni se te ocurra colgarme.

Agatha cortó la llamada partida de la risa y puso a cargar su móvil, apartando con cuidado el jarrón. No pudo evitar hacer una foto a las rosas que se habían abierto desprendiendo una agradable fragancia que inundaba su habitación.

«¡Qué raro! —pensó Agatha—. Juraría que ayer estaban más estropeadas estas flores, las habrá cambiado al dueña del B&B».

Esa mañana tocaba visitar el Grassmarket, que el día anterior solo había visto de pasada. Quería vagabundear sus calles y hacer una parada en el famoso Bow Bar para tomarse una auténtica cerveza escocesa. Por la tarde realizó la última visita de su recorrido, la Catedral de St. Giles, una magnífica iglesia medieval asentada en pilares normandos del 1120.

—¡Española! —escuchó que la llamaban a su espalda, con un inconfundible acento alemán.

—Nos volvemos a encontrar. ¿Qué tal vuestro día?

—¡Mucha cerveza! —exclamó una de las chicas, visiblemente achispada.

—Ya veo que habéis hecho ruta por los *pubs*.

—Síiiiiiiii. Mañana Londres. ¿Y tú?

—Inverness.

—Oh, nosotros tres días hace.

—Mejor aquí, más cerveza —añadió uno de los chicos interrumpiendo su conversación.

Entre risas y cánticos se despidieron. A pesar de todo, los alemanes habían sido una compañía agradable para Agatha. Con pena, les dijo adiós, porque su ScotRail hacia Inverness salía a primera hora de la mañana. Se dio una ducha, dejó preparada la ropa del día siguiente y dedicó unos momentos a cotillear las redes sociales y a charlar un rato con Marta.

—Hola, tita.

—¿Qué tal Steve?

—Hablaste con Ana —dijo Agatha dejando a su amiga por imposible—. Hoy les he visto un momento, por la tarde. Estaban como cubas.

—Lástima, ja, ja.

—Creo que mi madre te está dando la lata.

—Tu madre y mis otros dos hermanos. Querían impugnar el testamento, pero el notario de mi madre les ha puesto en su sitio al instante. Las tres somos ahora personas no gratas para ellos.

—Pues tienen dos tareas, enfadarse y desenfadarse.

—Vaya, te están sentando bien las vacaciones.

—He estado demasiado preocupada toda mi vida por la opinión de mis padres. Nunca fui ni seré la hija perfecta para ellos. ¿Y sabes qué? No me importa.

—¡Así se habla!

—Cuando terminemos de hablar, mando al grupo unas fotos de hoy para que veáis qué bonito es todo esto.

—Descansa, y sigue pasándotelo bien.

—Lo haré.

Después de enviar las fotos, apago el móvil y, haciéndose un ovillo en su cómoda y calentita cama, se dispuso a dormir tan relajada como no lo había estado en mucho tiempo.

Capítulo 4

¡Cuatro horas! El paisaje pasaba rápido ante sus ojos que se llenaban de verdor de los campos y el gris de las montañas. La impaciencia la consumía. ¡Inverness!

«Abuela, me gustaría que estuvieras sentada a mi lado, en este viaje que tanto soñamos con hacer juntas. En el que me enseñarías los lugares que conociste en tu juventud. Lo fuimos posponiendo hasta que fue demasiado tarde», pensó Agatha, imaginando que su abuela la oía, que estaba a su vera, tal y como le había prometido.

Las lágrimas asomaban a sus ojos, dos caían ya por sus mejillas. Un viento cálido sopló en el vagón, como una suave caricia, reconfortándola, incluso sintió el aroma que siempre acompañaba a su abuela: un suave y tenue perfume de madreSelva. Entonces, sonrió, su abuela estaba a su lado, podía sentir su serena presencia de algún modo. Abriendo el libro que tenía en su regazo, decidió leer un rato. Pronto se sumergió en la historia que contaba, y las horas de viaje volaron con rapidez.

Ya en el andén respiró el fresco aire de la mañana, llenado sus pulmones hasta el último rincón. Un gentil taxista la llevó hasta la casita de cuento donde se iba a alojar durante la semana que iba a pasar en Inverness. La dueña no era tan amorosa y maternal como la del B&B, pero no se podía quejar, su habitación era amplia y luminosa. Como era la hora del almuerzo, se refrescó un poco y bajó al comedor. ¡Se estaba haciendo adicta a los deliciosos

brunches en los que se podía comer ricas exquisiteces desde las diez de la mañana hasta primera hora de la tarde! Con disimulo, se metió en la mochila un par de panecillos por si luego tenía hambre. Hacía años que no comía tanto, y eso que la comida inglesa tenía mala fama, pero desde luego la escocesa alegraba su paladar cada día.

Con su mochila a la espalda se dirigió al centro de la ciudad. Quería visitar el Museo de Inverness donde se guardaban piezas de origen picto y vikingo. Los retratos que colgaban de las paredes la maravillaron, y los autómatas la asombraron. Los vestidos antiguos y las joyas le hicieron soñar que estaba en un baile en un castillo, rodeada de musculosos y fuertes hombres vestido con *kilts*. Eso le hizo recordar que quería visitar el Kiltmaker Centre para descubrir todo lo relacionado con el tartán. Marta le había pedido que le buscara algún contacto para la futura tienda que quería abrir. Quería dedicar una sección de ella a los famosos cuadros escoceses tan de moda en la actualidad en camisas y ropa de dormir. Ya se había puesto el sol, pero si no iba, a su amiga le daría algo.

No le fue fácil hacerse entender. El rígido inglés de Oxford que se enseñaba en los colegios valía de poco con aquel acento escocés al que no terminaba de acostumbrarse. Un comerciante se apiado de ella y, recurriendo al español que había aprendido en una estancia de Erasmus en España, consiguieron llegar a un acuerdo. Intercambió con él los datos de Marta y le dejó también su teléfono. Sin poder resistirse adquirió para ella una manta de suave lana de oveja, de fondo blanco y con rayas azules, rojas y amarillas, que, según el avisado comerciante, pertenecían al clan de los MacGraw. No se lo creía demasiado, y menos al ver el guiño cómplice que el dueño del establecimiento y un cliente se habían intercambiado. Pero con historia o no, la manta era justo lo que necesitaba para envolverse con ella y, junto con una taza del té con arándanos y mandarina, que se había traído en una bolsa, leer un ratito antes de dormirse. Satisfecha con su compra regresó a su hotel. Tenía que descansar, al día siguiente la esperaba una excursión local que, partiendo de la oficina de

turismo, la llevaría a la Smoo Cave en los acantilados de Sutherland, pero antes habló con Natalia, que se había llevado una sorpresa al regresar de la universidad aquel miércoles y encontrar la nota de Agatha en la cocina.

—Te llamé, pero no te pudieron localizar —se disculpó Agatha.

—Lo sé, me pasaron más tarde tus mensajes. Estaba en un seminario.

—Fue una decisión de último momento.

—Me parece genial, hace tiempo también visité Escocia, es preciosa.

—¿De verdad? No lo sabía.

—Fui con unas amigas. La ruta por los castillos es una maravilla.

—He visitado un par de ellos y te doy la razón. Cuando regrese, recogeré mis cosas y me trasladaré a casa de mi abuela.

—Echaré de menos nuestros domingos de cine.

—Eh, que eso no se ha terminado. Seguiremos quedando. ¿Ya tienes a alguien para mi habitación?

—Sí, una compañera de universidad. Ella está haciendo el doctorado en otro departamento. Se estaba hospedando en el Colegio Mayor y está harta de las fiestas en las habitaciones. En febrero vendrá a instalarse.

—Me alegro. Es un apartamento genial y tú eres una excelente compañera de piso.

—Yo también te quiero, ja, ja. Hablamos a la vuelta, me tienes que contar todo el viaje con detalle.

—Cuenta con ello.

Echaría de menos a Natalia, pero cada vez le apetecía más vivir en la casa de su abuela Margarita.

A las ocho, colorada hasta la raíz del pelo, Agatha aguardaba en la puerta de la oficina junto con otros excursionistas. Al salir de la casa donde se alojaba, el dueño le había dado una bolsa de papel.

—Mi mujer le ha preparado un bocadillo. Con los dos bollos que lleva en la mochila no pasará hambre —le había dicho en un perfecto inglés, con cara poco amigable.

¡La habían visto! No era su culpa si los panecillos se deshacían en la boca al primer mordisco. Ya se pondría a dieta de lechuga y tomate cuando volviera a España, pero ahora no se iba a privar de comer cosas ricas. Además con lo que caminaba, gastaba muchas calorías y seguro que quemaba toda la grasa y el azúcar. ¡Segurísimo! La próxima vez cogería tres panecillos.

La cueva era preciosa, sobrecogida palpó las paredes mientras escuchaba al guía. Las vistas desde la puerta de entrada eran espectaculares. Después de la visita, les dieron un rato libre para curiosear por los alrededores. Desde la lejanía había divisado una formación rocosa que le había llamado la atención y quería verla más de cerca. Sentada en una gran piedra, abrió la bolsa del bocadillo, nada más olerlo tuvo que contener una arcada. ¿Qué era esa carne pastosa? Le dio un pequeño mordisco y, escupiendo en la bolsa lo que había mordido, la volvió a guardar para tirarla más tarde. ¡Oh, los panecillos! Eso sí era comida. Girando la cabeza, de repente vio que la gente con la que había llegado se subía al autobús. ¡No podía ser! El guía había dicho que una hora. ¿O había dicho media? ¡Maldito acento escocés! Saltando por las piedras y cayéndose un par de veces, desesperada contempló cómo el autobús se marchaba cuando a ella le quedaba aún un buen trecho para llegar hasta él.

—¿Inverness? ¿Inverness?

Ninguna de las escasas personas que quedaban junto la cueva parecían entenderla. Un matrimonio inglés con dos niños se ofreció a llevarla a Rhinoich. Agatha aceptó pensando que desde allí sería más fácil llegar a Inverness, y de paso vería el antiguo campo volcánico en el que estaba situado. Los niños se pasaron el corto trayecto mirándola fijamente, casi hubiera preferido que gritaran y alborotaran como habrían hecho los hijos de Marta. Aquellos ingleses eran muy raritos.

—Mañana. Hoy no —fue la desoladora respuesta de la mujer que atendía la taquilla de la estación de trenes, o eso le había parecido entender entre pompa y pompa de chicle.

—¿Y qué hago yo ahora? —se preguntó Agatha en voz alta, sentada en un escalón de la puerta de la estación, viendo cómo asomaban las primeras estrellas al anochecer. Tenía frío, estaba cansada, las heridas que se había hecho al caer le molestaban, no tenía nada para comer. Casi lamentaba haber tirado el bocadillo de carne pastosa que el dueño de la villa le había dado.

—Yo puedo llevarla —dijo una cortés voz masculina a su espalda. ¿De qué conocía esa cara? Estaba segura de que la había visto antes—. Quizás me recuerde, nos vimos ayer en la tienda de mi amigo Joe, donde compró la manta escocesa.

Ya lo recordaba, era el cliente con el que el tal Joe se había reído a su costa. Era un fornido pelirrojo, de metro noventa, de ojos verdes, que la miraba divertido.

—Te recuerdo. Tú y tu amigo os reíais a mi costa.

—Oh, perdona si te hizo sentar mal. Mi familia descende del antiguo clan MacGraw, de hecho ese es mi apellido. Fue gracioso ver cómo elegías una manta de estampado tartán con nuestros colores.

—¿Y delante de ese apellido hay un nombre?

—Jaime.

«Vale, ¿dónde está la cámara oculta?», pensó Agatha abriendo los ojos como platos. Pelirrojo, escocés, con músculos a tutiplén, y se llamaba como el protagonista de Outlander, con el que tenía sus sueños más húmedos y que nunca admitiría tener en voz alta. ¿Era una broma de sus amigas? No podía ser. Ellas no podían saber que se iba a despistar visitando la cueva, y que una pareja la llevaría hasta ese pueblo del que desconocía el nombre hasta hacía unas horas. ¿Su abuela? ¿Le enviaba a ese adonis desde el más allá? Lo dudaba, pero y si...

—Normalmente, las personas educadas suelen responder diciendo su

nombre —le dijo el escocés levantado su ceja.

—Oh, lo siento. Tienes razón. Me llamo Agatha Boss.

—Lo sabía —respondió riendo el atractivo pelirrojo—. Ayer oí cómo se lo decías a Joe.

—¿Y a ti no te han dicho que las personas educadas no escuchan conversaciones ajenas? —preguntó Agatha haciendo un mohín con la nariz.

—*Touché* —respondió Jaime abandonando la socarronería—. Voy a volver a Inverness esta misma noche, puedo llevarte si quieres.

—No sé... —era tentador, pero no lo conocía, en realidad. Algo le decía que podía fiarse, aunque no sabía si era una locura aceptar.

—Es difícil que encuentres alojamiento, puedes intentarlo, pero sería una pena que pagaras por una noche de hotel en uno de los caros establecimientos de la zona cuando yo puedo acercarte al tuyo.

—Si no te causa molestia... —afirmó Agatha cada vez menos indecisa. Le gustaban sus ojos, parecían sinceros y, para qué engañarse, estaba deseando regresar a su habitación y, si eso implicaba pasar unas horas con el apuesto highlander, no iba a ser ella quien se negara. Como decía su abuela: «Si el destino llama a tu puerta, déjale entrar».

—Ninguna —respondió Jaime sonriendo—. Será un placer tener compañía; el viaje es largo, será agradable tener alguien con quien conversar.

—Está bien. Gracias.

Agatha siguió a Jaime hasta tu coche, con gusto agradeció el confort del asiento y el agradable calor de la calefacción; ya empezaba a lloviznar y sentía la humedad traspasar las capas de ropa que llevaba. En la cercanía, pudo captar la varonil colonia de su compañero de viaje, un aroma fuerte y masculino, como el hombre que la llevaba. Tras unos momentos de incómodo silencio Jaime le preguntó por su estancia en Inverness.

—He venido a conocer las Highlands. Mi abuela Margarita siempre me hablaba de su belleza.

—¿Hablaba? —preguntó Jaime apretando el volante.

—Sí, murió hace poco —contestó Agatha sintiendo cómo sus ojos se humedecían—. Mi abuela conoció a mi abuelo aquí.

—¿Cómo se llamaba?

—Lincoln Scott. No lo conocí, murió un año antes de nacer yo.

—No te lo vas a creer —dijo Jaime con cara de incredulidad—. Mi abuelo era amigo de tu abuelo, tengo fotos de ellos dos. Me parecía que el nombre de Margaret me sonaba, pero ahora unido al de Lincoln, no tengo ninguna duda.

—¿En serio? Me gustaría ver las fotos.

—Claro, ven mañana a cenar a casa y te las enseño. Además, si estás visitando la ciudad estoy seguro de que te gustará ver mi casa.

—¿Es un edificio interesante? —preguntó Agatha, como si fuera importante; se moría de ganas de ver la casa del highlander que tenía al lado.

—Es bastante antiguo. Si me das tu teléfono, te paso luego la dirección, está cerca de tu hotel.

El pelirrojo era listo, ya le había pedido el número de teléfono, y ella con una sonrisa tonta había aceptado. No parecía un sádico dispuesto a hacerla pedacitos, estaba claro que era conocido en la zona. Por otra parte, ¿qué era lo peor que podía pasar? ¿Acostarse con él y no volver a verse una vez que ella regresara a España? Como decía su amiga Ana: «¡Que te quieten lo bailado!». Si sus abuelos eran conocidos, estaba predestinado que ellos dos tenían que conocerse. Era el destino una vez más.

—Acepto encantada. ¿Y tú que hacías en «Rhincon»? —quiso saber Agatha intentando en vano pronunciar el nombre de la ciudad en la que se habían encontrado.

—En «Rhinoich» tengo varios clientes. Poseo un negocio de lanas. La lana de mis ovejas es la mejor de la comarca —afirmó orgulloso—. El precioso tartán que compraste está hecho con mi lana.

—Es muy suave, anoche me envolví en la manta para leer.

—Desde hace quinientos años, en mi familia nos hemos dedicado a la lana como principal negocio. También aprovechamos la leche para elaborar unos

quesos famosos en el mundo entero, mucho mejores que esos insípidos quesos franceses.

—Umm, espero una cata mañana.

—Eso por descontado.

La conversación se fue distendiendo, y Agatha se sintió relajada en compañía de Jaime. No solo era un hombre tremendamente atractivo por su físico. Su carácter, su voz, su presencia eran complementos que aumentaban su magnetismo. Dudaba que hubiera muchos hombres que logran destacar a su lado. Con caballerosidad, se bajó del coche al llegar al hotel de Agatha y la acompañó hasta la puerta.

—¿Quedamos a las siete?

—Vuestros horarios me matan —se quejó Agatha—. A esa hora en mi tierra estamos merendando un dulcecito con un café, y aquí estáis cenando.

—Ja, ja, ja. ¿Llegarás bien a mi casa?

—Dices que está cerca, y con el Google Maps se puede ir a cualquier lado sin perderse.

—Ya, y por eso estamos aquí.

—Eh, que yo no me perdí. Solo me despiste un poco mirando el paisaje. Mañana estaré a las siete en tu puerta.

—¿Con la típica puntualidad española?

—Soy muy puntual, mi abuelo era escocés —respondió Agatha dudando si despedirse con un par de besos o con un discreto «Hasta mañana».

—Ha sido un placer —se adelantó Jaime, dándole un beso en la mejilla—. Hasta mañana.

Agatha subió directa a su habitación, dando las buenas noches a la dueña de la casa, que desde la recepción la miraba arrugando el ceño. ¡Qué mujer más desagradable! Prefería no pensar en ella, sino en el apuesto hombre que la había dejado en la puerta. Si tuviera quince años, no se lavarían la cara en una semana. Sinténdose feliz, como no lo había estado desde la muerte de su abuela, se dispuso a dormir bien arropada por la manta de su nuevo amigo.

Capítulo 5

Ese día tenía planeada una excursión a Culloden y a algunos otros lugares, en una visita guiada a los escenarios de rodaje de la serie *Outlander*. Como pudo comprobar, no era la única a la que le gustaba la serie. En el autocar, lleno con cincuenta admiradores de la serie —la mayoría de género femenino—, se podía sentir la excitación por conocer los detalles de la grabación. Había personas de todo el mundo, hasta una pareja de chicas japonesas con las que Agatha entabló amistad. Para disgusto de todos, la serie estaba realizando uno de sus descansos habituales, y no pudieron ver a ninguno de los actores.

—En otra ocasión. Así tendrán que volver a Inverness —afirmó el guía sonriendo ante la cara de decepción de los turistas.

A pesar de todo, Agatha y sus nuevas amigas se lo pasaron en grande, haciéndose fotos en cada rincón. No faltó una ruta por comercios, cuyos dueños avispados vendían réplicas de objetos y del vestuario utilizados en la serie. Una de las japonesas se probó un vestido rojo similar al que Claire lucía en una escena de la segunda temporada en París. Era igual de atrevido, pero sin la elegancia de aquel. En otra tienda había *kilts*, faldas, bufandas, y un sinfín de artículos más, con el estampado de cuadros del clan de los Highlanders de la serie. Agatha tocó el género, pero no era ni de lejos tan suave como el que le había comprado a Jaime. Era una manufactura barata y de baja calidad. La última tienda estaba llena de los típicos artículos de *souvenir* con fotos e imágenes de la serie e Inverness. Agatha no se pudo

resistir y compró una taza con la cara del protagonista. El té con arándanos y mandarina de esa noche le iba a saber mucho mejor. Para sus amigas adquirió algunas postales y un par de los típicos dedales que se solían comprar al visitar un lugar.

A las cinco ya estaban de vuelta en el lugar de partida. Agatha quería darse una ducha y cambiarse de ropa. No llevaba ningún modelito glamuroso con el que vestirse, había llenado su maleta con ropa cómoda y caliente. Pero al menos estaría limpia y bien peinada. Cuando al llegar a su habitación se vio en el espejo, reprimió un grito de espanto. Con pelos de loca, y la cara roja por el aire que había soplado todo el día, estaba horrible. Era una suerte que Jaime la hubiera reconocido, parecía un tomate con pelo, sucio y desgreñado. En el pueblo había comprado una botella de Drambuie con la que obsequiar la hospitalidad de Jaime. El vendedor le había dicho que era típico de Escocia. Era una bebida hecha con miel, whisky de malta, especias y hierbas, cuya receta era un secreto. De alta graduación alcohólica, no tenía intención de dar más que un sorbo en caso de que Jaime decidiera abrirla. Quería ser capaz de regresar a su hotel con sus propios pies, y no achisparse tanto que dijera algo de lo que más tarde pudiera avergonzarse.

Poco después de las seis y media, con la mochila a la espalda y la vista fija en el móvil, donde tenía abierta la aplicación que la iba guiando, fue caminando hasta llegar a un cruce de caminos. Al girar a la izquierda, como decían las instrucciones, miró al frente y se quedó impactada por lo que veía.

«¿Casa? ¿Esto es una casa?», pensó Agatha mirando el inmenso castillo que tenía delante de sus ojos.

En ese instante su teléfono vibró, era un mensaje de Jaime, que, impaciente y temeroso de que se perdiera, le escribía para saber por dónde andaba. En el móvil de Agatha podía leerse:

Jaime el guapetón

Hola. ¿Todo bien? ¿Salgo a tu encuentro?

Jaime al instante pudo leer en su móvil:

Agatha ojos tristes

Estoy delante de tu casa. Podías haberme dicho que era un castillo. Me hubiera sido más fácil encontrarla.

Jaime el guapetón

¿Y perderme tu cara?

El escocés sonrió observando desde la ventana cómo la pizpireta mujer se acercaba al castillo. Deseaba volver a ver, en los ojos de la bella rubia, la chispa de alegría que atisbó en ellos mientras la llevaba a la villa donde se hospedaba. Aún recordaba la tristeza que se reflejaba en su mirada cuando la conoció comprando la manta, y cuando en el trayecto hasta Inverness recordó a Margarita, conteniendo las lágrimas. Tan parecidas y tan distintas a la vez. Suspirando, dejó el retrato que había estado admirando, hasta que había cogido el móvil para ver dónde estaba su invitada. El timbre de la entrada le anunció que ya había llegado.

—¡Es una castillo! —exclamó Agatha cuando Jaime abrió la puerta.

—Lo sé

—Podrías decírselo a tus próximos invitados, es una pista para encontrar dónde vives.

—Lo tendré en cuenta para futuras ocasiones —replicó Jaime divertido ayudando a Agatha a desprenderse del abrigo.

—Deberías. Te he traído Drambuie, me han dicho que es típico de por aquí. Pensé que te gustaría.

—Un poco fuerte para tomarlo como aperitivo —dijo Jaime cogiendo la botella que Agatha le tendía, momento que esta aprovechó para darle dos besos a modo de saludo, que agradaron al receptor.

Agatha con timidez aceptó la invitación a pasar que su anfitrión le hacía. Nunca había estado en un castillo hasta llegar a Escocia, bueno sin contar el parador de Ciudad Rodrigo, donde una vez había comido de pequeña con sus padres. Toda aquella majestuosidad le quitaba el aliento. En los otros dos que había visitado en su viaje, solo había podido admirar los salones abiertos al

público; en esta ocasión podría ver las estancias más íntimas, como los dormitorios, los baños, la cocina. Caminando sin ver dónde pisaba, tropezó con la esquina de una alfombra y cayó al suelo de rodillas.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Jaime asustado.

—No. Me ha parecido una bonita alfombra y quería verla más de cerca —contestó Agatha azorada.

—Ja, ja. ¿Sabes que con la cámara del móvil puedes hacer zoom y ver las cosas con detalle, sin poner en riesgo tu integridad? —inquirió Jaime divertido por la contestación de la española.

—Soy más de tocar —replicó Agatha sintiendo como el rubor cubría sus mejillas.

Hicieron un pequeño recorrido de la planta baja del castillo, deteniéndose en algunas de las dependencias. Una de ellas, un enorme despacho, con una gigantesca chimenea donde un preciso fuego calentaba la habitación, llamó la atención de Agatha. Era cálida y acogedora, lejos de la frialdad y opulencia que siempre había asociado a un castillo.

—Aquí hay algo que te gustará ver —le dijo Jaime tendiéndole un retrato de los años sesenta donde una joven sonriente, miraba a la cámara, flanqueada por dos apuestos escoceses vestidos con los típicos *kilts*.

—¿Ella es...?

—Sí, es tu abuela, Agatha. El de la derecha es Lincoln, tu abuelo.

—El otro hombre se parece mucho a ti, ¿es tu abuelo?

—Eh... sí. Justo. Tú también te pareces a tu abuela.

—Algo, pero salgo más hacia la rama de mi padre. Ellos eran rubios y mi abuela y mi madre son muy morenas. Tú eres una copia exacta de tu abuelo. Es curioso pensar que ellos serían amigos y ahora nosotros podemos serlo.

—Tengo entendido que tenían una buena amistad, que duro hasta que Lincoln se fue a España con Margarita.

—Cuando la foto fue tomada, no se podían imaginar que años después sus nietos se conocerían. Este viaje tenía que haberlo hecho hace mucho con mi

abuela, seguro que ella estuvo alguna vez aquí y le hubiera encantado volver a verlo.

Jaime viendo que la tristeza se volvía adueñar del rostro de Agatha, la distrajo llevándola al comedor a cenar. Había preparado dos exquisiteces locales para que su invitada probara comida escocesa casera. Conocía a los dueños de la casa de huéspedes donde Agatha se alojaba, y sabía que no era conocida ni por la calidad de su comida ni por la simpatía de sus propietarios.

—¡Umm, está deliciosa! Parecen pasas.

—Lo son. Se llama Cooch a Leeki. Es una sopa de pollo, puerros y pasas que se suele tomar en invierno.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí, no tengo muchas ocasiones de cocinar, pero me gusta hacerlo. Normalmente, la señora Darius cocina para mí, pero se ha ido con su marido a ver a su hija a Edimburgo unos días. Regresan mañana.

—Necesitarás mucha ayuda para mantener el castillo limpio y en orden.

—El matrimonio Darius vive aquí conmigo. Ella se encarga de contratar a quien haga falta para el mantenimiento del castillo y él me ayuda con el ganado. No sé qué haría sin ellos.

—De hambre no morirías, está muy rico.

—Espera a probar el segundo plato.

—¿Más? —preguntó Agatha que entre la deliciosa sopa y el surtido de quesos que Jaime había dispuesto en la mesa, estaba a reventar.

—No puedes irte de Escocia sin probar el Stovie Este, un guiso con carne de ternera, guisantes y tomate.

—¡Qué bien! —exclamó Agatha pensando que no podría probar ni un bocado. Sin embargo, se equivocaba. Sin darse cuenta, entretenida con la conversación de Jaime, se zampó el generoso plato que su anfitrión había puesto ante ella.

Ya eran más de las once y el vaso de Drambuie que Agatha tenía en sus manos hacía que se sintiera adormilada y aletargada. Se habían acurrucado

junto al fuego, y estaba disfrutando con las anécdotas de Jaime en el castillo y en la granja.

—¿Así que la gente visita el castillo los domingos?

—Sí. Al ser festivo hay menos trabajadores por la zona, y los visitantes pueden echar un vistazo sin tropezarse con mi personal. Una guía local se encarga de enseñar a los visitantes la zona habilitada para ello, en dos turnos por la mañana, bajo la vigilancia de la señora Darius.

—Debería apuntarme.

—Conozco al dueño, estaría encantado de enseñarte todo lo que quieras ver y no hayas visto aún —dijo Jaime retirando un mechón de la cara de Agatha y colocándoselo detrás de la oreja.

—¿También las zonas privadas? No me has enseñado los dormitorios.

—Especialmente —insinuó Jaime contemplando las bellas facciones de la bella mujer que tenía ante sí, mientras que con el dedo seguía el contorno de su mentón y su cuello. Agatha sonreía con las mejillas arreboladas por el calor del fuego, por la bebida, pero, sobre todo, por el efecto de la sutil caricia de Jaime.

—Es tarde — dijo de pronto el escocés, con un suspiro de pesar—. Será mejor que te acompañe a casa.

¿A casa? ¿La estaba echando? Tenía medio cuerpo sobre el de Jaime, con la vista fija en sus voluptuosos labios, mientras marcaba pecho con el precioso Wonder Bra que llevaba puesto. Su pierna derecha estaba prácticamente encima de la de él. ¿Y ni siquiera la besaba? Allí estaba pasando algo que no lograba entender. No sin cierta dificultad, Agatha se incorporó y cogiendo la mochila se dispuso a irse a su hotel.

—Vamos, te acompañaré.

—No hace falta —afirmó Agatha molesta por la indiferencia de Jaime—. He venido sola puedo irme *sola* —recalcó caminando hacia la puerta.

—Hay algo de niebla, puedes extraviarte —acertó a decir un nervioso Jaime, tendiéndole el abrigo.

—Oh, ya sabes, el Google Maps es una excelente ayuda.

En silencio, a excepción de una serie de comentarios educados, fueron alejándose del castillo y adentrándose en el sendero. Agatha estaba desconcertada por el extraño giro que había dado la noche. De estar intercambiando insinuaciones, habían pasado a la más fría indiferencia. Sumida en sus pensamientos, con Jaime en silencio caminado junto a ella, entraron en una zona umbría donde la vegetación era más tupida; de repente, escucharon un crujido de ramas. Al girarse vieron a dos jóvenes, nerviosos y agitados, amenazándolos con un cuchillo y una navaja respectivamente.

—Dadnos el dinero que tengáis, vamos, quiero todas las libras —ordenó el más alto de los dos, agitando el cuchillo de uno a otro. El segundo asaltante no quitaba la vista de los pendientes de Agatha, dos aros de plata, regalo de su abuela por su cumpleaños número cuarenta.

—No llevo mucho —dijo la joven, rebuscando en su monedero donde solo llevaba unas veinte libras y alguna moneda. Como iba a cenar a casa de Jaime no había cogido más dinero pensando que no iba a necesitarlo.

—¡Los pendientes! —gritó el de la navaja, clavándole la punta en el cuello.

Antes de que pudiera razonar, Agatha escuchó el gruñido de algún animal cercano a donde ellos estaban, visiblemente molesto por haber sido perturbado. Sin poder reaccionar, notó un rápido movimiento a su lado, donde instantes antes estaba Jaime. Una figura envuelta en sombras la empujó a un lado y atacó a sus dos asaltantes. Solo se escuchaban los gritos de terror y de dolor de los dos hombres. Agatha acurrucada contra un árbol, temblaba asustada. Veía salir chorros de sangre de los cuerpos desgarrados. ¿Y Jaime? ¿Dónde estaba? ¿Había huido y la había dejado allí sola?

La figura se volvió, unos negros ojos inyectados en sangre la miraban. El líquido rojo goteaba desde su boca, donde se veían asomar unos grandes y puntiagudos colmillos. Era grande, enorme y el pelo... ¡Era rojo! No, aquello era una pesadilla, se había quedado dormida en el sofá de Jaime bebiendo Drambuie. Seguro. Eso era lo que había pasado. Estaba soñando. Los

vampiros no existían, eran mitos y leyendas. Había disfrutado viendo con sus amigas *Crepúsculo* y todas las versiones de *Drácula* que existían. Ana y ella eran fieles seguidoras de *Crónicas Vampíricas*. Pero no eran verdad, todo el mundo sabía que esas historias eran solo ficción.

—No tengas miedo, Agatha —dijo la figura acercándose a ella. Los ojos comenzaban a cambiar su negrura por el verdor que la había hechizado, los colmillos retrocedían. Con un pañuelo Jaime se limpiaba los restos de sangre de su cara y de su ropa.

—¡Eres un...! ¡LOS VAMPIROS NO EXISTEN! —gritó Agatha desesperada.

—Me temo que sí, querida.

—Sois un cuento, historias para no dormir, nada más —replicó evitando mirar los cuerpos destrozados de los hombres que habían intentado robarles.

—Somos reales y somos más de los que crees, pero nos confundimos entre vosotros.

—¿Ahora vas a matarme para beberme mi sangre?

—No, cariño. Si hubiera querido tu sangre, la habría tenido ayer cuando te traje en mi coche. Nadie te aguardaba y hubieran tardado en echarte de menos. No me hacía falta esperar a hoy.

—¿Ahora me dirás que te alimentas de ardillas, como el de *Crepúsculo*!

—¿Qué asco! No me gusta la sangre de animales, la humana es más sabrosa. Siempre hay turistas por la zona, que regresan a casa con una pequeña herida en el cuello que no recuerdan haberse hecho. Y, como nuestros amigos, hay malos tipos de vez en cuando por Inverness, que no van a extrañar ni en su casa. Lo de alimentarse de animales son fábulas románticas de las películas para justificar que la chica se enamore del vampiro.

—¿No era tu abuelo!

—Chica lista. Soy yo el que está con tus abuelos. Lincoln era uno de mis mejores amigos, estaba bien para ser humano.

—¿Y mi abuela?

—Margarita era especial, como tú.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Agatha confundida.

—¿No lo sabes? —preguntó Jaime al que le había llegado el turno de sorprenderse.

—Mi abuela era humana. Tuvo hijos y no le chupaba la sangre a nadie. Nos sentábamos en el jardín a tomar el sol. No era como tú.

—¿Tenía un precioso jardín, verdad?

—Sí. Siempre se le dieron bien las plantas. Hacía cremas, colonias y tés con las flores y las frutas. ¿Qué tiene que ver con esto?

—¿Y a ti se te dan bien las plantas?

—De pena, nunca recuerdo regarlas. Sobreviven gracias a mis amigas y a que mi abuela me solía dar las que eran más resistentes.

—¡Es increíble! —exclamó Jaime acercándose a Agatha, haciendo que esta instintivamente diera un paso hacia atrás.

—No te acerques, te oigo y te veo bien donde estás.

—No me tengas miedo, nunca te haría daño. De todas formas, aunque fueras la última *persona* viva en la tierra, nunca bebería tu sangre.

—¿Tan mal crees que sabe mi sangre? —preguntó Agatha enfadada, arrepintiéndose al instante—. No te estoy invitado a morderme, mantente alejado. Me gusta mucho el ajo, muchísimo, seguro que sabe fatal. No deberías morderme.

—Eres tan graciosa como era Margarita. Cariño, el ajo no me afecta; en eso las historias románticas de vampiros de la televisión no son ciertas. Y en cuanto a los crucifijos, no te molestes, como has visto tengo alguno en el castillo —añadió Jaime al ver cómo Agatha cogía dos palos del suelo y formaba una rústica cruz delante de ella.

—Pues vaya gracia —dijo la española tirando los palos al suelo—. ¿La plata?

—Eso son los hombres lobos, no los vampiros.

—Me estoy quedando sin ideas.

—El sol es otra cosa —explicó Jaime que empezaba a encontrar diversión

en la situación—, pero un clima tan húmedo como el escocés, con sus habituales días nublados, lo hace más llevadero. En España sería diferente.

—Ya bueno, mejor mantente separado, que corra el aire —replicó Agatha alejándose un paso más del vampiro.

—Puedes estar tranquila. Tu sangre y la de los tuyos es venenosa para los de mi especie.

—¿La sangre de mi familia? ¿Por qué? ¿No estamos ricos?

—No me has entendido. No me puedo creer que Margarita no te dijera nada, ella sabía lo que eras, estoy seguro —insistió Jaime negando con la cabeza—. Me refiero a los que son como tú, mejor dicho a las que son como tú. Sois todas mujeres.

—¿Quiénes?

—Hadas. Agatha, eres un hada.

Capítulo 6

¡Un hada! Era de locos. Después de la afirmación de Jaime, Agatha había huido para refugiarse en su habitación, bajo las sábanas. Como cuando era pequeña y junto con sus hermanas se ocultaban en la cama de su abuela, sintiéndose protegidas de los monstruos que aterrorizaban sus pesadillas. No podía tener peor suerte. Tras mucho tiempo sin encontrarse con un hombre que le hiciera sentir mariposas en el estómago. Cuando más feliz se sentía, intentando adivinar el momento en que el escocés iba a besarla, soñando cómo sería ser abrazada por aquel inmenso pelirrojo, descubría que el tipo era un vampiro. ¡UN VAMPIRO! Con sus colmillos y todo, bebiendo sangre del cuello de aquellos dos indeseables. No es que se alegrara de que estuvieran muertos, pero mejor ellos que ella. ¡Había viajado en coche con un chupasangre! Cogió el móvil para contárselo a sus amigas por el grupo del WhatsApp; ya estaba tecleando las primeras letras, cuando decidió dejarlo otra vez en la mesilla. No le iban a creer, pensarían que había bebido demasiado de aquel delicioso licor escocés.

Luego estaba el otro tema. Aquel loco decía que era un hada y, al parecer, su abuela también lo era. Recelosa, miro las flores de su mesilla. Un pequeño ramillete de flores silvestres, que, desde el día que había llegado a Inverness, decoraban su habitación. Cierto era que parecían recién cogidas. Bueno, eso no significaba nada, la dueña de la casa podía haberlas puesto allí esa tarde. No recordaba haber visto a su abuela nunca con una varita. Las hadas tenían

varitas, lo ponía en todos los cuentos, era algo que todo el mundo sabía. No había ninguna en casa de su abuela. Y también estaba el asunto de su edad. ¡Ciento diez años! cuando no aparenta más de ochenta. ¡La increíble maternidad después de haber cumplido los sesenta! De nuevo cogió el móvil y mandó un mensaje al chat del grupo. Era casi la una de la madrugada, sus amigas no estarían.

Agatha

Hola, guapas. ¿Qué tal todo por allí? He conocido al dueño de un castillo. Un poco raro ya os contare.

Marta

Todo el día esperando saber algo de ti y escribes a estas horas?????????
No tienes ninguna consideración con tu tía.

Agatha

¿Y tú qué haces despierta?

Marta

Los gemelos tienen fiebre. Han estado jugando con Lino y con Vega a que eran Aquaman en la bañera de la casa de Macarena y Julián. Estábamos cenando, cuando nos extrañamos de que estuvieran tan silenciosos. Fuimos a ver qué hacían y estaban en la bañera, salvando al mundo decían.

Agatha

Ja, ja, ja. Son geniales mis primitos.

Marta

Clarooooooooo, me parto. No veas como me rio.

Agatha

Nosotras hacíamos trastadas peores en casa de tu madre. Por cierto, te han vuelto a molestar? Esta todo bien?????????

Ana

Las dos. Algunas madrugamos mañana. No tenemos vacaciones, como otrassssssssssss.

Agatha

Anaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. Petardaaaaaaaaaaaa. Qué tal estas???

Ana

Muy ocupada. El libro de tu abuela es genial. Hoy he hecho la primera crema hidratante con aloe vera del jardín. Es una maravilla.

Agatha

El jardín. ¿Cómo están las plantas?

Ana

Yo las riego, no como tú. Siempre me he preguntado cómo te duran. Con la vida que les das.

Marta

Se le mueren, pero las cambia por otras y no nos lo dice.

Ana

Ja, ja, ja seguro.

Agatha

¿Algo raro en el jardín?

Ana

¿Pero a ti que te ha dado con el jardín? Verde y florido como siempre. ¿Y tu highlander?

Agatha

Bien, ha cocinado para mí.

Marta

Y?????????????????

Ana

Un hombre que cocina y además está cañón. ¿Tiene un hermano?

Agatha

Tiene unos gustos gastronómicos un tanto raros para mí. No habréis encontrado por la casa de Margarita un palo, corto, como de unos cuarenta centímetros.

Marta

¿Un palo? ¿Qué has bebido con la cena?

Agatha

Drambuie. Una bebida algo fuertecita.

Ana

¿Y te has bebido tu sola toda la botella?

Agatha

Solo un poquito.

Ana

No te pregunto por lo que has dejado en la botella, sino por lo que te has bebido.

Agatha

¡Mal pensada!

Marta

Niñas, encantada de hablar con vosotras, pero son las dos y media. ¿Dormimos un ratito? Besitos.

Agatha

Vale, hablamos otro rato. Descansad. Besos.

Ana

Buenas noches. Y no te olvides de averiguar si tiene hermanos.

No había podido decirles nada. Lo haría cuando regresara a España. ¿Y si todo había sido una broma de Jaime? ¡Ojalá! Pero, no, la sangre y los colmillos habían sido reales, y los gritos de aquellos dos infelices también. Si cerraba los ojos, podía oírlos. Tardó un rato, pero el efecto somnífero del alcohol y el calor de la ropa de cama, la fueron llevando al sueño, sin percatarse de los ojos verdes que tras la ventana la contemplaban dormir.

Eran las diez cuando se despertó con un terrible dolor de cabeza. Nunca más volvería a beber tanto, especialmente nunca jamás tomaría un sorbo del

Drambuie. Bueno, tal vez debería llevarse una botellita para que sus amigas lo probaran, pero ella solo daría un sorbito. Arrastrándose, en una postura muy poco grácil, consiguió llegar al baño. Después de la ducha se sintió algo mejor, pero no demasiado. La hora del desayuno había pasado y, como no quería discutir con la dueña de la casa, se fue a un *pub* cercano a tomarse un café con dos ibuprofenos. No sabía qué hacer. Por una parte, estaba la alternativa de regresar a Salamanca y contarles a Ana y a Marta lo que había descubierto. Eso parecía una buena idea. Por otra parte, Jaime conoció a su abuela antes de que se casara con su abuelo. Sin duda, él tendría contestación a las múltiples preguntas que llenaban su mente. Esa alternativa la tentaba tanto o más que la otra. Quizás nunca volviera a tener una oportunidad así.

Decidió pasar el resto del día callejeando por Inverness y haciendo alguna compra en las tiendas locales. Ya tendría tiempo de pensar qué hacía más tarde. Compró un par de cosas más para ella y una cajita de madera tallada a mano para Natalia. Cuando empezaba a anochecer, volvió a recorrer los pasos que la noche antes la habían llevado al castillo, aunque esta vez su estado de ánimo y sus expectativas eran bastante diferentes. Ya no iba a cenar con el atractivo hombre con el que no le disgustaba la idea de tener un rollo, ahora iba a ver a un vampiro que, en lugar de besarla, querría morderla. No se creía demasiado lo de que su sangre fuera venenosa para él. En el bolso llevaba la navaja multiusos que había comprado por la mañana. No lo mataría, pero, si Jaime intentaba atacarla, al menos le ralentizaría un poco y podría huir del castillo.

—Hola. Bienvenida, supuse que vendrías —la saludó Jaime al abrirle la puerta.

—Quiero saber si en toda la historia de hadas y vampiros hay algo de verdad —afirmó Agatha siguiendo a Jaime hasta el despacho.

—Creo que de la última parte no tienes dudas, por algo te sientas en el lugar más alejado de mí.

—¿Qué has hecho con los cuerpos?

—Oh, no los maté. Al menos no a los dos. Al que te quiso clavar la navaja, sí. Está enterrado en el bosque. El otro está en el hospital, no recuerda nada, salvo que le atacó un perro salvaje. Le buscaban por otros robos con asaltos, de modo que cuando se recupere ira a la cárcel.

—¿Debería darte las gracias? —preguntó Agatha con ironía.

—Deberías. Podías ser tú quien estuviera en esa cama de hospital. Agatha —no podía dejar de temblar cada vez que aquel atractivo ser pronunciaba su nombre, y no solo de miedo—, reconozco que no fue la mejor manera de que te enteraras de que soy un vampiro, y tampoco fue el momento más adecuado para decirte que tu eres un hada. Me asusté. Sí, no me mires así. Pensé que ese par de estúpidos te iban a hacer daño y me cegué. Llevo mucho tiempo siendo vampiro y, aunque no lo creas, he aprendido a controlarme.

—¿Cuántos años tienes?

—420 —respondió Jaime sonriendo al ver la sorpresa en el rostro de la preciosa rubia que tenía delante.

—¿¿¿420???

—¿Sabes la edad de tu abuela?

—110. Lo descubrimos el día que murió, no nos cuadraban las cuentas. ¿Ella no sería...?

—No pueden converger las dos naturalezas. O eres un vampiro o eres un hada. Ya te dije que tu sangre es venenosa para mí. Las hadas tenéis una larga vida, no sois inmortales, pero sí que tenéis más resistencia a las enfermedades que suelen acortar la vida del común de los mortales. Tú tienes cuarenta y dos años, pero luces como si tuvieras treinta.

—¡Yo no soy un hada! Lo sabría si lo fuera.

—Lo eres, lo que no sé es por qué Margarita te lo ocultó. Hagamos una prueba. Vamos fuera.

Agatha siguió a Jaime hacia la puerta trasera del castillo con reticencia, donde había unos pequeños matorrales. Uno de ellos estaba más seco que el resto, y hacia él se dirigía el vampiro.

—De acuerdo, ahora vas a tocar las ramas de este arbusto y vas a desear que recupere su verdor.

—No creo...

—Inténtalo.

Con un suspiro, Agatha sacó la mano del bolso donde estaba sujetando la navaja y la colocó junto a la otra, rozando con suavidad el arbusto.

—No puedo hacerlo —negó Agatha frustrada al cabo de unos segundos.

—Vuelve a colocarlas —le pidió Jaime cogiendo sus muñecas haciendo que un escalofrió recorriera su espina dorsal—. Cierra los ojos, piensa en tu abuela, recuerda su jardín. ¿Cómo es?

—Mágico, exuberante, precioso —comenzó a decir Agatha, viendo en su mente a su abuela caminado por el jardín de la que ahora era su casa—. Mi abuela sabía cómo hacer que los frutales dieran los frutos más sabrosos, que las rosas olieran más, que las bayas fueran las más jugosas.

—Abre los ojos, Agatha —le pidió Jaime en un susurro.

Al hacerlo la joven vio cómo el arbusto que estaba tocando resplandecía con más brillo y más verdor que los que lo acompañaban. Extendiendo sus brazos, los abarcó, como con una caricia, deseando que crecieran y aumentaran su frondosidad. Atónita, observó cómo crecían, a la vez que el resto de las plantas del jardín lo hacían con ellos. A los pocos segundos, estaban rodeados de ramas verdes, en las que asomaban preciosas flores.

—Tú creas vida, yo la destruyó —dijo Jaime mirando cómo la dulce hada que tenía delante sonreía.

—¿Todas las mujeres de mi familia son hadas? —quiso saber Agatha, dudando de que su madre, a la que no le duraban más de un mes los geranios que en verano compraba, fuera una de ellas.

—No. Debido a la gran longevidad que tenéis, se salta una generación y, durante el esplendor de un hada, el poder de la descendiente permanece aletargado. Con Margarita muerta, tu poder se acrecentará, e irás descubriendo por ti misma de lo que eres capaz. De igual modo, si hubieras sido madre

antes, tu hipotética hija no sería la portadora del «gen» de las hadas. Será la hija que tengas en un futuro la que le transmitirá tu esencia a su hija, tu nieta.

—No tengo pareja ni hijos, y ya me hablas de nietas —replicó Agatha arrugando la nariz para diversión de Jaime que empezaba a encontrar encantador aquel gesto tan típico del hada. Tal vez el vampiro no fuera tan malo como creía.

Durante los siguientes días, Agatha fue descubriendo, de la mano de Jaime, hasta dónde llegaba su poder. Era capaz de sanar a un pequeño polluelo que se había roto una pata jugando con sus hermanos. Podía hacer que la lana de las ovejas de su vampiro predilecto fuera más tupida y su leche más sabrosa. A veces, su poder se manifestaba sin ella desearlo, y otras debía concentrarse para que la rosa que deseaba hacer crecer lo hiciera.

Harta de las malas caras de la dueña de la casa de huéspedes, se trasladó a casa de Jaime, donde la señora Darius la recibió como a una hija.

—Gracias, me ha mirado de mala manera desde el primer día que llegué. Su marido es diferente, pero ella...

—Ella es como yo. Más joven, tiene ciento cinco años. Su «marido», en realidad, es su nieto. Se ocupa de los huéspedes durante el día o los días soleados en los que no podemos salir. Te ve como una amenaza, te recuerdo que tu sangre es venenosa para ella.

—Ya decía yo que no me gustaba.

Agatha miró sonriendo al highlander que tenía ante sí. Todos sus intentos de tener un acercamiento físico con él habían fracasado. Él mismo le había contado que había tenido relaciones con mujeres en el pasado, pero ella no conseguía arrancarle ni un beso al calor de la lumbre.

—Cuando conociste a mi abuela, ¿sabía ella que era un hada y que tú eras un vampiro?

—Su poder acababa de aumentar, se ve que es algo de tu linaje, siempre me encuentro con las hadas principiantes de tu familia.

—Ja, ja, ja.

—Sabía lo que yo era. Aprenderás a reconocernos igual que nosotros os reconocemos a vosotras. Es algo de vuestro olor, la forma que vibra el aire cuando un hada está cerca. Mientras tu abuelo vivió, mantuvimos el contacto, pero luego he de reconocer que nos distanciamos. Una vez estuve en la que ahora es tu casa. La belleza del jardín quitaba la respiración.

—Estos días se ocupa mi amiga Ana de él. Me alegro de tener este poder. ¡Como las plantas tuvieran que depender de mis cuidados para sobrevivir, no me quedaría una viva dentro de tres meses!

—Hacía cremas y ungüentos, creo recordar.

—¡Oh, sí! Hasta su muerte continuó haciéndolos.

—¿Seguía haciendo su té de arándanos con...

—...mandarina? Es mi favorito —afirmó Agatha con satisfacción—. ¿Te gustaría venir unos días conmigo? Tu ayuda me vendría bien.

—No sé qué decirte —respondió Jaime sorprendido por la propuesta. ¿Ir con ella? Lo estaba deseando, se le rompía su muerto corazón cada vez que pensaba en separarse de Agatha. Intuía que ella sentía algo por él y, si era sincero consigo mismo, él también lo sentía. Sin embargo, no era posible. Agatha nunca debía saber lo que una relación vampiro hada podía llegar a significar—. ¿Cuándo nos vamos?

Capítulo 7

Allí estaban, las dos locas de sus amigas, tal y como le habían prometido. Eran las diez y media de la noche cuando llegaban en el autobús que los había llevado desde Madrid a Salamanca. Agatha se fundió en un abrazo con Marta y Ana, dando saltos de alegría por volver a verse, hasta que una suave tos las interrumpió. Sus amigas miraban al inmenso pelirrojo que las contemplaba con chispeantes ojos verdes, cargado de maletas.

—¿Ya tienes el equipaje? ¡Genial! Chicas, os presentó a Jaime.

—Hola —respondieron las dos la unísono.

—Ella es Ana —continuó Agatha señalando a la impetuosa mujer que ya le estaba plantando a Jaime dos sonoros besos en las mejillas y lo estaba abrazando más de lo necesario.

—Yo soy Marta —se presentó la tía de Agatha, tirando sin ningún disimulo del brazo de Ana y ocupando su lugar. Quería a Mateo con toda su alma, pero esos músculos no los había palpado más que en sueños.

—Encantado de conoceros, chicas. Te pareces a tu madre.

—¿Conociste a mi madre? —preguntó Marta sorprendida.

—Es una larga historia, ya hablaremos luego —contestó Jaime viendo el gesto de alerta de Agatha.

—¿Dónde se va a quedar? —cuchicheó Ana en el oído de Agatha, que, caminando juntas, iniciaban el camino hacia el ascensor.

—En casa de abu Margarita, bueno en mi casa. No me acostumbró a llamarla

así.

—¿En tu casa? ¿Tú y el highlander? Ya sabes. ¿Habéis unido lazos entre España y Escocia? ¿Quién gana el partido Alemania o Escocia? —preguntó Ana arqueando las cejas.

—No, al parecer no soy su tipo —respondió Agatha sin querer entrar en detalles. Ya tendrían ocasión al día siguiente, relajadas en su casa, de descubrir la historia que les había ocultado Margarita. Le daba miedo su reacción. ¿Y si la rechazaban y se apartaban de su lado? Esperaba que no fuera así, no podría vivir sin esas dos locas entrometidas y charlatanas en su vida.

—¿Le gustan más las morenas? —inquirió Ana esperanzada. El pelirrojo escocés le había resultado tremendamente atractivo. Si su amiga hubiera manifestado algún interés por él, ni se le ocurriría tener algo con el highlander, pero, si como decía Agatha, no había nada entre ellos, ¿por qué no iba a intentarlo? Tenía una forma de mirar y de sonreír que eran un imán para el género femenino. Según caminaban, varias cabezas se giraban a su paso, y no solo de mujeres. Su amiga atraía las miradas masculinas. No podía explicarlo, pero Agatha brillaba de una manera especial. Su rostro lucía relajado, sin rastro de la tristeza y de la melancolía con que la habían despedido, antes de partir hacia Inverness. Su melena rubia se agitaba al viento, como salida del mejor anuncio de champú. Tenía que preguntarle con qué se había lavado el pelo en Escocia, tal vez debería incluir una línea de productos capilares en su futura línea cosmética.

—Estos son mis soles —explicó Marta, enseñándole a Jaime las fotos de sus gemelos que guardaba en su móvil. Los dos iban sentados en el asiento de atrás charlando como si se conocieran de toda la vida. Ana los miraba por el retrovisor, sintiéndose celosa y lamentado haber llevado su coche en lugar del de Marta, para poder ser ella la que iba sentada detrás, y no su amiga que malgastaba la ocasión enseñándole fotos.

—Tienen los ojos de su abuelo.

—¿También conociste a mi padre? Serías un niño, ¿y te acuerdas?

—Le he enseñado fotos que tenía en mi móvil —intervino Agatha nerviosa por la indiscreción del escocés—. Las hemos comparado con fotos que Jaime guardaba de sus antepasados y hemos sacado parecidos.

—Agatha se parece mucho a Margarita —afirmó Jaime divertido con las conversaciones de las tres amigas. Las tres eran muy atractivas. Agatha cada día estaba más resplandeciente, a medida que su poder se iba acrecentando. Marta era tan graciosa y buena gente como lo fue su padre. Igual que había ocurrido hacía tantos años cuando conoció a Lincoln, se había sentido en compañía de una amiga leal. La morena que conducía era tema a parte, de voluptuosas curvas y profunda mirada, era toda una belleza española. Por la forma en que le dirigía miradas furtivas, estaba claro que para ella, él también era atractivo. Aquel viaje iba a ser más interesante de lo que esperaba después de todo.

—Es verdad, según va pasando el tiempo, el parecido va aumentando —dijo Marta mostrando su acuerdo, guiñándole un ojo a Agatha.

Tras varios minutos, besos, adioses y promesas de futuros encuentros, Jaime y Agatha pudieron descansar del largo viaje.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Agatha preparándose un té y abriendo una caja de galletas.

—Es buena idea, voy a dar una vuelta.

—¡Como mates a un vecino te clavo el cepillo de barrer en el corazón!

—¿Y a un no vecino?

—¡Tampoco!

Jaime desapareció por la puerta riendo a carcajadas, dejando a Agatha sumida en recuerdos ante su taza de té de arándanos con mandarina. Siempre que lo tomaba recordaba a su abuela recogiendo bayas y frutos en su jardín. Le gustaba ayudarla, disfrutaba con sus manos manchadas de tierra y oliendo los suaves aromas de las flores. En la repisa de la ventana había unos tiestos con romero, tomillo y hierbabuena. A sus amigas se les había olvidado regarlos y

estaban mustios y resecos. Inspirando, cerró los ojos y pasó su mano por encima de las plantas, imaginando que reverdecían recobrando su vitalidad. Agatha los abrió de nuevo y ante sí vio tres preciosos tiestos con aromáticas hierbas con las que aderezar los guisos. No le había dicho nada a Jaime, pero además de curar a pequeños animalillos había logrado curarse a sí misma una herida que se había hecho al caerse por las escaleras del castillo. O, para ser más exactos, de la barandilla de la escalera por la que se había deslizado aterrizando de forma ruidosa en el suelo. Había resultado una gran tentación desde la primera vez que la vio y, aprovechando una tarde que Jaime había ido a Inverness, había hecho su pequeña travesura. El resultado: un tobillo torcido y una herida en el brazo. En un primer momento pensó en llamar a algún trabajador de la finca para que la auxiliara, pero después decidió probar sus dotes curativas antes de que la señora Darius la viera. Quería probar en otra persona, si bien, no era fácil que alguien la dejara su pequeño truco sin más. Aprovecharía cuando alguna de sus amigas se hiciera un arañazo, para probar su teoría. Cansada, se fue al que había sido el dormitorio de su abuela y ahora era suyo. A Jaime le había adjudicado una habitación en el sótano, donde el sol no llegaba para que pudiera refugiarse los días soleados. ¿En qué momento se había convertido en compañera de casa de un vampiro? ¿Qué dirían sus amigas cuando se los contará? ¿Qué estaría haciendo? Prefería no pensarlo.

Al día siguiente de su llegada recibió una llamada a primera hora de la mañana, era Natalia su antigua compañera de piso.

—Buenos días, compi, ¿qué tal por Escocia?

—Hola, Nata. Genial, es mucho más bonita de lo que yo me imaginaba.

—Me alegro de que fuera bien el viaje. Hoy no voy a ir a trabajar porque estoy algo fastidiada con la garganta. ¿Qué te parece si te pasas por tus cosas y charlamos un poco?

—Vale, te llevare una infusión de las que preparaba mi abuela para ese tipo de afecciones.

—Gracias, eres un amor.

Sorprendida por la llamada de Natalia fue a desayunar a la cocina. No se veía ni rastro de Jaime, pero, teniendo en cuenta el brillante día de invierno que lucía en el exterior, no era raro que estuviera enclaustrado en su habitación. Decidió prepararle una bandeja con algo de comer y llevárselo al sótano.

—¿Jaime? —preguntó llamando suavemente a la puerta—. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que se puede estar con ese foco en el cielo —respondió Jaime abriendo la puerta y dejándola pasar—. ¿No decías que solía estar nublado en invierno?

—No siempre. También tenemos días preciosos de sol y frío.

—¿No me digas? No lo había notado.

—No te preocupes, anochecerá pronto.

—Si tú lo dices —gruñó el highlander.

—Me ha llamado Natalia, voy a pasarme a por el resto de mis cosas.

—Si quieres, déjalo para la noche y te ayudo a traerlas.

—No hace falta, serán cuatro cajas. En un taxi me las traigo.

Así que a las once estaba Agatha entrando en su antiguo piso. Natalia no tenía tan mala cara como ella había pensado. Tras tomar juntas un café, se pusieron a guardar la ropa que le quedaba a Agatha en el armario y alguna que otra cosa más. Al final serían cinco cajas y una maleta.

—Creo que está todo —afirmó Natalia cerrando al última caja.

—Nata, no pareces estar muy enferma, y en el rato que llevo aquí no te he oído ni toser ni carraspear. ¿Qué está pasando? ¿Por qué querías que viniera con tanta urgencia? Dudo que fuera para vaciar mi habitación.

—Siento haberte engañando —contestó Natalia con un gesto de disculpa—. Ven, siéntate conmigo —le pidió dando un golpecito en la colcha que cubría la antigua cama de Agatha.

—De acuerdo. Habla.

—Jaime me avisó de que ya habías llegado.

—¿Jaime? ¿Conoces al escocés?

—Le conocí hace muchos años, en un viaje que hice a Escocia hace tiempo. Sé que sabes lo que él es y lo que eres tú.

—Veo que no soy la única.

—Él me llamó al descubrir que Margarita no te había contado nada.

—¿También conocías a mi abuela antes de que compartiéramos piso?

—Agatha, compartimos piso por ella. Quería prepararte poco a poco para decirte que eras un hada, y me pidió que me mudara contigo. Margarita sabía que su tiempo se acababa y empezaba el tuyo. Muchas le aconsejamos decírtelo antes, pero consideró que, teniendo en cuenta el resentimiento que tu madre sentía hacia ti, no sería bueno que sospechara que tú sabías que eras un hada.

—¿Tú también eres un hada?

—Sí, mi familia siempre ha sido amiga de la tuya. Nuestra casera es en realidad una prima mía.

—¡Pero si ella tiene por lo menos sesenta años!

—Yo tengo setenta, es mi prima pequeña.

—¡Imposible! —exclamó Agatha incapaz de creerse que la joven de treinta años que tenía sentada en su cama pudiera tener en realidad más del doble de años.

—Gracias por el piropo, pero tú misma puedes mirarte en el espejo y verás que aparentas ser tan joven como yo y pasas de cuarenta.

—¿Mi madre sabe algo de todo esto?

—Sí. Al ser la mayor era la portadora del gen de las hadas, ella era la destinada a dar a luz a la siguiente hada de la familia. Tu madre renegó siempre de todo lo relacionado con los dones de tu abuela. Consideraba que eran trucos baratos de feria. Margarita sentía mucha pena por ello. Cuando tú naciste tanto tu abuela como tu madre sabían que tú eras la destinada a seguir

los pasos de Margarita, algo que tu madre odiaba.

—Supongo que ese es el motivo por el cual siempre sentí que su afecto hacia mí era diferente del que sentía por mis hermanas.

—Lo era. Tu abuela se sentía impotente, no podía hacer nada más que abrirte las puertas de su casa y darte el cariño que te estaban negando en casa.

—No entiendo por qué no me habló de todo esto antes de morir. Ya no le podía molestar a mi madre.

—Creemos que lo hizo para protegerte.

—¿Creemos?

—Las hadas blancas, tú eres una de nosotras. Hay otras hadas, las hadas negras que permanecen ocultas y, si tienes suerte, no tendrás que verlas muy a menudo. El don es fuerte en ti, cuando lo desarrolles todo, tu poder será grande, más que el de ninguna de nosotras y eso puede atraer a las fuerzas oscuras. Margarita pensó que, cuando más tardaras en saberlo, menor era la posibilidad de que tu vida se viera perturbada por su presencia. Creía que tendría tiempo, pero...

—Lo sé —afirmó Agatha cogiendo las manos de Natalia. Juntas lloraron recordando a Margarita. Su ausencia era aún demasiado dolorosa en sus corazones.

—Te ayudaré en todo lo que pueda —prometió Natalia sonándose la nariz—. Todas las hadas blancas lo haremos. Incluso ese molesto escocés con el que vives lo hará.

—Lo tengo domesticado —se jactó Agatha.

—¿Tú crees? —preguntó Natalia haciendo que las dos estallaran en carcajadas.

Al tercer día de estar de regreso en Salamanca, Agatha decidió que había llegado el momento de contarles la verdad a sus amigas. Había acordado con

Jaime que él saldría a dar una vuelta y al cabo de un par de horas volvería para hablar él también con Ana y Marta. Natalia se había ofrecido a ir si era necesario, pero Agatha pensaba que dos hadas juntas serían demasiado para sus amigas. Antes de la merienda que había organizado, fue a comprar algunas cosas que necesitaba al supermercado donde había estado trabajado hasta su partida a Escocia. Seguía manteniendo el contacto con sus antiguos compañeros. Estos le habían informado que esa tarde la encargada libraba, de modo que decidió que era una buena ocasión para ir a saludarlos. En el último momento, Jaime se había ofrecido a acompañarla para ayudarla con las bolsas. Ya estaban saliendo del supermercado cuando en la puerta se tropezó con unos Ojos de Hielo que la miraban con sorpresa y un punto de emoción, aunque eso era algo que achacó a su imaginación.

—Siento haberte empujado.

—Es culpa mía, estaba distraída guardando el monedero —se disculpó Agatha. Ojos de Hielo apartó la mirada, desviándola a algún punto detrás de ella. Al girarse vio cómo Jaime clavaba sus ojos verdes en los azules que lo observaban.

—Vikingo —dijo Jaime con tono acerado.

—Escocés. Ha pasado mucho tiempo. Estás lejos de las Highlanders.

—He venido con una amiga.

—¿Ella? —preguntó Ojos de Hielo mirando a Agatha que asombrada presenciaba el intercambio de animosidad.

—¿Os conocéis? —quiso saber sin poder contenerse más.

—Algo —respondió Jaime visiblemente molesto—. Será mejor que nos vayamos.

—Deberíamos hablar, escocés.

—No tengo nada que decirte, Börg —negó Jaime haciendo que Agatha se pusiera a caminar.

Durante unos metros caminaron en silencio, el enfado de Jaime hacía que su rostro hubiera adoptado un semblante adusto que no le veía desde la noche que

los atacaron en el bosque al salir del castillo. Jaime siempre tenía un aire socarrón en la mirada. Difícilmente se enfadaba, ni cuando algún trabajador metía la pata cambiaba el gesto. Era por naturaleza afable y conciliador. Por eso era tan rara su reacción al ver a Börg.

—Jaime, siéntate y hablemos —le pidió Agatha después de dejar las bolsas de comida en la cocina.

—No hay nada de qué hablar.

—¿De qué conoces a Ojos de Hielo?

—¿Ojos de Hielo? Es un buen nombre.

—Jaime...

—Mató a mi mujer y a mi hijo aún no nacido. Hubiera preferido morir con ellos, pero Börg me transformó en lo que ves, y ahora debo vivir día a día con la pena de no verles más. ¿Te parecen suficientes razones para odiarle?

Agatha no pudo evitar echarse a llorar al escuchar a Jaime. Ojos de Hielo era odioso, frío como un tempano y, por lo que parecía, un cruel asesino. Jaime era todo lo contrario. Dejando aparte que era un vampiro, era un buen tío. Sabía que, aunque le había dicho que mataba, nunca asesinaba a sus víctimas. Bien fuera por no llamar la atención o por su carácter, en el fondo, benévolo. Gracias a él había descubierto que un vecino del portal de al lado era un maltratador que gustaba de dar una paliza a su mujer cuando perdía su equipo. Jaime había bebido de él hasta dejarle con un hilo de vida, para después hacerle olvidar lo que había sucedido y manipular su mente para que, a partir de ese momento, obedeciera y cuidara a su esposa y a sus tres hijos. La única vez que había asesinado desde que eran amigos, fue aquella lejana noche en Inverness. Agatha se sentía culpable, si ella no hubiera estado allí, Jaime lo habría dejado con vida. Estaba segura de que no los habrían atacado; la muerte de aquel hombre pesaría por siempre en su mente.

—Agatha fui yo quien decidió acabar con su vida —afirmó Jaime intuyendo por donde iban los pensamientos de la joven—. Ya había bebido una vez de ellos y en esa ocasión manipule sus mentes para hacerles cambiar, pero fue

inútil. La maldad estaba arraigada sin remedio en sus corazones. Ellos fueron los únicos responsables de que uno terminara muerto y el otro en la cárcel. No tú.

Esperaba no volver a ver a Börg nunca más. Sabiendo que él iba los sábados al supermercado, con no regresar ese día, lo evitaría. A alguien capaz de asesinar a una embarazada no merecía la pena ni dedicarle un segundo de sus pensamientos.

Sonriendo para intentar animar a Jaime, se levantó de la silla y se dispuso a dar los últimos retoques a la merienda. Le faltaba preparar una tortilla de patata, a la que acompañaría una empanada de pollo y verduras, especialidad de Marta. Era una noche de chicas, los niños se quedarían con su padre y las tres amigas podrían contarse sus cosas. ¿Cómo reaccionarían al saber que el atractivo highlander era un vampiro?

Capítulo 8

De la tortilla a la media hora no quedo nada, y de la empanada el trozo de la vergüenza.

—La había dividido en doce porciones chicas.

—Estaba rica —dijo Ana, quitándose un resto de patata de la falda.

—Marta y yo hemos comido dos trozos cada una. Eso quiere decir que tú, Ana, has comido...

—Lo mismo que vosotras.

—Veamos, como si fueras uno de mis gemelos. ¿Doce menos ocho?

—No seáis pesaditas —respondió la aludida como si tal cosa—. El jardín da mucho trabajo y el papeleo más.

—¿Cuándo lanzarás la primera línea? —preguntó Marta alargando la mano hacia el último trozo de empanada, era una pena dejarlo en la bandeja y ninguna de sus amigas se decidía a cogerlo, aunque a Ana no le podría caber ya ni una miga en el estómago.

—¿Y cómo se va a llamar?

—Cuando tenga todos los permisos en regla, lanzaré mis productos por internet. Si se dan bien las cosas y encuentro un local no muy caro, abriré la primera tienda. Me gusta el que hay al lado de la tienda de Marta, pero no sé si...

—¡¡El nombre!! —exclamaron Agatha y Marta a la vez.

—Quería que fuera una sorpresa.

—Ana, no seas mala. ¿Y si no es comercial? Déjanos darte nuestra opinión —pidió Agatha mientras Marta asentía con la cabeza, comiéndose un sándwich de jamón y queso que le había estado haciendo guiños desde la fuente, junto al solitario trozo de empanada.

—Está bien... —concedió Ana, que deseaba ver la cara de sus amigas al oír el nombre—. *Abuela Margarita*. No podía llamarse de otra forma. ¿Os gusta?

Agatha rompió a llorar emocionada, en tanto Marta tuvo que dejar de comer para darse aire y contener las lágrimas. Era el mejor homenaje que podía recibir Margarita. De haber estado viva, le hubiera encantado, sería algo de lo que se habría sentido muy orgullosa.

—No sé si será comercial, pero estoy harta de perfumerías con nombres que soy incapaz de pronunciar. Además, mis formulas son naturales, recetas de toda la vida. El libro que me legó Margarita es de gran ayuda. Y, Agatha, tú tienes una intuición increíble. El otro día me sorprendiste cuando supiste distinguir por el olor los ingredientes del agua micelar que he elaborado. ¿Cómo supiste que eran rosas blancas y no rojas? No me lo explico.

—Ya, bueno... —balbuceó Agatha, haciendo una pelota con el pañuelo de papel que tenía en las manos. En su cabeza había elaborado una historia sencilla que había repetido cuatro veces la noche anterior a Jaime, quien le había aconsejado: «Déjate llevar por el corazón. Son tus amigas, te quieren y van a alucinar con lo de que eres un hada. Cuanto más tardes en contárselo será peor».

—Agatha, ¿ocurre algo malo? Me estás asustando —quiso saber Marta preocupada al ver la cara de susto de su sobrina.

—No es malo. Chicas, sabéis que os quiero y que nada va a cambiar entre nosotras. Soy la misma de siempre.

—¿No irás a irte otra vez? —preguntó Marta asustada, sin poder contener una lágrima esta vez.

—¿Te has vuelto lesbiana? A más tordos tocó, el mercado está muy mal.

—Ana no seas bruta. Me siguen gustando los hombres. Y no, Marta, no me

voy. Es otra cosa. Cuando estuve en Escocia, hice un descubrimiento. En realidad, fue gracias a Jaime. ¿Recordáis cuando no nos salían las cuentas al saber la verdadera edad de la abuela Margarita?

—Mi madre no podía tener ciento diez años. No pudo ser madre tan mayor. Es imposible. Aunque el abogado diga que no, hay un error.

—No lo hay Marta. Tu madre era un hada —comenzó a explicar Agatha de un tirón, sin atreverse a respirar siquiera—. Al parecer, yo también lo soy. Se salta una generación, por eso ni mi madre ni tú lo sois. Eso hace que nuestra esperanza de vida se alargue, sin convertirnos en inmortales, vivimos más años y envejecemos con más lentitud.

—¿De dónde has sacado esa locura? —preguntó Ana incrédula, poniendo una mano en la frente de Agatha para asegurarse de que no tenía fiebre, mientras Marta olía furtivamente el vaso de refresco que había estado bebiendo su amiga en busca de algún olor extraño.

—Me lo contó Jaime. Os lo demostraré.

Agatha se levantó para coger una planta que había comprado esa tarde en un chino cerca de su casa. Era una hiedra, que tenía las hojas lacias por la falta de agua y de luz. La colocó en la mesa, donde sus amigas pudieran verla bien. Poniendo su mano sobre ella, la acarició con suavidad.

—Vamos bonita, muéstrame lo brillantes que pueden ser tus hojas.

Ante la mirada incrédula de sus amigas, las ramitas y los tallos comenzaron a enderezarse y a crecer. En unos instantes, la planta había pasado de ser una masa verde y blanca sin forma, a ser una espesa mata que tendría que ser trasplantada a un tiesto mayor.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Marta tocando una de las hojas para comprobar que era de verdad.

—Déjame tu brazo, enséñame la herida que te hiciste al entrar en casa con el perchero.

Marta alargó el brazo hacia Agatha, quien colocando su mano a unos milímetros de la herida, dejó que su energía fluyera a través del aire hacia el

brazo de su amiga. Marta sintió un ligero calor en la zona y, asombrada, notó cómo la herida se sanaba, cerrándose sin dejar ninguna cicatriz.

—Es magia —dijo Ana boquiabierta.

—¿Cómo lo sabía Jaime? Dices que él te explicó que eras y que sabía que mi madre también era como tú.

—Jaime conoció a los abuelos, a Margarita y a Lincoln antes de que se casaran. En realidad, el abuelo y él eran amigos cuando Margarita llegó a sus vidas.

—El cañón con el que vives no es tan mayor. Estoy segura, sobrina.

—Es más mayor en realidad de lo era tu madre. Tiene 420 años y es un vampiro.

—¡Venga ya! Esos son cuentos. Está bien para Iker Jiménez y su programa, pero no son reales. Son mitos y leyendas.

—Me gusta ser un mito, suena sexy, pero soy real —dijo Jaime sobresaltando a las tres amigas.

—Demuéstralo —pidió Marta mirándolo con suspicacia.

—Tú lo has querido —afirmó el highlander chasqueando la lengua molesto. Mirando a la joven, cambió sus ojos del verde musgo al negro más oscuro que nunca había visto. Su labio superior se retrajo unos milímetros para dejar asomar unos grandes colmillos. Marta se ocultó con pavor detrás de Agatha, ahogando un grito.

—Tranquilas, no nos va a hacer daño —las calmó Agatha. Sin embargo, al girarse a mirar la expresión de Ana, no encontró lo que esperaba. Marta estaba pálida y temblorosa, con los ojos abiertos de par en par. Por el contrario, Ana tenía las mejillas ruborizadas, y no podía ser..., era imposible...!!! Estaba reteniendo una carcajada!!!

—Soy un vampiro, me gusta serlo, pero a las amigas no las muerdo. Marta, puedes salir de tu escondite que no voy a hacerte nada.

—¿Qué estáis ocultando vosotros dos? —preguntó Agatha enfada mirando alternativamente a Ana y a Jaime—. Tú lo sabías. Cuando os he contado que

soy un hada no sabías de qué estaba hablando, pero lo de que el pelirrojo aquí presente sea un vampiro no te ha tomado por sorpresa.

—Lo siento chicas, pensamos que sería mejor no decirnos nada —se disculpó Ana.

—¿Decirnos qué? —inquirió Marta lanzándole un cojín a su amiga Ana.

—Estamos follando —afirmó resuelto Jaime.

—¡No seas vulgar! —exclamó Ana incómoda—. Tenemos un rollete. No es nada serio. Sólo es...

—Sexo —intervino Jaime sentándose en un sillón satisfecho por el efecto causado por sus comentarios.

—¿Cómo has podido acostarte con mi amiga? —preguntó Agatha enfadada. Como había podido ser tan tonta. Jaime siempre se ofrecía a ayudar a Ana. Había pensado que era muy amable por su parte, y lo que estaban haciendo era reírse a su costa.

—Es cosa de dos. No he forzado ni obligado a nadie —se defendió Jaime.

—Veamos, chicas, está bueno, no hay nada más —alegó Ana con desparpajó, haciendo que Jaime sonriera como buen macho alfa—. Con mi línea de cosméticos estoy demasiado ocupada para pensar en relaciones. El estaba cerca y dispuesto. A nadie le amarga un dulce.

—Yo tampoco quiero complicaciones. En unas semanas volveré a Escocia, no busco ningún compromiso a largo plazo.

—Contigo hablaré más tarde —amenazó Marta a Ana—. Lo que me gustaría saber es cómo Jaime conoció a mi madre, por qué es un vampiro, por qué tu eres un hada, por qué lo era mi madre...

—No puedo darte otra explicación a parte del hecho de que tu madre y Agatha son hadas porque está en su esencia, en sus genes si lo quieres ver así. Conocí a tu madre cuando viajó a Escocia hace muchos años. Lincoln, tu padre, trabajaba conmigo, sabía lo yo era y aún así era mi amigo. Un amigo como no he tenido nunca más hasta toparme con la loca de tu sobrina.

—¡Eh! Que estoy aquí —se quejó Agatha sonriendo un segundo, pero

dejando de hacerlo al pensar en lo engañada que la había tenido la parejita.

—Margarita supo que yo era un vampiro en cuanto me conoció. Se había topado con otros vampiros aquí y en Francia, donde había ido antes que a Escocia, a ver sus míticos campos de lavanda. Las hadas sois vida; los vampiros, muerte. Así de sencillo y de aterrador. Los seres como yo somos los mayores depredadores de este mundo, pero una sola gota de la sangre de hada en nuestra boca puede matarnos. Es curioso cómo mi sangre puede curar a un humano, pero la de Agatha puede acabar conmigo en segundos.

—¿Lo has probado? —le preguntó Marta a Agatha en un indisimulado susurro.

—Te he oído —contestó Jaime.

—No es tan malo, Marta —aseguró a su tía—. Ana puede confirmártelo —añadió aún molesta por el engaño—. Al parecer lo sabe de primera mano.

—Debéis comprender que Agatha es un hada porque está en su naturaleza. Yo no nací así. A mí me convirtieron. No tuve elección.

—¿Quién lo hizo?

—Un ser terrible, Marta. Fue hace cuatrocientos años, en Londres. Estaba con mi esposa haciendo un viaje a la capital para negociar con unos importantes tejedores. Una noche, después de cenar con mis futuros socios, regresamos caminando al hotel. Entre la espesa niebla surgió un carruaje sin conductor. Los caballos corrían desbocados por las calles, asustados por algo, habían huido tirando al cochero del pescante. Fue cuestión de segundos, no lo vimos venir. Cuando quise reaccionar, el coche nos había atropellado. Mi esposa estaba tendida junto a mí, con el cuello en una extraña postura. A mí me costaba respirar, no me llegaba el aire a los pulmones. De repente surgió una negra figura que, agachándose sobre mi esposa, le robó el último hálito de vida y, con él, la del bebé de su seno. Era un hombre siniestro y sin piedad. No contento con haberme arrebatado a mi familia, mi futuro, mis sueños, se acercó a mí. Cogió mi mano, asiendo mi muñeca para tomarme el pulso. Quise zafarme de él, pero estaba demasiado débil, no fui capaz de defenderme. Lo

último que recuerdo son unos colmillos similares a los míos, que se acercaban a mi cuello. Dos noches más tarde desperté encerrado en una cripta, sediento de sangre y sin entender qué me ocurría.

—¡Oh! Tu mujer... —comenzó a decir Marta acercándose a Jaime para ponerle una mano en el brazo.

—Muerta y enterrada. Hasta eso me robó, no pude enterrar ni a mi esposa ni a mi bebé. Tuve que fingir amnesia cuando regresé al hotel, lleno de barro y con la ropa hecha jirones, donde todo el mundo me buscaba. Pretexté que el carruaje me golpeó en la cabeza y me dejó aturdido. Les dije que había pasado los dos días caminando por la ciudad sin saber dónde estaba. Mi palidez y mis ropas raídas dieron credibilidad a mi historia. Nadie hizo demasiado hincapié en averiguar lo que había ocurrido; era un desconsolado viudo que había perdido lo que más quería.

—¿Qué fue del vampiro que te atacó? —quiso saber Marta.

—No os lo vais a creer. Lo hemos visto esta mañana aquí mismo —afirmó Agatha interviniendo en la conversación.

—¿Aquí? ¿En Salamanca?

—¿Dónde?

—En el supermercado. ¡Es Ojos de Hielo!

—Nos hemos encontrado antes, a lo largo de los siglos hemos coincidido un par de veces. Margarita sabía la historia, dudo que supiera que Börg estaba aquí. Me hubiera dicho algo.

—Es frío, antipático, desagradable. Lo peor de lo peor —aseguró Agatha recordando las veces que se lo había encontrado en el supermercado, comprando su pertinaz botella de vodka.

—Espero no tener que verlo nunca —afirmó Ana abrazando a Jaime que depositó un beso en la cabeza morena que buscaba su hueco en su pecho. Ella ya conocía la historia, el vampiro se la había relatado la primera noche que habían pasado juntos. Por lo que a ella concernía, si alguna vez se topaba con Börg, le clavaría una estaca en el corazón para, acto seguido, cortarle la

cabeza.

—Ni yo —corroboró Marta dándole un beso a Jaime en la mejilla y sonriéndole con afecto. Después de todo, si Ana tenía un rollo con él y Agatha decía que era un buen amigo, le daría una oportunidad.

—¿Estamos bien, chicas? —quiso saber Ana pesarosa por no haberles hablado antes de su tonteo con Jaime, pero el vampiro le había pedido esperar un poco y ahora entendía el motivo.

—Sí vosotras podéis aceptar que soy un hada, creo que podré sobrellevar el hecho de que te acuestes con un vampiro —dijo Agatha, sacando la lengua a Jaime.

—¿Se lo puedo contar a Mateo? No me digáis que no, me conocéis, se me va a escapar.

—A los niños no —le advirtió Jaime divertido.

—¿Y que tengan pesadillas? Mejor que no.

Las tres amigas se fundieron en un abrazo al que se unió Jaime. Ninguno lo diría en voz alta, pero los cuatro estaban seguros de haber olido a madre selvas al abrazarse. Un aroma muy parecido a la colonia de Margarita.

Capítulo 9

La semana transcurrió sin incidentes. Poco a poco se iban instalando en su peculiar rutina. Marta ultimaba con el decorador los detalles de su tienda, Ana probaba nuevos ingredientes para sus cremas y Agatha practicaba su don, ayudada por Natalia y otras hadas blancas que le había ido presentando.

—Venga, otra vez —la animaba Natalia cada vez que rompía una taza por intentar levantarla por los aires unos centímetros.

—Vale, pero mejor lo hago con un papel, que me voy a quedar sin tazas.

Los vecinos se preguntaban cómo era posible que el jardín siguiera tan florido a pesar de las heladas que caían habitualmente por la noche. Dos constructores más habían intentado hacer una oferta a Agatha.

—Una mujer joven como usted estaría mejor viviendo en un piso nuevo y moderno —le dijo uno en tono paternalista.

—Una mujer joven como yo está tan ricamente en su casa con jardín sin que la molesten con tonterías. No se le ocurra volver, la respuesta es no.

—Sí cambia de idea...

—Créame no lo hará —afirmó Ana cogiendo del brazo al hombre y sacándolo del jardín antes de que Agatha hiciera caer en su cabeza algún fruto de los arboles como había hecho con el último, que se había ido con un buen chichón.

Jaime dividía su tiempo en ayudar a Agatha, hacer nuevos contactos para sus lanas y quesos y tontear con Ana. Un día Ana se decidió y le pidió permiso a

Agatha para trasladarse a su casa.

—Así estaré más cerca del jardín y del invernadero donde creo las cremas. Tu abuela tenía un pequeño laboratorio en su interior, perfectamente equipado. Pierdo tiempo yendo y viniendo a casa.

—Y de paso estás más cerca de Jaime —añadió Agatha mordaz.

—No se me había ocurrido —respondió Ana con aparente inocencia.

—Te advierto que Jaime vive en el sótano, donde le llega menos la luz del sol, aunque supongo que eso ya lo sabes.

—¿Eso es un sí? —preguntó Ana abrazando a su amiga.

—¿Cómo voy a decir que no a vivir con mi amiga? Lo único que debes tener claro es que Jaime se irá. Tal vez debería ir comprando helado de chocolate.

—Soy una mujer adulta, hecha y derecha. No te preocupes por mí, solo es diversión y quiero aprovecharla mientras dure.

Agatha no insistió, pero dudaba mucho de que Ana resultara indemne de esa relación desigual con un vampiro. Cuando Marta supo que sus dos amigas vivirían juntas, no pudo reprimir algo de envidia. Le encantaría unirse a ellas, pero Mateo y los niños no podrían valerse sin ella. Además, estaba la tienda, que le quitaría el poco tiempo libre que le quedaba. Las entrevistas a posibles dependientas que la ayudaran a atender al público eran agotadoras. La que más le gustaba era Ruth, una joven de veintiséis años, vital y despierta, que era un soplo de alegría que compaginaba muy bien con su propio carácter y con el de Agatha, quien también trabajaría a tiempo parcial en la tienda de ropa.

—Puedo ir por las tardes unas horas, así podrás estar con los gemelos cuando salgan del colegio hasta que llegue Mateo.

—¿No te importa? ¿Sería solo de 5 a 7?

—Por supuesto que no, no voy a estar todo el día en casa haciendo de conejillo de indias para las cremas de Ana. Estaré encantada de ayudar a elegir modelito a tus pequeños compradores.

Esa misma semana, celebraron el séptimo cumpleaños de los gemelos. El viernes, con los amiguitos del cole, fueron a un local habilitado para fiestas de

cumpleaños, con piscinas de bolas y otros artilugios que hicieron las delicias de los pequeños. Un payaso, un cuentacuentos y una gran merienda con mucho dulce y demasiada cafeína, fueron el broche para un día inolvidable.

—Recordadme porque estoy aquí en lugar de estar retozando con mi escocés —pidió Ana atrincherada en una esquina con una Coca-Cola y un plato de patatas fritas, ensordecida por el griterío de los más de veinte niños invitados a la fiesta.

—Para ayudarnos a Agatha y a mí a cuidar de los gemelos y sus amiguitos, que te recuerdo que son tus sobrinos postizos y les adoras.

—¿Y las otras madres qué hacen? Están ahí sentadas sin hacer nada.

—Oh, sí que hacen —intervino Agatha—. Despellejarnos, nos están poniendo a caldo.

—¿Por qué van a hacer eso? —preguntó Marta con inocencia.

—Por lo que oí cuando iba al baño sin que se dieran cuenta —explicó Agatha con un guiño de complicidad—, Ana y yo somos lo peor porque vivimos con un pelirrojo los tres en mi casa. ¡A saber qué hacemos!

—¿Quién ha dicho eso?

—La de la cara avinagrada.

—Eso es envidia —afirmó Ana dando un sorbo a su refresco.

—La de su derecha dice que eres una mala madre porque vas a abandonar a tus hijos por una tienda que seguro fracasará.

—Pues ella es la menos indicada para hablar. Le pone cuernos a su marido con el fisioterapeuta una vez por semana.

—¿Y tú como lo sabes, Marta?

—Porque hace dos semanas yo era la que estaba en un corrillo y cotilleaba sobre las otras madres —contestó Marta haciendo reír a sus amigas.

Al día siguiente, el sábado, en casa de Marta y Mateo, estaban otra vez reunidas para preparar una celebración de cumpleaños más íntima con sus amigos y su familia.

—¿Cuántos vamos a ser?

—Vendrán tus padres y tus hermanas, Ana con Jaime, Maca y Julián con sus cuatro hijos, el socio de Mateo en la editorial, mi amiga Luna y su hija, tu antigua compañera de piso, Natalia, y tú.

—¿Luna es la bibliotecaria?

—Sí, esa misma. Por cierto, ¿has hablado con tu madre?

—Ayer comí con ellos, pero como imaginarás no hablamos ni una palabra de que soy un hada, y mucho menos de que Margarita lo era también. He tenido bastante con inventar que Jaime es un amigo del que no les había hablado antes por despiste.

—Como llegará con Ana, mi hermana no se pondrá quisquillosa contigo.

—Un tercer grado que me ahorro —comentó Agatha distraída, acariciando una planta de hierbabuena que Marta tenía en la cocina, haciendo que al instante inundara con su fragancia toda la estancia.

—Agatha, estate quietecita. Has hecho tan exuberantes las plantas que mi salón parece un vergel. Ponte a hacer tortillas y, cuidado, no hagas crecer un patatal.

Las dos amigas continuaron charlando mientras remataban los preparativos de la fiesta. Al rato llegaron Luna y su hija Sofía, que era un torbellino de tres años, que al momento estaba correteando sin vergüenza por la casa. Natalia llegó a la vez que ellas con una deliciosa tarta de chocolate para el cumpleaños. Macarena y su familia fueron los siguientes en llegar. Su hija mayor, Vega, era una preciosa adolescente, que pasaba de sus hermanos, hundiendo su nariz en la pantalla del móvil. Lino tenía siete años e iba a la misma clase que los gemelos de Marta. Eran inseparables. María y Raúl, otra parejita de gemelos de tres años, pronto hicieron pandilla con Sofía. Macarena era la escritora estrella de la editorial de Mateo, el marido de Marta. Su amistad se había hecho extensiva a toda la familia, y era habitual que se reunieran para celebrar todo tipo de acontecimientos. El marido de Maca, como solían llamar a Macarena, competía por atractivo con Jaime. Eran dos

hombres de los que hacían girar cabezas a su paso.

—Esos deben ser tus padres, Agatha —apuntó Marta al oír el timbre. Saliendo de la atestada cocina, fueron a la entrada a saludarlos, junto con Ana, que había dejado en la nevera la tarta de cumpleaños.

—¡Oh, no!

—¿Qué pasa, Agatha?

—Marta, ¡es él!

—¿Quién?

—Ojos de Hielo, Ana. Ese que está ahí es Börg —respondió Agatha señalando al gigante rubio, que tenía a una horda de niños agarrados a él como una lapa. Sofía y María estaban cada una sujetadas con firmeza por uno de sus brazos, a la vez que con sus bracitos le tiraban del pelo en lucha por ver quién le daba más besos babosos en la cara. Lino se había encaramado en su espalda, en tanto Raúl intentaba infructuosamente trepar por una de sus piernas, en dura pugna con los gemelos de Marta, que hacían lo propio por la otra. Börg reía a carcajadas, Julián apiadándose de su hijo, lo cogió en brazos y lo acercó al alegre grupo. Hasta los padres de Agatha sonreían al ver la escena.

—Está bueno —dijo Ana, sin hacer caso de la mirada furibunda que su amiga le dedicaba.

—A mí no me parece muy peligroso. Es el socio de Mateo, le conozco desde hace años —cuchicheó Marta—. ¿Le arranco a los gemelos de las piernas? —preguntó al ver el ceño fruncido de su sobrina.

—¿Quién es este tío? ¡Está cañón!

—¡Candela! —la reprendió su hermana Agatha.

—No es para tanto —añadió Lucía, la otra hermana, uniéndose al grupo de mujeres.

—Eso lo dices porque a ti no te gustan los hombres —afirmó Ana sonriendo a la hermana de su amiga.

—Eso es cierto, Macarena es más mi tipo.

—Chicas, ese hombre es peligroso —aseguró Agatha no demasiado convencida. No sabía si era su gen de hada o las risas alegres de los niños, pero lo que en esos instantes Ojos de Hielo despertaba en ella, no era enfado, sino ternura.

—Peligroso para la libido —replicó Candela haciendo reír a todas.

Los ojos de Börg, se encontraron con los de Agatha. El azul helado de los del vampiro se fundió en el azul cálido del mar de los del hada. Ella reconoció la esencia vampírica del hombre que la mirada, él dejó que la magia del hada lo recorriera. Jaime contemplaba desde una esquina la escena. Impasible. Recordando a su mujer muerta a su lado. Incapaz de encontrar el perdón en su alma.

Marta consiguió, con su buen arte como anfitriona, que la tirantez entre sus dos invitados más extraños se suavizara con las conversaciones del resto. Con un gesto le indicó a Ana que Jaime era cosa suya, esta con un guiño le hizo entender a su amiga que no debía de preocuparse.

—Vamos, niños, dejad al pobre Börg tranquilo.

—No pasa nada, Marta —respondió dejándose derrotar por los tres chavales agarrados a sus piernas. En un momento, una montaña de extremidades rodaron por el suelo. Raúl se escurrió de los brazos de su padre para unirse a la melé; Börg, al verlo llegar, lo cogió con suavidad.

—¡Eres más divertido que mis niños! —exclamó Lino jugando con los gemelos a subir a caballito en la espalda del vikingo.

—¿Tus niños? —preguntó Agatha confundida.

—Hércules y Atenea —respondió la pizpereta María.

—Curiosos nombres.

—Ya sabes, hay padres que tienen un extraño sentido del humor —explicó Maca quitándole importancia con un gesto de la mano.

La magia de Disney logró que los niños se quedaran tranquilos viendo *Coco* en la televisión del salón, merendando los sándwiches y demás delicias que Marta colocó delante de ellos. Incluso algunos mayores sucumbieron al

encanto de la película. Agatha intercambió algunos comentarios educados con su madre, que desde la muerte de Margarita, la miraba y trataba más como a una extraña que como a una hija. Su padre bajaba la cabeza, pero tampoco hacía nada por acercarse a ella. Pesarosa, los dejó conversando con sus hermanas, quienes confundidas asistían al distanciamiento de Agatha y sus padres. Candela y Lucía sabían que sus padres y sus tíos tenían planes para repartirse el dinero que la venta de la casa y el preciado terreno en el que estaba pudiera generar. Sin embargo, la estrecha relación de su abuela Margarita y Agatha era conocida por todos y no era extraño que le hubiera legado su más valiosa posesión a su adorada nieta. Desde bien pequeñas, habían presenciado cómo su hermana mayor se refugiaba en los brazos de su abu, en busca del cariño que su madre le negaba. En la disputa actual, preferían mantenerse al margen y no avivar ningún fuego de resentimientos. Con tristeza, vieron cómo Agatha se marchaba a la cocina a por un refresco y a recomponerse un poco. Eran sus padres, los quería. Ella no tenía la culpa de que su abu Margarita no les hubiera dejado a ellos la casa. Sus razones había tenido. Tampoco había pedido ser un hada, pero eso era algo que no podía cambiar. Jaime sentía pena por su amiga, nadie debería odiar tanto a una hija, como sentía que la madre de Agatha la odiaba.

—Margarita sabía por lo que tendrías que pasar al recibir su legado.

Agatha se giró sobresaltada. Creía que estaba sola en la cocina, pero Ojos de Hielo estaba a su espalda. Era tan silencioso como Jaime. ¡Dichosos vampiros y sus truquitos! Enjugándose una lágrima lo miró recelosa.

—¿Conocías a mi abuela? —preguntó confundida. Todos los vampiros con los que se topaban parecían saber más de su abuela que ella misma.

—Desde antes de que naciera. Y a la abuela de tu abuela, y a la abuela de esta.

—¿Cuántos años tienes?

—Mil doscientos ochenta y tres.

—¡Eres muy viejo!

—¿Eso es un cumplido? —preguntó Börg sonriendo, haciendo que el azul de sus ojos pareciera más luminoso.

—Lo siento yo...

—Tranquila, tu abuela Margarita reaccionó peor. Me tiró a la cabeza la azadilla con la que estaba trabajando.

—Muy propio de mi abuela —afirmó Agatha sonriendo al recordarla. ¡Cuánto la echaba de menos!

—Igual que Jaime ha hecho contigo, yo le desvelé a Margarita su naturaleza. Me hubiera gustado hacer lo mismo en tu caso, pero te marcharse a Escocia antes de que pudiéramos hablar. Además, cada vez que me acercaba a ti, huías despavorida.

—Lo siento —respondió Agatha con sinceridad, empezaba a ver que tal vez lo había juzgado equivocadamente, aunque, por otro lado, la historia de Jaime no dejaba lugar a dudas de su maldad. Había algo que no encajaba—. Tu presencia me inquietaba.

—Es tu instinto de hada. No eras consciente de ello, pero detectabas que era un vampiro y tu cuerpo te avisaba.

—¿Eso quiere decir que cada vez que un tío me resulta repulsivo es porque es un vampiro?

—Ja, ja, no siempre. Algunos sí, pero no todos. Agatha, tu abuela me dejó algo para ti, está en mi casa. Me gustaría que mañana vinieras por la tarde a mi piso, estaré encantado de entregártelo y resolver tus dudas.

—¡Tito B! —gritó una vocecilla detrás de ellos antes de que Agatha pudiera responder. Era la pequeña María, la hija de Macarena, que, sin que ellos se hubieran percatado, había entrado en la cocina y tiraba del pantalón de Börg reclamando su atención.

—Cariño —replicó el vampiro agachándose para besar en el moflete a la niña y levantarla en brazos—. ¿Quieres algo, preciosa?

—¡Chocolate! —pidió mimosa, poniendo sus manitas en la cara del vikingo a la vez que hacía un pucherito.

—Diría que ya has comido bastante chocolate hoy —dijo viendo los berretes de la cara de la pequeña.

—Un poquito —insistió la niña.

—Un momento —dijo Agatha, recordando dónde guardaba su amiga el chocolate fuera del alcance de los gemelos: en el último estante del armario que había encima del fregadero. Subiéndose en la encimera, ante la mirada divertida de Börg y de la expectante de María, estiró el brazo palpando el fondo de la balda, hasta dar con su objetivo: una tableta de chocolate. Partió dos onzas y se las dio a la chiquilla, que alborozada se lanzó a cogerlas sin soltarse de los brazos del vampiro.

—Será mejor que la lleve con su madre.

—Börg —lo llamó Agatha cuando salía por la puerta de la cocina—. ¿A las cinco te va bien?

—Perfecto —contestó el vampiro con visible alivio—. Te doy la dirección.

Su instinto de hada o de mujer, o de ambas cosas, le decía que podía confiar en él y que debía escuchar lo que tenía que decirle. No le diría nada de momento a Jaime. Buena gana de complicar las cosas. Cogió otras dos onzas de chocolate para ella y salió de la cocina dispuesta a unirse al resto de los invitados.

Capítulo 10

Agatha dudaba. Tenía el dedo en el interfono del portal de Börg. Era un edificio en el centro de la ciudad, en una calle céntrica. Había esperado encontrarse algo grandioso, parecido al castillo de Jaime, pero estaba en una casa que, al menos en su exterior, era de lo más normal.

—¿Va a entrar? —le preguntó una pareja de mediana edad que salía del portal.

—Sí, gracias.

Reprendiéndose a sí misma por ser tan tonta, apresuró sus pasos hacia el ascensor. Ojos de Hielo —bueno, ya no debería llamarlo así, pero la fuerza de la costumbre seguía imponiéndose— vivía en el último piso. En un ático, que, por lo que pudo ver al salir del ascensor, ocupaba toda la planta. Junto a la puerta no había el típico interruptor para tocar el timbre, sino que un precioso llamador de hierro antiguo, con forma de mano, hacía sus funciones. Agatha lo cogió para golpear con él la puerta con suavidad. Sorprendida, observó cómo al levantarlo sonaba un timbre en el interior.

«¡Curioso! —pensó Agatha—. Combina un llamador antiguo con un timbre moderno».

De repente la puerta se abrió, no había escuchado los pasos de Börg acercándose, algo a lo que empezaba a acostumbrarse con Jaime cuando se aproximaba a ella sin que lo oyera, cada dos por tres. Al principio solía asustarla, pero, al ver que Agatha le dedicaba una de sus miradas asesinas,

había dejado de hacerlo.

—Buenas tardes, Agatha. —Unas mariposas se agitaron en el estómago de la joven. La forma que tenía el vampiro de pronunciar su nombre, como si paladease cada una de las sílabas, hacían que se estremeciera—. ¿Encontraste bien el edificio?

—Hola. Sí, es muy céntrico —respondió siguiendo al hombre al interior de la casa. El piso era una preciosidad. Muebles antiguos yuxtapuestos a otros más modernos y convencionales, en una arriesgada mezcla que aumentaba su elegancia. Girando, admiró cuanto la rodeaba, y quedó impactada por la preciosa vista que se adivinaba tras los cristales.

—Espera a que anochezca, entonces saldremos a la terraza. Es más bella incluso —explicó Börg adivinando lo que pensaba Agatha.

—Se ven las catedrales, los Dominicos, la Clerecía. ¡Es maravillosa!

—El resto del piso es más normal, las habitaciones no son demasiado grandes, pero me bastan para mí solo.

—¿Cómo haces en verano? Las horas de sol son muchas y con tanto cristal será difícil evitar que la luz lo ilumine todo.

—Son cristales tintados que no dejan pasar los rayos dañinos para los vampiros. De todas formas, al ser tan «antiguo» —entrecomilló Börg recordando el calificativo de «viejo» que Agatha había utilizado con él, lo que hizo que esta se ruborizara—, resisto mejor la luz del sol.

Nervioso, como hacía tiempo que no lo estaba en presencia de una mujer, le enseñó el resto del ático. Dos dormitorios, un baño, la cocina y un pequeño estudio completaban el recorrido. Las paredes, como no podía ser de otra forma en un editor amante de la lectura, estaban recubiertas casi en su totalidad por libros. Con reverencia, Agatha se aproximó a una antigua edición de *Sentido y Sensibilidad*, de su adorada Jane Austen.

—Es la original, la primera edición —le indicó Börg acercándose a su invitada, notando cómo un sutil perfume de madreSelva llenaba su nariz. Sonrió al recordar que era el mismo que solía llevar Margarita—. Recuerdo el

día que lo compré en una pequeña librería de Londres en 1811. Como ves, está firmada con el seudónimo que utilizaba: «By a Lady»; un editor aceptó publicarla si la autora asumía los riesgos. Quién le iba a decir que dos años más tarde, el príncipe regente, gran admirador de su obra, enviara a su médico personal a tratar a su hermano Henry.

—¿La conociste?

—No tuve el placer, en aquella época vivía en New York, mi estancia en Londres fue circunstancial. Puedes quedártelo.

—No, no puedo aceptarlo es muy valioso.

—Insisto. Sé que estará en buenas manos —afirmó Börg mirando con atención, aumentando la desazón que sentía el hada—. Volvamos al salón, allí tengo la caja que tu abuela dejó para ti.

—¿Una caja? ¿Y por qué te la dejó a ti? —quiso saber Agatha siguiendo al vampiro, a la vez que portaba con reverencia el libro de Jane Austen.

—Margarita no quería que la caja y la carta cayeran en malas manos. No se fiaba de tus padres y tus tíos. Temía que, si la dejaba en su casa, alguno de ellos la encontrara antes de que tú tuvieras ocasión de ver su contenido.

Agatha cada vez estaba más convencida de que la idea que tenía Jaime sobre Börg era errónea. Todas las historias tenían dos versiones y quería escuchar cuál era la del atractivo vampiro que tenía delante. Sus exquisitos modales, y su afable trato, contrastaban con la idea que tenía sobre los vikingos, a los que imaginaba rudos y guerreros.

—Esta es la caja —dijo Börg acercando al sillón, donde Agatha había tomado asiento, una caja de madera con incrustaciones de marfil que recordaba haber visto alguna vez en casa de su abuela—. Y esta es la carta. Creo que deberías leerla primero.

Agatha asintió, emocionada y con las manos temblorosas, rasgó el sobre y sacó la carta doblada. Al ver la letra de su abuela, las lágrimas no tardaron en llenar sus ojos.

Querida Agatha:

Sé que desde mi muerte el mundo que conocías habrá temblado bajo tus pies. Tus poderes estarán aflorando, estarás confusa y no sabrás manejarlos. Confía en el hombre que te entrega esta carta. Quizás ya te haya dicho que es un vampiro. Era mi amigo, un buen amigo leal que siempre estuvo a mi lado. Cuando un día por la calle me indicaste que el gigante rubio que iba por la otra acera era Ojos de Hielo, tuve que hacer un esfuerzo para no reírme. La animosidad que sentías hacia él se debía a tu esencia de hada, y no a su maldad. No todo es blanco o negro, hay una escala de grises con infinitos matices. No todos los vampiros son malos, ni todas las hadas son buenas. En ambas especies hay maldad, y hay seres oscuros que sueñan con un mundo donde no tengan que ocultarse, donde los humanos les sirvan como esclavos. El equilibrio es frágil. Son una minoría hasta ahora, y así debe de seguir siendo.

En la caja encontrarás un libro de «hechizos» donde encontrarás una guía sobre tus poderes. No lo escribí yo, mi abuela me lo dio y a ella su abuela. Espero que algún día se lo des a tu nieta. Natalia, a la que envié para que velará por ti, te ayudará. Su familia y la nuestra han estado juntas durante muchos siglos.

Estaré a tu lado, todas las hadas de nuestra familia están a tu lado, tal vez no nos veas, pero nos sentirás en tu corazón.

Te quiero.

Abu Margarita

Agatha dejó la carta a un lado y abrió la caja, donde un libro muy antiguo, con las hojas tan finas como la seda, escritas a mano, y tapas de piel atadas a ellas con una cuerda, descansaba sobre una tela de terciopelo. En las últimas páginas reconoció la letra de su abuela. Sin duda, ella había hecho descubrimientos por su cuenta. En ese instante llegó hasta su nariz el suave aroma de la taza de té que Börg había depositado a su lado.

—Es una mezcla especial de té: arándanos...

—...con mandarina.

—Sí, tu abuela me la dio. Me encanta su sabor. Espero que en ese libro encuentres como elaborarla.

—Espero. También es mi favorita —añadió Agatha dando un sorbo a la taza. Estaba delicadamente endulzado con miel de romero. Observó cómo Börg daba un sorbo de la suya, deleitándose con su sabor. Era un hombretón rubio muy atractivo. Su mezcla de erudito editor y guerrero vikingo la atraía cada vez más. Al beber, los músculos de su brazo se marcaban bajo el fino jersey azul oscuro que llevaba. No podía verla, pero seguro que tenía los abdominales en forma de tableta de chocolate digna para ser admirada.

—Puedes preguntar —la animó Börg, que la miraba con el mismo interés que ella lo hacía.

—Dejando aparte el tema de las hadas, que prefiero dejar para otro día que haya echado un vistazo al libro de Margarita, me gustaría saber qué paso entre Jaime y tú.

—Estoy seguro de que él ya te lo ha contado a ti y a tus amigas. Solo hay que ver la forma en que me mirabais las tres ayer.

—Lo ha hecho, pero todas las historias tienen dos versiones y me gustaría oír la tuya.

Börg dejó la taza en el plato, giró la cabeza evaluando a la preciosa rubia que tenía sentada ante sí. Sentía que ella era parecida a Margarita, pero a la vez muy diferente. Durante su larga existencia como vampiro, había tenido, en las brujas de la familia de Agatha, leales compañeras de viaje. Él las había protegido y ayudado cuando sus poderes despertaban, y ellas habían hecho que su vida no fuera tan solitaria. Juntos se habían enfrentado al grupo de hadas y vampiros rebeldes, pero desde hacía trescientos años no habían vuelto a saber de ellos. Y esperaba que Agatha no tuviera que conocerlos. Le gustaba, más de lo que debería gustarle un hada, y no podía hacer nada para remediarlo.

—Era una noche fría y húmeda en Londres. Al día siguiente iba a viajar a Francia. Había salido a alimentarme, no siempre era fácil hacerlo en alta mar sin despertar sospechas. En aquella época, los rayos del sol eran muy dañinos

para mí, y debía pasar la mayor parte del día en el camarote, fingiendo un inoportuno mareo por viajar en barco. Así que prefería alimentarme bien la noche antes.

—Ahórrate los detalles —le interrumpió Agatha. Por muy civilizado que él parecía, prefería no imaginárselo chupando la sangre del cuello de una inocente víctima.

—Lo siento, no era mi intención importunarte —se disculpó Börg continuando con su relato—. Me hospedaba en una pensión en una zona apartada de la ciudad donde mis salidas nocturnas pasaban desapercibidas. Regresaba a ella paseando por el centro, cuando vi cómo un ladronzuelo le robaba una ristra de salchichas a un tendero que recogía su género. Se había organizado un pequeño revuelo, que un policía calmó saliendo en persecución del muchacho. Corrían por las calles, esquivando a los escasos paseantes, y a los aún más escasos carruajes. Sin embargo, alguno había, llevando a las pacíficas gentes de Londres a sus casas. Un cochero se había bajado del pescante de unos de ellos. Estaba abriendo la puerta del carruaje para que una pareja se subiera, con tan mala fortuna que el caballo que tiraba de este se asustó al pasar el ladrón junto a él corriendo, y el policía, llamándole al orden con su silbato, aumentó su desasosiego. El caballo se encabritó y huyó asustado por la calle que tenía ante sí. El cochero intentó inútilmente detenerlo y fue arrollado por las ruedas del carruaje. Como sabrás, los vampiros podemos desplazarnos más rápido que los humanos, de modo que me retiré para no llamar la atención y, oculto en las sombras, corrí en busca del caballo. No llegué a tiempo, a unos pocos metros se había llevado por delante a una pareja. No pude hacer nada por la mujer, estaba muerta tendida en el suelo. El hombre seguía respirando, pero la vida se escapaba de su cuerpo.

—¡Jaime!

—En efecto. ¡Era tan joven! Se aferraba a la mano de la mujer con sus últimos estertores. Era tan injusto, debí dejarle morir junto a la mujer que amaba, pero no pude. No sé qué pasó por mi mente.

—Te compadeciste, intentaste ayudarlo —afirmó Agatha cogiendo una de las manos de Börg, que permanecían crispadas sobre sus rodillas.

—Fue un error.

—Fue un acto de amor.

—Jaime me odia.

—¿Por qué no le contaste lo que pasó?

—He querido hacerlo, sé que piensa que maté a su esposa. Es más fácil culparme a mí que a un inoportuno accidente. Es lo único que puedo hacer por él, darle un verdugo al que odiar.

—No es justo para ti.

—Agatha, he matado a hombres inocentes. Antes de convertirme en vampiro era un guerrero cruel y despiadado. La guerra era mi único propósito en la vida. Después de mi conversión, me alimenté sin preocuparme de quién lo hacía durante años, durante siglos. No seré el responsable de la muerte de la mujer de Jaime, pero sí lo soy de lo que es.

Agatha era incapaz de dejar de llorar, por Jaime, por su mujer y su bebé aún no nacido, por Börg. Cuatro vidas entrelazadas y marcadas por un destino trágico.

—Mírame, Börg, mañana vendrás a casa y hablaremos los dos, no podéis seguir así. Él debe dejar de odiarte y tú debes dejar de culparte. No te conozco lo suficiente, pero, si mi abuela y mis ancestros te querían en sus vidas, era porque lo merecerías, no por pena. Ayer vi cómo los hijos de Macarena te llamaban tío B. y te hacían partícipe de todos sus juegos. La pequeña Sofía se pasó media tarde en tus rodillas, y para mis primos eres un *crack*. No he visto a nadie seguirles el ritmo con los videojuegos como lo haces tú.

—¿Y tú qué piensas?

—Mi instinto de hada y mi corazón de mujer están de acuerdo. Te quiero en mi vida.

Capítulo 11

Agatha salió de casa de Börg sintiendo el corazón ligero, en su bolso llevaba el libro y la carta de su abuela. La caja la había dejado con el vampiro para que le arreglara el cierre que estaba roto. Le había prometido encontrar uno de la época y sustituir el roto por uno nuevo. Estaba deseando llegar a casa y probar los hechizos de su abu Margarita. El día anterior había conseguido atraer una cuchara solo con el pensamiento: había deseado tenerla en la mano y al instante la tenía entre sus dedos. Iba tan distraída que no se dio cuenta de que un coche no frenaba al aproximarse al ceda el paso por donde estaba cruzando. El impacto fue lo suficientemente fuerte como para hacer que su cuerpo saliera dos metros despedido para chocar con otro coche aparcado al lado de la acera. Agatha quedó inconsciente en el suelo. El charco de sangre debajo de su cabeza cada vez era más grande.

—Agatha, Agatha, cariño, despierta.

—Umm

—Abre los ojos, dormilona.

Agatha hizo lo que la dulce voz le decía, estaba cansada, quería seguir durmiendo. Pero la voz, que le resultaba conocida, la llamaba. Los parpados le pesaban; haciendo un gran esfuerzo, abrió los ojos y se encontró tumbada en el jardín de su abu Margarita, bajo el mandarino del que obtenía los frutos que después desecaba para hacer el té que tanto le gustaba.

—¡Abuela! ¡Te he echado de menos! —exclamó Agatha dejándose abrazar

por Margarita.

—Y yo a ti, mi vida, estaba a tu lado, pero no podía abrazarte.

—Pero esto no puede ser real. ¡Tú estás muerta! Salía de visitar a Börg. ¿Lo conoces? Dice que es tu amigo.

—Es un buen hombre. Debes confiar en él. Te protegerá y será un leal compañero. Cuando seas consciente de todos tus dones, habrá ocasiones en que seas tú quien deba cuidar de él.

—Abuela, ¿estoy muerta? —preguntó asustada Agatha al darse cuenta de que, si su abuela estaba muerta y estaban hablando, era porque no estaban en el mundo de los vivos.

—Estás en un existencia intermedia, tenía que hablar contigo y he aprovechado la ocasión —le explicó Margarita a una sorprendida Agatha.

—¿Y en sueños no te valía? —preguntó la joven mosqueada.

—Intenté entrar en ellos, pero tu mente no me dejaba. Eres poderosa, tu esencia de hada es más fuerte que la mía. Te será útil en un futuro, que espero sea muy lejano.

—¿Y Jaime? Tampoco me hablaste de él.

—Está confundido. Debería haber ido a Escocia antes, no debería haberlo pospuesto tanto, siempre creemos que hay tiempo para todo y la vida se nos escapa como el agua en una cesta. Le estás ayudando, eres buena para él. Debe hacer las paces con Börg, cuatrocientos años es demasiado tiempo para estar enfadados.

—Me hubiera gustado que me contaras que eras un hada. No te hubiera juzgado.

—Lo sé, cariño. Sin embargo, la relación con tu madre no era buena y saberlo solo te traería más problemas con ella. Pensé que aún estaba a tiempo de decírtelo, pero esa maldita gripe me impidió hacerlo.

—Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti, pero tienes mucha gente a tu alrededor que te quiere y te ayudará. Sé que las otras hadas blancas te están enseñando cómo usar tu don,

no te preocupes, lo irás descubriendo poco a poco. Eres más poderosa que ellas. Natalia, Jaime y Börg podrán guiarte hasta un punto, luego tendrás que ser tú sola la que avance hacia adelante. Les sorprenderás a todos, empezando por ti misma.

—No quiero volver, quiero quedarme contigo —afirmó Agatha haciendo pucheros como una niña pequeña.

—No cariño, no puede ser. Tienes por delante muchos años por vivir. Habrá momentos de felicidad, de amor, de plenitud; también los habrá malos, de pesares y dolor. No estarás sola, habrá un hombre a tu lado con el que disfrutarás los primeros y sobrellevarás los segundos.

—Te quiero.

—Y yo a ti. Estaré a tu lado; cuando me necesites podrás contactar conmigo con tu don. No me mires así —explicó la anciana mirando aquel rostro que tanto había amado—, sé que ahora no sabes cómo, pero lo sabrás llegado el momento.

—Abu...

—Es hora de que despiertes.

—No sé cómo.

—Solo tienes que quererlo.

Agatha cerró los ojos y sintió que se deslizaba en una especie de tobogán que no terminaba nunca. Cuando se detuvo, llegó el dolor, le palpitaba el lado derecho de la cabeza, notaba los labios secos. Tenía un tubo en la garganta que le impedía hablar; abrió los ojos asustada y encontró dos ojos azules como el hielo mirándola.

—¡Está despierta! —oyó cómo Marta gritaba a su otro lado.

—Tranquila, no pasa nada —la tranquilizó Börg—. Tienes un tubo en la garganta, el médico vendrá y, cuando vea que estas bien, te lo quitará. Tienes una brecha en la cabeza —le explicó cuando vio que Agatha intentaba tocarse al frente—. El cirujano ha hecho un buen trabajo, no te quedará cicatriz visible.

—¡Agatha! —exclamó Ana colocándose de cuclillas junto a Marta—. Nos has dado un buen susto. ¡Hay que mirar antes de cruzar!

—La estáis volviendo loca —intervino Jaime.

—Todos fuera —ordenó el médico haciendo salir a los cuatro de la habitación.

Tras un exhaustivo examen, el doctor comprobó que Agatha estaba bien, salvo por un molesto dolor de cabeza que iría remitiendo. Tenía una fisura en una costilla y algún que otro moratón, pero nada que unos cuantos días de reposo y mimos no curaran.

La tensión entre los dos vampiros era perceptible por cuantos los rodeaban. Intentaban guardar las formas en el hospital, pero Jaime no dejaba pasar ocasión sin decir un comentario malintencionado hacia Börg. Harta de la situación, cuando dos días más tarde estaba cómodamente instalada con una taza de té —que Ana le había preparado siguiendo las instrucciones del recetario de Margarita, y una porción de pastel de manzana, que Marta había hecho para ella—, hizo que los dos se sentaran a su lado. Cada uno en un sillón, Jaime le lanzaba dardos asesinos con los ojos a Börg, y este los aceptaba sin decir nada.

—Vosotros dos me tenéis muy harta y que sepáis que a Margarita más.

—¿Margarita? —preguntó Börg sorprendido.

—Sí. Cuando estaba inconsciente me habló.

—Agatha, tal vez fue un sueño, quizás debido a la medicación —dijo Jaime condescendiente.

—¡No fue ningún sueño! —negó la joven enfadada.

—Déjala hablar —pidió Börg ante el escepticismo de Jaime.

—Es demasiado tiempo para que sigáis enfadados por algo que no fue culpa de ninguno de los dos.

—¡Por supuesto que fue su culpa! Mató a mi bebé y a mi mujer.

—No, Jaime, no lo hizo. Ahora vas a calmarte y dejarás que Börg te cuente qué fue lo que paso en realidad. Margarita y yo queremos que hagáis las paces

y de aquí no saldréis sin hacerlas.

Para sorpresa de los dos vampiros, la puerta del salón donde estaban se cerró de golpe y se escuchó con claridad el ruido de la llave al echarse. Agatha dio un sorbo a su taza de té sonriendo. En el hospital la quietud podía con ella. A regañadientes, Ana rebuscó en el bolso de Agatha hasta encontrar el libro que Margarita le había hecho llegar a través de Börg. El hada novata se había entretenido practicando los trucos y hechizos más sencillos del libro. Las enfermeras no se explicaban cómo las flores de las habitaciones de la planta donde estaba internada Agatha aguantaban tan frescas y lozanas. Una vitalidad que parecía extenderse a los pacientes, que mejoraban de sus dolencias, día tras día. Pero no solo había hecho progresos con las plantas, había otros trucos interesantes que había aprendido, como el hechizo inmovilizador, que hizo que los dos vampiros sintieran como si sus cuerpos estuvieran unidos por pegamento a los asientos.

—¿Tú has hecho esto? —preguntó Jaime sorprendido.

—Y te haré algo peor como no escuches a Börg.

El highlander asintió y volvió su mirada hacia el vikingo, que contemplaba asombrado a la increíble mujer que tenía junto a él. Haciendo un gesto a la bella hada repitió el relato de los hechos ocurridos aquella aciaga noche en Londres. Agatha le escuchó, admirando sus marcados rasgos de guerrero, que quedaban borrados por la expresión de pesar de sus ojos.

—Y eso es todo. Siento haberte causado tanto dolor.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—No me lo pusiste fácil.

—Necesito tiempo, son demasiados siglos odiándote, pensando que mi mujer había sido asesinada por el vampiro que me convirtió.

—Lo entiendo.

—Creo que volveré unos días a Inverness para recapacitar sobre todo lo que me has contado. ¿Estarás bien si me voy, Agatha?

—Lo estaré, pero no he oído aún lo que quiero oír.

—Eres tan cabezota como tu abuela.

—Más —afirmó Börg, dedicando una sonrisa fugaz a Agatha.

—Siento haber sido tan capullo todos estos siglos. No tuviste la culpa de la muerte de mi esposa y mi bebé, pero, si hubiera tenido opción de elegir, habría escogido morir con ellos. Eso es algo que me robaste: mi derecho a morir. Entiendo tus motivos, pero me va a costar un tiempo perdonarte lo que hiciste.

Börg asintió a las palabras de Jaime, notando su corazón más liviano después de tantos años de sentimientos de culpa. Agatha liberó del hechizo inmovilizador a los vampiros y abrió la puerta.

—Alguien ha estado practicando —dijo el highlander levantándose del sillón—. Voy a hacer la maleta.

—Habla con Ana —le advirtió Agatha—. No quiero a mi amiga llorando por los rincones, atiborrándose de helado de chocolate y patatas fritas.

—Lo haré —prometió el escocés.

—Y más te vale volver pronto, o iré a buscarte.

—¿Es una amenaza?

—Tenlo por seguro, escocés —respondió Agatha dejándose abrazar por el pelirrojo al que tanto había llegado a querer. Era un buen amigo, divertido, socarrón y difícil de hacer enfadar. Al principio, había creído estar enamorada de él, pero solo había sido atracción física. Lo que sentía por Börg era diferente. De la indiferencia inicial, incluso rayando en el odio, había pasado a un sentimiento muy próximo al enamoramiento, que crecía día a día. Los silencios compartidos, las miradas cómplices, las risas al fallar en sus hechizos habían ido haciendo un hueco en su corazón, que el vampiro iba llenando sin proponérselo. Sus ojos ya no le parecían de hielo, sus gestos antes adustos, se habían suavizado recalcando su serena madurez. Sonriendo al objeto de sus pensamientos, le hizo una invitación muda a sentarse junto a ella.

El vikingo se acercó al sofá donde estaba la rubia que había conseguido quitarle el sueño, como ninguna otra mujer lo había hecho en siglos. Incluso con la cara amoratada por el golpe, y unas terribles ojeras, seguía siendo la

mujer más bella que había visto nunca. Retirando la manta que la cubría se sentó a su lado y los tapó a los dos con ella. Era la manta con el estampado tartán que Agatha había comprado hacía semanas en su viaje a Inverness.

—Estará bien.

—Lo sé, Börg, pero Ana no va a ser la única que lo eche de menos.

—Tengo que reconocer que, a pesar de ser un presuntuoso highlander, es un buen tipo, en el fondo.

—A ti también te cae bien.

—He dicho en el fondo, muy en el fondo —indicó Börg sonriendo.

El vampiro la abrazó, besándola en la cabeza con cuidado, para no lastimarla y la atrajo hacia su pecho. Una hora más tarde, llegó Ana de recoger unas semillas en un vivero. Al atravesar la puerta del jardín, se encontró a Jaime sentado en un escalón de la entrada a la casa de Agatha. Con un suave ademán le indicó que se sentará junto a él. Le contó lo que había hablado con Börg esa tarde, y su necesidad de regresar a Inverness para serenar su espíritu. Necesitaba sentir la tierra donde había nacido bajo sus pies y, después, más sereno, quería visitar la tumba de su mujer y su bebé en Londres, sin odio en el corazón.

—Dijimos que lo nuestro era un entretenimiento sin ataduras —afirmó Jaime al ver los ojos llorosos de Ana.

—Lo sé, pero te he cogido cariño —afirmó Ana intentando hacerse la fuerte, pero no podía. Algo en su interior se había roto al ver que Jaime se iba y la dejaba atrás. ¿Por qué le pasaba eso? El pelirrojo solo era un pasatiempo. O eso había creído hasta ese momento.

—Y yo a ti. Volveremos a vernos. Agatha y ese maldito vikingo vendrán a visitarme y yo vendré a visitaros a vosotras.

—¿Esto es una adiós?

—Es un hasta luego.

Esa noche Ana y Agatha se acurrucaron en la gran cama del dormitorio principal con la compañía de una tarrina de helado gigante de chocolate con

pistachos y un paquete de pañuelos de papel mucho más grande aún. Agatha no pudo evitar quedarse dormida, bajo el calor de las sábanas, pero Ana no la acompañó al mundo de los sueños. Cuando los primeros rayos del sol se filtraron por las rendijas de la persiana, Agatha se despertó y descubrió que estaba sola en la cama. En la mesilla, un sobre con su nombre aguardaba a ser abierto.

Es mi turno de conocer Escocia. Hasta luego es demasiado tiempo. Cuida del jardín.

Ana

Sonriendo dobló el sobre. Jaime no conocía bien a Ana si pensaba que su amiga se iba a quedar tranquila esperándole. Le encantaría ver su cara cuando la viera.

Capítulo 12

El vikingo había resultado ser una caja de sorpresas: el paño de lágrimas donde llorar la ausencia de Ana y Jaime; el enfermero atento, que se desvelaba por su paciente; el jardinero, que cuidaba de jardín bajo las directrices de Agatha; los brazos en que refugiarse en busca de afecto. Como Börg no quería separarse de su hada, era habitual que Mateo acudiera a la casa de esta, para reunirse con su socio por temas de la editorial que juntos llevaban: M&B. Cuando los gemelos salían de colegio, Marta los recogía y se iba también a casa de su amiga para perfilar los patrones de la primera colección de ropa de su tienda. Entre diseño y diseño, ellas dos solían conversar elucubrando con lo que Ana pudiera estar haciendo, mientras los niños hacían los deberes bajo la supervisión de Börg, convertido en el mejor de los profesores particulares.

—Calista ha preguntado por ti.

—¿Cuándo?

—Fui al supermercado donde trabajabas, es el único que vende ese paté que le gusta a Mateo, y, en cuanto me vio, vino directa a preguntarme por ti.

—El abogado de Margarita se encargó del papeleo. Me di de baja voluntariamente. No tengo nada que hablar con ella.

—A mí tampoco me gusta demasiado, pero se me acercó con una falsa sonrisa preguntándome que tal estabas, qué te echaban de menos, etc.

—¡Será hipócrita!

—Tus compañeros la miraban asombrados.

—Es una mala persona. Sabes, la semana que viene voy a celebrar una fiesta aquí, en casa. Con todos mis amigos y los compis del súper.

—Y ella estará la primera de la lista.

—Oh, sí, de las no invitadas —afirmó Agatha haciendo reír a Marta.

Börg las oía hablar desde la mesa de la cocina donde estaba con los gemelos. Entre sus habilidades como vampiro estaba la de poder escuchar el vuelo de una mosca a varios metros de distancia. Recordaba cómo desde la terraza de su ático había visto el coche acercarse a Agatha. Impotente había bajado de un salto a la calle sin prestar atención a que alguien le viera, desesperado al escuchar cómo la cabeza de su hada golpeaba la calzada. Esa fue la única vez que deseo no tener tan desarrollado el sentido del oído. No intentaba espiarlas, pero relajaba oírlas conversar después de los momentos de angustia vividos.

—Tito B. esta resta no me sale —le dijo uno de los gemelos desesperado. Con paciencia les volvió a explicar cómo se hacía la operación, a la vez que se aseguraba que merendaban.

Cuando un poco más tarde la feliz familia se marchó a su casa, él salió a dar una vuelta. Necesitaba alimentarse y ya tenía un objetivo: el bruto al que había visto golpear a un cachorro por hacerse pis en su pie. Él sí que iba a hacer que se hiciera pis encima. Al regresar a casa de Agatha para cenar con ella se encontró una agradable sorpresa. En su ausencia, había preparado una preciosa mesa en el salón, el cual había llenado con decenas de velas y de flores.

—Espero que te guste —dijo Agatha señalando una fuente con una dorada a las finas hierbas, que había horneado mientras decoraba la habitación y se cambiaba a la carrera. Börg llevaba una semana viéndola en pijama, sin maquillar y con pelos de loca. Aunque decía que estaba preciosa, ella sabía que no lo estaba. El vestido de seda azul que había elegido dejaba ver los moratones de las piernas, así que se había puesto unas medias tupidas que ayudaran a disimularlos. Quería tener una velada romántica con él y, por la

expresión que veía en la cara del vampiro, se iba a salir con la suya.

—¿En una hora te ha dado tiempo a todo? —preguntó Börg acercándose a Agatha.

—Los dones de hada a veces son muy útiles.

—Umm, ¿cerrarás las puertas si intento marcharme?

—Algo me dice que no será necesario —contestó Agatha poniéndose de puntillas y besando al atractivo hombre que tenía delante. Él respondió con profundidad al beso, sin timidez ni reparo, tanteando con su lengua la lengua de la bella mujer que tenía entre sus brazos.

—¡Ay! —gritó de pronto Agatha.

—¿Qué ocurre? ¿Te he hecho daño?

—La costilla —respondió el hada llevándose la mano al costado.

—Siéntate, deja que sirva yo.

—Lo siento. No ha sido muy romántico —se lamentó Agatha con pesar.

—No necesito nada de esto —dijo Börg arrodillándose a los pies de Agatha, solo estar contigo es suficiente.

Disfrutaron de la cena que el hada había preparado, intercambiando recuerdos de Margarita, que seguro estaría dando palmas al verlos juntos. Era raro que ella misma no hubiera hecho nada por presentarlos, pero conociéndola diría que no era cosa suya intervenir, que el destino debía guiarlos uno al encuentro del otro.

—Al menos salió algo bueno del accidente, ver a mi abuela y lograr que Jaime y tú hablarais.

—Por mi salud, preferiría que no repitieras la hazaña. Estoy muerto, si no, me hubieras matado del susto.

—Muy gracioso —rio Agatha, intentado buscar la mejor manera de hacerle la pregunta que rondaba su cabeza—. Börg, si quieres no me contestes, pero me gustaría saber cómo te convertiste en vampiro.

—Supongo que tienes derecho a saberlo —afirmó el vampiro, poniéndose cómodo e iniciando su relato—. Provengo de Escania, una región de

Dinamarca. Mi pueblo era guerrero. Gustaba de realizar incursiones rápidas con las que obtener un cuantioso botín. Construíamos unas fortificaciones en forma circular llamadas *trelleborgs*. Me gustaba la geometría y era uno de los encargados de diseñarlas para mi rey: Tabilov. Él era cruel y despiadado; en realidad, todos lo éramos. Nuestra vida era luchar, saquear, violar, asesinar a quien se pusiera en nuestro camino —continuó Börg, viendo la mueca de desagrado en el rostro de Agatha—. No pensábamos si era justo o injusto, era la forma en que nuestro clan subsistía. Solo actuábamos.

—Veo la serie *Vikingos*.

—Éramos mucho más crueles de lo que ves en ella. Aunque es una buena adaptación, está llena de inexactitudes. No puedo culparles, se basan en los textos que han llegado hasta nuestros días. Hay lagunas que en la serie llenan con suposiciones e imaginación para captar la mayor audiencia posible.

—Será extraño para ti.

—Créeme, hay veces que desearía tener a los guionistas delante para decirles un par de cosas. Pero nos estamos desviando del tema —dijo Börg, al observar que Agatha estaba cansada y dolorida, algo que nunca admitiría en voz alta.

—Continúa —le invitó el hada cambiando de postura.

—Estaba comprometido con una de las hijas de mi rey. La incursión en tierras inglesas iba a ser mi último viaje antes de formalizar mi matrimonio. Mi rey quería que construyera una fortificación en el asentamiento vikingo que teníamos en Wessex. Era un gran honor que me hubiera elegido para ello. El segundo día de mi llegada, estuve haciendo mediciones y cálculos para sentar las bases de la fortificación. Tuve que interrumpir mi tarea porque esa noche celebramos un banquete, en la que estaban invitados nuestros aliados ingleses. Salí de la tienda para vaciar mi vejiga y poder continuar bebiendo y comiendo. Cerca había una arboleada, y allí me dirigí en busca de un lugar discreto. Estaba algo mareado por la gran cantidad de cerveza e hidromiel que había bebido. Me pareció oír un chasquido de alguna rama al partirse cerca

del lugar donde yo estaba, no hice caso, pensé que sería algún guerrero retozando con alguna mujer. Ya me había cruzado con alguna que otra pareja que festejaban a su manera. Lo siguiente que sentí fue un lacerante dolor en el cuello, creí que era un animal que me mordía, pero me equivocaba. Tenía forma humana. Era uno de los druidas que habitaban el lugar, que, para mi pavor, hundía sus colmillos en mi piel y bebía de mí yugular. En mi cerebro podía oír una voz ordenándome que estuviera tranquilo, y no me subleva. Perdí el conocimiento. Cuando desperté, bien entrada la tarde del día siguiente, estaba en una gruta. La luz del sol estaba desapareciendo, mientras la luna comenzaba a reinar en el cielo. Tenía una terrible sed. Sentía pinchazos en cada músculo de mi cuerpo. Trastabillando, logré llegar al lugar donde teníamos el asentamiento. Los restos del banquete se mezclaban con cuerpos despedazados que ya se estaban descomponiendo, cubiertos por moscas. El olor era nauseabundo, decenas de guerreros habían muerto atacados por seres de la noche que habían llegado con gran sigilo.

— *Börg* —llamó una voz a mi espalda.

— *¡Tabilov!* —exclamé con júbilo al ver a mi rey con dos de los guerreros que solían custodiarle—. *¡Estás vivo!*

— *¿Vivo?* —preguntó riendo—. *No, amigo, no estamos vivos.*

— *No entiendo* —negué confundido, sintiendo cómo la sed seguía aumentando, atenazando mi interior.

— *He hecho un pacto con un druida* —comenzó a explicarme—. *A cambio de hacernos inmortales, fieros guerreros que no temeremos a la muerte nunca más, le he dado la vida de todos mis guerreros. Bueno, menos la tuya y la de estos dos.*

— *¿Cómo has podido hacer algo así?* —inquirí horrorizado.

— *Ahora soy el rey más poderoso sobre la Tierra. Todos los humanos deberán inclinarse ante mí si quieren seguir viviendo. Acabaré con los insurrectos de una forma u otra. O me sirven o serán nuestro alimento. Conquistaremos Inglaterra, Francia, Noruega y toda la tierra que pisemos.*

—Por detrás del que había sido mi amigo aparecieron las figuras de tres druidas, sonriendo complacidos ante las palabras de Tabilov. No habían logrado conquistar en vida las riquezas que ambicionaban y planeaban hacerlo en muerte —continuó explicando Börg ante la atenta mirada de Agatha que no perdía una coma del relato del vampiro.

—¿Y lo lograron?

—Durante un tiempo sí, pero, en una remota tierra al norte de Escocia, las tribus de los pictos no estaban dispuestas a consentirlo. Sus druidas estaban en contacto con la naturaleza y sus fuerzas ocultas. Acudieron a ellas en busca de ayuda, y los guardianes del bosque respondieron.

—¿Los guardianes del bosque?

—Hadas como tú, y elfos dispuestos a defender la vida por encima de la muerte. Sin embargo, entre ellos también había seres dispuestos a aliarse con los vengativos druidas y su ejército de vampiros. Además, había hadas poco dispuestas a ayudar a los humanos que destruían la naturaleza.

—¡Pues, si eso era entonces, no te digo ahora! El humano es el peor enemigo de la naturaleza.

—No había fábricas con sus venenosas emisiones de gases a la atmósfera como pasa en la actualidad, pero los hombres con su afán de conquista destruían y asolaban lo que encontraban a su paso, para construir casas, fortificaciones, ciudades... Era el inicio del pulso entre el hombre y la naturaleza que ha continuado implacable hasta nuestros tiempos. Si bien a los druidas y a los vampiros, con Tabilov a la cabeza, no les importaba eso. Ellos querían gobernar sobre todo lo conocido: naturaleza y hombres, por igual. Las fuerzas se alinearon en dos bandos y hubo una terrible contienda, en la que hadas y elfos, junto con los pictos y sus druidas, salieron victoriosos a costa de cientos de vidas en los dos ejércitos. Los malvados druidas que habían iniciado la lucha perecieron en la contienda. Tabilov fue recluido en una gruta, oculta a los ojos de los hombres, vigilado por las hadas.

—Todo lo que me has contado parece una historia de Tolkien.

—Lo sé. De hecho, algunas historias y leyendas de la antigüedad nacen en los hechos acaecidos entonces. Los hombres piensan que son cuentos de niños para ser contados en noches de invierno junto al fuego, pero no es así.

—Quizás sea mejor. Imagina lo que podría ocurrir hoy en día si hubiera un ejército de vampiros y de druidas campando a sus anchas por el mundo. ¿Tabilov sigue prisionero?

—Por lo que yo sé, sí, sigue bajo el control de las hadas.

—¿Volviste con los tuyos a Escania?

—No. Lo hice siglos después, cuando ya no quedaba nadie que me conociera. No podía volver. Nadie creería que todos habían muerto luchando junto a Tabilov, y yo, uno de sus más fieros y leales guerreros hubiera sobrevivido. Mi familia, mi futura esposa y los suyos no me lo habrían perdonado.

—¿Y qué hiciste?

—Pasé un corto tiempo con las hadas. Sabían que no era su enemigo, pero estaba en mi naturaleza alimentarme de sangre. Lo intenté con animales, pero no voy a engañarte, la sangre de ciervos y ardillas no me saciaba. Aprendí a controlarme para no beber de mis víctimas hasta matarlas. Por haber luchado junto a los elfos, me concedieron el privilegio de resistir cierto grado de luz solar, lo que me permite caminar por la calle durante el día si no es muy luminoso y durante no mucho rato.

—¿Te quedaste en Escocia?

—Unos años, luego viajé a Inglaterra y Francia. Más tarde volví a Dinamarca, donde me asenté unos años. Es difícil permanecer más de diez años en un lugar. La gente comienza a hacerse preguntas si no ven que envejeces. Tengo varias identidades creadas para residir en diferentes países. Al cabo de unos años, regreso fingiendo ser un descendiente del anterior hombre que había vivido en esa casa.

—¿Börg es tu verdadero nombre?

—Sí. Lo es. Aunque he adoptado otros; en Europa suelo conservar mi

nombre —contestó el vampiro, comenzando a sentir cierto alivio al ver que Agatha permanecía junto a él, sin visos de estar asustada por lo que le había contado.

—¿Por qué editor?

—Fui constructor muchos años, sin embargo, las largas horas de soledad se hacían menos tediosas leyendo. Comencé a viajar cada vez con más libros en mis maletas, de modo que el cambio de profesión a editor fue algo natural.

—¿Cuántos años llevas aquí? —quiso saber Agatha, decidiéndose a preguntar al final la cuestión que más temía hacer.

—Nueve. Vine para estar con Margarita sus últimos años de vida. La familia de hadas a la que perteneces ha sido mi compañera de viaje todos estos años.

—Así que te irás pronto —afirmó Agatha con pesar.

—Quizás un par de años más, pero sí, mi tiempo en Salamanca va llegando a su fin.

Agatha suspiró. Era mucho que asimilar y mucho en lo que pensar. Börg, imaginando que su hada necesitaría unos horas de soledad, se despidió de ella, no sin antes asegurarse de que estaría bien sola.

—¿Me llamarás mañana? —preguntó inseguro en la puerta antes de irse.

—Lo haré —respondió Agatha poniéndose de puntillas para darle un tímido beso en los labios.

Capítulo 13

Arrastrando la maleta, que había llenado con la primera ropa que había encontrado, Ana corría por la terminal del aeropuerto, con las botas a medio abrochar. ¡Dichosos controles de seguridad! No le había resultado ni fácil ni barato conseguir un vuelo a Londres. En el autobús que la había llevado a Madrid, había hecho desde el móvil la reserva del vuelo y ahora tenía que enlazar con el que la llevaría a Edimburgo. A ese ritmo, el dinero que le había donado Margarita se le iba a agotar antes de poner en marcha su tienda. Pero ya estaba hecho, y no había vuelta atrás. Agatha le había dicho que desde allí sería fácil encontrar líneas de autobuses que la llevaran a Inverness. ¿Y luego? Ya lo pensaría al llegar.

Jaime saludó con cariño al matrimonio que se encargaba de que el castillo y el jardín estuvieran cuidados. Se alegraban de ver al señor del lugar. Desde décadas su familia había cuidado de las tierras y había velado por el bienestar de Jaime MacGraw. Sabían lo que era, desde pequeños eran advertidos de que no debían salir por la noche. Al cumplir la mayoría de edad, el propio Jaime, junto con sus padres, les explicaba que era un vampiro, y les prometía que, a cambio de su lealtad, no se alimentaría de ningún miembro de la familia de los cuidadores y se aseguraría de que no les faltara nada de lo que necesitaran. Así había sido durante generaciones, y así seguiría siendo. Sabían que, con el señor en el castillo, ningún maleante los molestaría. O al menos no reincidiría, Jaime se encargaba de que no volvieran por allí. No lo hablaban en voz alta,

pero eran conocedores de que el malnacido que intentó abusar de la joven, hija del matrimonio, yacía bajo los rosales de la parte de atrás. No era el único cadáver en las inmediaciones; si MacGraw había decidido acabar con sus vidas en lugar de hacerles olvidar hasta su nombre, como había hecho en un par de ocasiones, sus razones tendría.

—Parece cansado. ¿Quiere que le prepare algo de comer? —preguntó el ama de llaves al contemplar el semblante abatido de Jaime.

—Una taza de algo caliente estaría bien, señora Darius —respondió sentándose en el sofá.

—Ahora mismo se lo traigo. Mi esposo ya le ha subido las maletas.

—Dele las gracias.

Jaime se sentó en su despacho, contemplando el fuego que sus fieles servidores habían prendido en la chimenea. Desde que había salido de casa de Agatha, la sensación de frío no le había abandonado. No dejaba de pensar que, tal vez, se había precipitado, que debería haberse quedado en Salamanca, antes de salir huyendo, tras la confesión del que había sido su más odiado enemigo tantos años. Creía que él había matado a su esposa y a su bebé, cuando ya estaban muertos antes de que Börg se acercara a ellos. Hubiera preferido morir con ellos antes que vivir eternamente recordándolos.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias. Dígale al señor Darius que la nueva remesa de tartán es de mi agrado. He pasado por nuestro contacto en Edimburgo y he tenido ocasión de verla. El nuevo azul es más nítido que el que estábamos utilizando.

—Se lo diré y además...

El sonido del timbre de la entrada interrumpió la conversación. Extrañada, la señora Darius fue a abrir, con Jaime a prudencial distancia. Eran casi las nueve de la noche, hacía rato que había oscurecido fuera. No era hora de visitas, sino de estar leyendo junto al fuego o viendo la televisión. La llegada de un extraño a esas horas solo significaba problemas y, después del largo día que había tenido, solo quería descansar y olvidarse de cierta española.

—Buenas noches, señorita —escuchó Jaime que decía la señora Darius—. El señor no recibe a estas horas. Vuelva mañana.

—A mí me recibirá, no me he pasado todo el día viajando para que me dé con la puerta en las narices —exclamó decidida la joven, pasando junto a una atónita señora Darius. Al ver cómo el highlander la contemplaba, con una mezcla de estupor y enfado a unos pasos de ella, se quedó quieta. Era el momento de dejar salir todo lo que llevaba dentro desde que leyó la nota de Jaime.

—¡Ana! —exclamó Jaime que se había quedado sorprendido al reconocer la voz de la española. ¿Cómo había llegado hasta allí? Debería estar a cientos de kilómetros, donde no pudiera verla y hacer que sintiera que la decisión de marcharse de España había sido un gran error —. ¿Qué haces aquí?

—¡Seguirte! —afirmó resuelta con las manos en la cintura y cara de estar regañando a un niño pequeño—. ¿O pensabas que con un «hasta luego» me iba a conformar? No hay suficiente helado de chocolate para eso.

—Pero, cómo sabías donde... —balbuceó Jaime contemplado a la joven con la ropa arrugada, con varios mechones saliendo de su maltrecha coleta y con la maleta rosa más grande que había visto nunca.

—Agatha nunca borra las conversaciones del WhatsApp. Le pedí que me reenviara tu localización, la que le enviaste la noche en que cenó aquí contigo —explicó Ana entrando en el castillo, arrastrando la gigantesca maleta. Lo que no le diría al pelirrojo era que los gritos de Agatha al otro lado de la línea habían hecho que los pasajeros que aguardaban junto a ella, para embarcar en el avión que debía llevarlos a Edimburgo, la miraran con suspicacia. Su amiga le reprochó no darle tiempo a Jaime a centrarse después de la confesión de Börg. Agatha opinaba que el highlander necesitaba un tiempo a solas para reorganizar el cúmulo de sentimientos que el saber la verdad, debían de haberle provocado. Ana no lo creía así, era el momento de estar a su lado, y hacerle ver que no estaba solo. Jaime tenía que saber que ella estaría junto a él para ayudarle a reconstruir su vida. Y allí estaba dispuesta a explicárselo—.

Me debes unas botas, se me han destrozado por ese sendero que llamáis carretera.

La señora Darius contemplaba en silencio la conversación, pasada la sorpresa inicial, sonreía divertida por la situación. Nunca había visto a su señor con ninguna mujer, salvo encuentros casuales con jóvenes del pueblo que abandonaban el castillo tan silenciosas como llegaban. Por mucha frialdad que quisiera demostrar, la recién llegada no dejaba indiferente a Jaime MacGraw, que parecía un apocado adolescente al lado de la mujer de la maleta. Pese a su desastrado aspecto, la recién llegada le gustaba. La forma en que miraba a su señor era lo que siempre había deseado para él.

—Quizás debería traer otra taza de té para la señorita, señora Darius — pidió Jaime intentando ganar tiempo para pensar con claridad y sin testigos.

—¿Y algo de comer, por favor? Estoy hambrienta, los cacahuets rancios no son comida —añadió Ana notando un nudo en el estómago. Los nervios le daban hambre, podía comerse todo lo que pillara en la cocina, en situaciones de estrés. Y aquella era la más estresante a la que se había enfrentado en mucho tiempo.

—Sí, claro —acertó a decir Jaime intentado reorganizar sus pensamientos, que parecían mezclarse en su mente sin orden ni concierto—. Señora Darius, traiga lo que la señorita desee.

—Gracias —dijo Ana, pasando entre los dos, dirigiéndose a la habitación donde oía crepitar el fuego. Estaba aterida, la cazadora vaquera no abrigaba nada y valía de poco frente a la humedad de Inverness. Las botas estaban empapadas y rotas por varios sitios.

Jaime siguió hipnotizado por el cimbrear de las caderas de Ana. Tenía que recomponerse, él era el dueño y señor del castillo. Era un vampiro que no necesitaba el amor para vivir: era inmortal y poderoso.

—Bonito despacho —afirmó Ana acercándose al fuego.

—Estas tiritando, toma, tápate con esta manta.

—Es como la de Agatha. Es tu tartán.

—Lo es. ¿Ana, por qué has venido? —preguntó Jaime intentando mostrarse serio y firme, sin conseguirlo.

—Porque te quiero y tú me quieres a mí —explicó Ana, viendo cómo Jaime ponía los ojos en blanco—. No lo niegues, sé lo que siento y sé lo que tú sientes por mí. No sabes reconocer el amor porque has estado tan cegado por el resentimiento hacia Börg y el recuerdo de tu esposa que no te has permitido amar.

—Ana, yo te tengo cariño.

—¡Tonterías! —exclamó Ana, dejando caer la manta y poniendo sus manos en los hombros de Jaime para atraerle hacia ella y besarle. El highlander, al principio mostró indiferencia, pero el calor del cuerpo de Ana junto al suyo y la intensidad de su beso, hizo que su mente se acallara y fuera su cuerpo el que tomara el control. Colocando sus manos en la cintura de la mujer que le había hecho enloquecer, la atrajo hacia sí, abrazándola.

—Quizás tengas razón —concedió Jaime acariciando con la punta de su nariz la nariz de Ana. Esa endiablada salmantina había llegado a su vida para quedarse, lo quisiera él o no.

—Por supuesto que la tengo. Habrás vivido cientos de años, pero del amor sabes poco, vampirito —afirmó Ana. Estaba feliz al contemplar cómo el escocés estaba tan colado por ella, como ella lo estaba por él.

—¿Vampirito? —preguntó divertido el escocés, sentándose en un sillón con Ana en su regazo, a la vez que hacía una indicación a la señora Darius para que dejara el té y el *pudding* en la mesa. Sabía que llevaba un tiempo escondida en la puerta sin atreverse a entrar y, si no se confundía, el señor Darius no estaría lejos.

—Por favor, suba la maleta de la señorita Ana.

—¿A la habitación que ocupó la señorita Agatha?

—No, a la mía —respondió Jaime mirando a los ojos a la española cabezota que le había seguido hasta su castillo.

Ana sonrió complacida. No las tenía todas consigo al llegar a Inverness.

Hasta allí solo había pensado en cómo desplazarse de un lugar a otro, pero, una vez que puso los pies en la ciudad, a un par de kilómetros del castillo, las dudas la habían asaltado. Sabía lo que ella sentía por Jaime, se había enamorado de él desde la primera vez que le vio. Cuando estuvo segura que entre su amiga y él no había nada, decidió dar un paso adelante y tomar la iniciativa. Jaime había sido receptivo en todos los sentidos a su acercamiento. No podía evitar recordar la primera noche de desenfreno y lujuria en su apartamento. Al ver la furibunda cara de la viuda que vivía en el piso de al lado, se dio cuenta de que no debían de haber sido tan discretos como ella creía. Desde entonces, su relación había ido consolidándose, avanzando poco a poco. Ante sus amigas fingía que solo era sexo, pero en su corazón sabía que era más. Estaba total y perdidamente enamorada del pelirrojo highlander. Pensaba que, aunque no lo habían dicho con palabras, el sentimiento era recíproco. La forma en que la miraba, la manera en la que buscaba el sutil contacto de su mano, le indicaban que era así. Hasta que la confesión de Börg había hecho que la fantasía se viniera abajo y provocó la huida de Jaime, algo que no estaba dispuesta a aceptar.

—Jaime —comenzó a decir Ana una vez que se quedaron a solas—, te quiero, no trato de reemplazar a tu esposa. La madre de tu hijo siempre tendrá un lugar en tu corazón, y yo tendré el mío.

—No será fácil.

—Lo sé. Me enamoré de ti en el primer instante en que te vi. Al principio pensé que sentías algo por Agatha y no me atrevía a intentar nada contigo. Creía que entre vosotros dos había habido más que una amistad, durante el tiempo que Agatha estuvo aquí contigo.

—No voy a negarte que Agatha me atrajo, pero nunca podría tener nada con ella.

—¿Porque su sangre es venenosa para ti?

—No exactamente. Ana, reniego del motivo por el que me convertí en un vampiro, pero ahora que lo soy, después de tantos años, no renunciaría a mi

inmortalidad por nada. Me gusta serlo, no querría ser humano de nuevo.

—¿No es posible que vuelvas a ser humano? ¿O sí? —preguntó sorprendida.

—Ana, Agatha es un hada, ella es vida. Si un vampiro entrega su amor a un hada y esta le corresponde, el poder vital que hay en ella hará que él recupere su humanidad y deje de ser un vampiro. No voy a negar que el parecido de Agatha con Margarita me atrajo, pero, en cuanto sentí que era un hada, di un paso atrás. No hubo nada entre nosotros porque ella veía en mí solo un amigo y yo no quería correr el riesgo de enamorarme y perder mi inmortalidad.

—Börg se ha enamorado de Agatha y estoy segura de que ella de él. Por lo que sé, sigue siendo un vampiro.

—Cuando sus cuerpos se unan y su corazón lata al unísono, volverá a ser humano.

—Pero yo soy mortal —dijo Ana en un susurro, expresando en voz alta la única duda que albergaba su corazón acerca de su relación con Jaime—, envejeceré y tú seguirás siendo joven.

—He dicho que yo no quiero perder mi inmortalidad —afirmó el highlander mirándola a los ojos y apretando su mano—, no que no quiera que tú dejes de ser humana.

—¿Hacerme vampiro? —inquirió Ana abriendo los ojos de par en par asustada.

—Sí. Así estaríamos siempre juntos. ¿Lo harías por mí?

Ana no sabía qué contestar. Convertirse en vampiro era algo que siempre había estado relegado en su mente a un rincón pequeño y cerrado con llave. Oculto, sin que molestara a la vista. Algo que estaba ahí y en lo que prefería no pensar. Quería a Jaime, eso era un hecho, incuestionable y cierto. El atractivo escocés era lo que siempre había querido. Un compañero de vida, con el que disfrutar de cada instante del día, sabiendo que estaría a su lado para las alegrías, las penas, la diversión y las dificultades. Fuerte y firme, como era ella. Segura de sí misma. Pero ¿estaba dispuesta a sacrificar la vida tal y como la había conocido para unir su destino al del vampiro,

convirtiéndose en un ser inmortal con instintos asesinos?

Capítulo 14

Agatha llamó a Börg a primera hora de la tarde. La noche antes había tardado en dormirse, de modo que, cuando se despertó al día siguiente, era casi mediodía. Con la cabeza despejada después de darse una ducha, y un ligero picoteo, se decidió a llamar a Börg. Tenía en la mano la lista de pros y contras de enamorarse de un vampiro, en concreto de un de ojos azules, muy atractivo y algo mayor, que había confeccionado en una hoja de papel:

Pros

Siempre joven (como un tren, todo en su lugar, bien proporcionado, con una tableta de chocolate me hace suspirar).

Inteligente (es la historia hecha carne y colmillos, ni Google ni Wikipedia, Börg lo sabe todo).

Buen conversador (estaría horas escuchándole y, para qué lo voy a negar, no me importa de lo que hable, solo oír su voz es pura magia).

Bueno en la cama (si hago caso de lo que dice la loca de Ana sobre Jaime, porque lo que se dice de primera mano no puedo opinar, el vikingo me ha salido tímido, pero besar, oh, ¡cómo besa el vampiro!).

Cuenta de ahorros saneada (la herencia de la abu Margarita no va a durar eternamente, al supermercado no vuelvo ni loca y me huelo que tanto Marta como Ana me van a explotar en las tiendas, por lo que mejor tener otra ocupación para que esas dos chifladas no me líen. Ayudar a Börg con la editorial suena muy bien).

Me tiene loquita.

Me ha cuidado muy bien. Y eso que he tenido días que no me aguantaba ni yo, y él tan mono a mi lado sin protestar. Diciendo que estaba guapa, cuando sabía que tenía la cara de todos los colores del arcoíris.

Era amigo de Margarita. Eso es importante; si para ella era buena persona, es que lo era.

Contras

Él siempre estará que cruje y yo me convertiré en una uva pasa. Dentro de unos años parecerá mi nieto en lugar de mi novio.

No compartimos la misma dieta (me horroriza saber que ha matado para vivir).

Me asustó durante mucho tiempo con sus ojos de hielo (ahora me parecen preciosos y estaría horas mirándolos).

¿Y si se aburre de mí?

No hemos pasado de besos, muy ardientes, eso sí, y parece bien armado.

¿No le gusto lo suficiente? ¿Le da miedo tener un gatillazo?

Soy tonta. ¿Qué hago haciendo listas?

Si su abuela Margarita estuviera allí, le diría que rompiera la lista y que escuchara su corazón. Que así dicho sonaba muy poético, pero en la realidad solo oía latidos. Con decisión cogió el móvil y marcó el teléfono del vikingo. No había vuelta atrás, era ahora o nunca.

—Agatha —respondió Börg al primer tono que dio su teléfono.

—Hola. ¿Has dormido bien? —preguntó Agatha mordiéndose los labios y reprendiéndose a sí misma por ser tan tonta.

—No demasiado, estaba esperando que un hada me llamara.

—¿Podrías pasarte por aquí? Si no tienes nada que hacer, claro, que a lo mejor tienes trabajo. Puedo preparar algo ligero para comer o pedir algo... — El timbre de la puerta interrumpió la parrafada que Agatha estaba diciendo casi sin respirar—. Perdona llaman a la puerta, será algún repartidor.

Agatha fue a abrir con fastidio, pensando que sería alguna cosa que Ana

había pedido para el jardín o su línea de cosméticos. Su abu no había necesitado tantas cosas para crear sus cremas naturales, pero Ana decía que era necesario para llegar a un mercado mayor. Y cualquiera le llevaba la contraria a la ambiciosa empresaria en que se había convertido su amiga, que ya planeaba crear una línea exclusiva para la tienda de ropa de Marta, que en semanas abriría sus puertas.

—¡Börg! —el rubio vampiro estaba de pie en el umbral con el teléfono en la oreja sonriéndole con timidez. Llevaba la misma ropa que el día anterior, y una ligera sombra de barba asomaba en su rostro—. ¿No te fuiste a casa?

—No —negó con la misma cara que un niño pequeño al ser descubierto tras cometer una travesura—. Estaba esperando que me llamaras.

—Tardé en dormirme.

—Lo sé —aseguró el vampiro entrando en la casa—. Vi cómo paseabas por el salón y cómo escribías en tu cuaderno.

«¡La lista! ¿Dónde la he dejado? Si la viera Börg, me moriría de la vergüenza».

—¿Quieres que hablemos? —preguntó Börg viendo las dudas en el rostro de la bella mujer que amaba.

—En realidad, solo tengo una pregunta.

—Adelante.

—Tú eres inmortal, yo soy longeva, pero no soy eterna. Tardaré en envejecer y, mientras, tú seguirás siendo joven, dejarás de quererme...

—Agatha —la interrumpió Börg cogiéndole las manos—, cuando tú envejecas lo haré yo; cuando salgan tus primeras arrugas, las adoraré porque reflejaran lo que hemos vivido juntos; de las primeras canas nos reiremos, porque nuestro amor durará eternamente. Te quiero, no concibo la vida sin ti, he tenido que vivir más de mil años para encontrarte, y no voy a dejar que algo tan simple como la muerte nos separe. Viviré mientras tú vivas, y moriré cuando tú lo hagas. Con tu último soplo de vida, mi vida llegará a su fin.

—Eres un vampiro —dijo Agatha llorando emocionada tras escuchar las

palabras de Börg, perdida en sus ojos de hielo, sintiendo que no había nada más en el mundo que ese azul infinito, donde quería habitar para siempre.

—Por ti dejaré de serlo. Cuando nuestros cuerpos se unan y nuestros corazones latan juntos, tu don de hada entrará en mí y la muerte que habita en mi interior desde que me convertí en vampiro desaparecerá.

—¿Serás humano?

—Sí. Mi vida quedará ligada a la tuya, mientras me ames y sigamos juntos, yo viviré. Cuando abandones esta existencia, me iré contigo, justo entonces, ni antes ni después.

Agatha tiró el teléfono y saltó a los brazos de Börg, rodeando su cintura con sus piernas. Su costilla rota protestó, pero le daba igual, ¡como si se le rompía otra! Solo le importaban los labios del vikingo que devoraban su boca con pasión, y sus cálidas manos, que buscaban cómo colarse bajo su ropa. Aprovechando los últimos minutos como vampiro, Börg la llevó en un segundo al dormitorio donde la depositó con suavidad en su cama.

—¿Segura?

—Segura.

La ropa desapareció de sus cuerpos; con ternura y pasión las manos fueron recorriendo los nuevos rincones por descubrir, las bocas cubrieron de besos la piel y, cuando sus cuerpos se unieron, sus corazones latieron juntos. Börg, aún en el interior de Agatha, sintió como si miles de agujas pincharan cada una de sus terminaciones nerviosas; una embriagadora calidez invadió su interior y los recuerdos de sus cientos de años sobre la Tierra inundaron su cerebro.

—¿Estás bien? —preguntó Agatha asustada, cuando Börg abandonó su interior y se tumbó junto a ella en la cama.

—Muy bien, amor, nunca he estado mejor —le respondió guiñándole uno de sus ojos azules.

—¿Ya está? ¿Ya no eres vampiro?

—No sé qué decirte, siento unas ganas enormes de morderte —afirmó el vikingo haciéndola reír.

Sin nada ni nadie que les molestase durante dos días y dos noches, no salieron de la cama nada más que para buscar algo de comer en la cocina. Cuando ya no quedó ningún resto de comida, pidieron una pizza y, por primera vez en mucho tiempo, cuando Börg recogió el pedido de manos del repartidor, no sintió ganas de alimentarse de algo más que de la pizza que le entregaban.

Tres semanas más tarde, Ana y Jaime avisaron que regresaban de Inverness con nuevos proyectos e ideas para una línea de alimentación ecológica asociada a la línea de cosméticos, que ya era una realidad inminente con la próxima apertura de un local, situado justo al lado del lugar en el que Marta abriría su tienda de ropa. Agatha estaba deseando ver la reacción de Ana a su relación con Börg y a la nueva naturaleza humana de este. La de Marta había sido menos conflictiva de lo que había pensado, aunque todavía podía ver cómo su tía le echaba miradas suspicaces cada vez que se quedaba a solas con los gemelos.

—Tranquila, Marta, ni cuando era vampiro hubiera sido un peligro para los niños. Börg nunca les haría daño.

—Lo sé, pero me da miedo que su instinto asesino siga dentro de él.

—Pero, Marta, ¿qué me dices de Maca y Julián? Sus hijos adoran a Börg, ¿crees que dejarían que se les acercara si fuera peligroso? Siempre hablan de que sus niños son muy exigentes y protectores con los niños. Son cautelosos en extremo con sus hijos. Si Börg hubiera sido un peligro para ellos, ten por segura que no hubieran dejado que los niños jugaran con él.

—Ahora que lo dices, nunca he visto a los niños, mis hijos hablan de ellos. A veces van a jugar a su casa con Lino, y cuando regresan hablan de una tal Atenea y de un tal Hércules. Menudos nombrecitos.

—Será un mote, un apelativo cariñoso o algo de los críos. No puedes creer todo lo que dicen los niños, tienen mucha imaginación.

—Tienes razón —afirmó Marta cambiando de tema—. ¿Así que vas a dar una gran fiesta?

—Sí, he estado esperando a que Ana y Jaime volvieran. En un par de semanas podemos hacerla y de ese modo aprovechar para presentar vuestras líneas de ropa y de cosmética. Bueno, y la de alimentación, que la parejita ha venido con muchas ideas para la tienda. Entre tú y yo, no veo que, junto a una estantería de delicadas fragancias, vaya a quedar muy bien un estante de quesos apestosos. Muy ricos pero pestilentes. No sé si, al final, en lugar de una tienda de cosméticos, vamos a tener un herbolario o un supermercado de comida sana y saludable.

—Algo decían de dividir el local en dos. Dejarían uno para la alimentación y otro para la cosmética. Los tres llevarán el mismo nombre y, para todo aquel que entre en alguno de ellos, quedará claro que todo lo que se vende forma parte de la misma marca.

—Estoy impaciente. No queda nada.

—Agatha faltan al menos dos meses para que abramos las tiendas. Entre papeleos y obras en los locales, todo va más lento de lo que nos gustaría. Creo que para después de Semana Santa podremos abrir.

—Es bueno crear expectación. Börg tiene muchos contactos gracias a la editorial, os ayudará en todo lo que sea necesario.

—Tengo que admitir que tu chico es de gran ayuda.

—Las letras que está creando para los nombres de las tiendas y todo lo relacionado con la imagen corporativa de la marca está quedando genial —afirmó Agatha orgullosa.

—¿Le quieres mucho? —preguntó Marta mirando con cariño a su sobrina. Se alegraba de que por fin tuviera a su lado a alguien que mereciera la pena, después de tantas relaciones superficiales, pero el que fuera un exvampiro no le acababa de convencer. Conocía a Börg desde antes de nacer los gemelos; era socio de Mateo desde hacía nueve años y, si bien no podía decir más que buenas cosas sobre él, cada vez que le veía morder algo, no podía evitar

fijarse en sus colmillos. Mateo se reía de ella. Según él, si Börg hubiera querido darles un mordisco, había tenido numerosas ocasiones para hacerlo. No lo había hecho, eso demostraba que los quería y no debían temerle.

—No concibo mi vida sin él. Me da vergüenza recordar el miedo que sentía cada vez que aparecía en el supermercado. Era una tonta.

—Su presencia es imponente —dijo Marta con doble sentido, guiñándole un ojo a su amiga-sobrina.

Agatha era feliz, y eso era lo único que importaba para Marta; si tenía que aceptar que un exvampiro fuera un nuevo miembro de la familia, lo haría por ella. Al menos Börg ya no era un chupasangre. Jaime seguía siendo un vampiro. ¡Sus amigas están locas! ¿No había hombres normales en España de los que enamorarse? No, por lo que se veía, no los había. Eso hubiera sido demasiado sencillo para ellas. Tanto Ana como Agatha le aseguraban que debía pensar en Jaime como un hombre y olvidarse de su naturaleza sobrenatural. Teniendo en cuenta que su sobrina era un hada, ¡ya qué más daba!

Börg sabía que Marta y Mateo conocían cuál era su anterior realidad. Notaba sus recelos y su miedo casi imperceptible, pero palpable en sus gestos y sus miradas. Sin embargo, su enorme amor hacia Agatha hacía que superaran sus temores y le aceptaran con afecto. Con Mateo se había llevado una sorpresa.

—¿Por qué no confiaste en mí antes?

—Mateo, no es fácil. ¿Cómo iba a decirte: «Tranquilo, soy un vampiro, pero no te voy a morder?». Lo más seguro es que me hubieras tomado por loco.

—Eres mi socio y mi amigo desde hace más de diez años. ¿Crees que nunca me ha extrañado que siempre tuvieras el mismo aspecto? Cuando comparaba fotos de cuando nos conocimos, con otras más recientes, no sabía qué pensar. Mi pelo encanecía, y las arrugas asomaban en mi rostro. Por el contrario, tú estabas igual, año tras año. Marta siempre me pedía que te preguntara cuál era tu crema hidratante.

—Ja, ja, ja. Dudo que le gustara la receta.

—Entiendo por qué lo hiciste, pero me duele que no confiaras en mí.

—Lo siento —dijo Börg con pesar, poniendo su mano en el hombro de Mateo—. ¿Me perdonas?

—Por supuesto que sí —replicó Mateo abrazando a su amigo—. No me vuelvas a ocultar nada, difícilmente pueda ser peor que esto.

Esa tarde Agatha y Börg fueron a dar un paseo y tomar unas tapas. Iban de la mano disfrutando de la mutua compañía, planeando qué iban a hacer con el piso de Börg después de que el vikingo se mudara a casa de Agatha.

—He pensado que tal vez a Jaime y Ana les gustaría irse a vivir a allí.

—¡Qué buena idea! El piso de Ana es minúsculo. No me importa que venga a trabajar en el jardín y en el laboratorio, pero también quiero tener intimidad para poder estar solos; saber que están en el sótano y que Jaime con su superoído puede escucharnos me resulta incómodo.

—Además, tu casa no está preparada para un vampiro y la mía sí. Según pasen los meses y aumenten las horas de luz y la intensidad del sol, les vendrán bien los cristales especiales que tengo instalados.

—Se lo diremos mañana cuando lleguen. Uy, mira, mi antigua jefa, Calista, la encargada del supermercado.

—¿Dónde está? —preguntó Börg alarmado. No había querido asustar a Agatha más de la cuenta. Calista era una vampira. Y no una de las que se hubiera adaptado a vivir como una más entre los hombres. Era vengativa y cruel. Cuando Margarita le habló de ella y le comentó que su nieta tenía una jefa bastante antipática en el supermercado, no quiso creer que fuera la misma Calista. Pero lo era. Desde entonces había procurado vigilarla en la distancia, y eso había implicado visitas ocasionales al supermercado. Agatha creía que su frialdad al pasar por su caja era por ella, no había querido confesarle que era por su jefa. Como su hada ya no trabajaba allí, lo había dejado correr. Tal vez hubiera sido un error. Calista no necesitaba trabajar. Siempre había usado el control mental para manipular a las personas y obtener todo lo que quería de ellas: dinero, joyas, casas, coches y todo el lujo imaginable. Empezaba a

sospechar que, si estaba en el supermercado, era por Agatha.

—Eso es que solo tienes ojos para mí —aseguró Agatha divertida—. Es aquella mujer, la que habla con ese calvorota de allí. Börg, ¿qué ocurre? —preguntó asustada al ver la cara de asombro de su chico.

—Ese calvorota es Tabilov, y ella es un vampiro también. ¿No lo notas? Debería estar recluido, alguien le ha ayudado a escapar.

—¡Qué! No, no puede ser... —negó Agatha sintiendo cómo la inquietud que sentía en presencia de un vampiro, y que con Jaime había logrado controlar, comenzaba a atenazar su estómago. Que esos dos se conocieran no podía significar nada bueno. No necesitaba ser un hada para saber lo que traería esa relación: problemas.

Capítulo 15

La mano de Ana temblaba al llamar al timbre de la puerta de Agatha. Miró a Jaime quien le sonreía animándola en silencio.

—¡Ana! —exclamó Agatha feliz al ver a sus amigos—. Pasad, estaréis helados, el aire es muy frío.

—Me alegro de haber vuelto. ¿Börg, qué tal todo? —le preguntó Ana besando en la mejilla al gigante rubio.

—Muy bien —respondió arrugando el entrecejo—. Es bueno teneros aquí. Jaime.

—Börg.

Los dos hombres se estrecharon la mano ante la mirada benévola y alegre de Agatha. Ana nerviosa miraba las caras de uno y de otro, sin saber qué decir. Börg atrajo a su chica hacia él, en ademán protector.

—¿Qué pasa, cariño? Jaime y tú ya habéis hecho las paces. No estés celoso —le cuchicheó Agatha mientras Ana y el highlander se acomodaban en el salón.

—Habla con tu amiga —le susurró antes de sentarse junto el hada en el sofá.

—¿Qué te ha parecido Inverness? —preguntó Agatha incómoda por la tirantez que notaba entre sus amigos y su chico.

—Es tal y como que habías contado y me había imaginado. Esos paisajes tan verdes, tan agrestes. Son muy diferentes a los que estamos acostumbradas a ver. No creo que nunca haya respirado un aire tan puro como el de Escocia.

—¿Y la casita de Jaime?

—Ja, ja, ja. En su entrada cabe mi piso entero. Es precioso, y muy bien conservado. El matrimonio Darius, que lo cuida, tiene mucho trabajo.

—A mí me trataron como a una reina. Nunca faltaban los ramitos de lavanda entre mis sábanas. Eran atentos y serviciales.

—Ana, creo que tienes que contarle algo a tu amiga —intervino Börg receloso.

—¿Börg, qué ocurre? ¿Ana?

—Cariño, soy la misma, te quiero, no te asustes —comenzó a decir Ana cogiendo las manos de Agatha, que sin pretenderlo se había acercado más al cuerpo del vikingo en busca de instintiva protección—. En Escocia ocurrió algo que me cambió. Amo a Jaime, no puedo pensar cómo sería mi vida sin él. Quiero pasar cada día a su lado, ahora y siempre. Aquella terrible tarde en que se marchó de esta casa, y tuviste que atiborrarme a helado para ahogar mis lágrimas, lo supe. Sin él, nada tenía sentido. Así que cogí la maleta y crucé un mar en busca de este highlander cabezota, que salió huyendo sin mirar atrás con un estúpido «Hasta luego».

—No me lo perdonarás nunca, ¿verdad? —se quejó Jaime mostrando en su cara una felicidad ajena a sus palabras de disgusto.

—Todavía no lo he olvidado. Tienes que ganarte mi perdón haciendo muchos meritos —replicó Ana besando al pelirrojo que tenía junto a ella y volviendo a centrar su mirada en Agatha, que no entendía nada de lo que ocurría—. Cielo, para estar junto a este escocés susceptible que tengo a mi lado, he tenido que cambiar, por así decir.

—¿Cambiar? —preguntó Agatha empezando a comprender que el malestar que sentía no era solo por Jaime.

—Ahora soy un vampiro. No te asustes, al contrario que Jaime no quiero alimentarme de humanos. Prefiero el reino animal. Nunca, nunca, os haría daño ni a ti, ni a Marta, ni a nadie en el mundo —aseguró Ana mirando a Agatha a los ojos sin titubear, ni dudar un segundo. Quería que sintiera que sus

palabras eran reales. Estaba dispuesta a alimentarse de palomas, ratas, lo que fuera necesario, antes de beber de un humano por muy malvado que fuese. Jaime decía que cambiaría de opinión, pero estaba segura de que no lo haría.

—¿Ana, cómo has podido? —preguntó Agatha con más curiosidad que reproche.

—Lo hice por amor. ¿Tan difícil es de entender? —contestó Ana suspirando aliviada al ver que su amiga no la rechazaba.

—Bueno, no demasiado. Börg ha hecho algo parecido por amor también —explicó Agatha mirando con ternura a su compañero de vida, que, aunque más relajado, no disminuía del todo su actitud protectora hacia su hada. Si alguno de los dos vampiros hacia un movimiento sospechoso, se encontraría con una pata de la mesa clavada en el corazón.

—¿Os habéis acostado? —inquirió Ana sorprendida, pensaba que el vikingo no se decidiría a dar el paso, que preferiría seguir siendo un vampiro.

—Lo has hecho, después de tantos años en este mundo te has enamorado. Börg, el vikingo sin corazón, resulta que al final sí lo tenía —dijo Jaime sonriendo a su antiguo enemigo.

—Ana, soy humano ahora; como tú, lo he hecho por amor —añadió el vikingo mirándola—. No tuve nada que pensar, era sencillo. Agatha es la mujer de mi vida.

—¿Y no te arrepientes? —preguntó Ana, a la que le había llegado el turno de sorprenderse—. No me malinterpretéis, sé que os gustáis antes de que vosotros lo supierais, pero pensé que Börg tardaría más en decidirse por todo lo que implicaba.

—No quiero una vida de inmortalidad si Agatha no está conmigo para vivirla —afirmó con rotundidad, apretando la mano del objeto de sus tiernas palabras.

—Bueno, chicos, ya está bien de momento, corazón —dijo la dueña de la casa devolviendo el apretón a Börg a la vez que acariciaba la recia mano vikinga con su pulgar—, tenemos algo más que deciros que os va a gustar.

—¿Más sorpresas?

—Sí, Jaime; venga, Börg, cuéntaselo tú.

—Desde hace unos días vivo aquí con Agatha.

—¿No me digas? —preguntó Ana entre risas—. Pues sí que han pasado cosas en mi ausencia.

—Chiss, no seas mala. Sigue, cariño —alentó Agatha a Börg dirigiendo a Ana una mirada de reproche.

—Mi piso está acondicionado para la luz solar, creo que será más agradable para vosotros vivir allí que aquí en el sótano. Es una pena que se quede vacío, y me da pena alquilarlo. Está lleno de recuerdos. Iré trayendo mis cosas aquí, pero no podré traérmelo todo.

—Así os dejamos solitos para que juguéis a las casitas.

—¡Anaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —riñó Agatha a su amiga dándole un manotazo en la rodilla.

—Estaremos encantados de aceptar vuestro ofrecimiento, Börg. Muchas gracias a los dos —aseguró Jaime sonriendo, pensando que se libraba de vivir como un estudiante en el sótano de la casa del hada. El vikingo tal vez no estuviera tan mal como amigo.

—¿Y qué ha dicho Marta de lo vuestro? —preguntó Ana cogiendo las llaves que el vikingo les tendía.

—¡Uy, Marta! Si a mí me mira con recelo, no sé cómo os mirará a vosotros —afirmó Börg divertido mirando a Jaime.

Lo prepararon todo, hasta el menor detalle. Aprovechado la vuelta de Ana, al día siguiente organizaron una cena en la que había sido casa de Börg, para las tres parejas. Los suegros de Marta aceptaron quedarse con los gemelos. Nunca desperdiciaban la oportunidad de mimar y malcriar a los pequeños, que solían volver a casa de sus padres con los bolsillos y las barriguitas llenas de dulces. Jaime había resultado ser un excelente cocinero, que ayudado por Ana preparó una deliciosa cena escocesa, similar a la que Agatha disfrutó en su primera noche en el castillo del highlander. Agatha creía que, al darles la

noticia en un entorno reducido, sin testigos, podrían controlar las reacciones de Marta y Mateo.

—Todo saldrá bien —dijo Agatha confiada, abotonándose la camisa beige con volantes, que estrenaba esa noche, con un pantalón azul. Estaban en su dormitorio, a punto de salir hacia la casa de sus amigos. Börg llevaba un jersey azul pálido, a juego con sus ojos, que combinaba con un pantalón de pinzas gris marengo. Con su percha de modelo, junto con la serenidad que había adquirido en el transcurso del tiempo, no podía evitar convertirse en el centro de las miradas al entrar en una habitación. Agatha suspiró pensando en que era una pena no disponer de diez minutos más para repetir lo que habían hecho en el salón, en la cocina, en el invernadero...

—¿En qué piensas? —preguntó Börg poniéndose el abrigo y ayudando a su hada a ponerse el suyo.

—En que te quiero.

—Dudo que eso te haga ruborizar tanto como lo estabas hace un minuto —afirmó el vikingo con una pícaro sonrisa.

La niebla había empapado las calles, daba la impresión de que había llovido. Caminaron ligeros, para entrar en calor. Agatha pensó que debería haber cogido una chaqueta debajo del abrigo, pero era una pena no lucir la camisa. Con el frío habitual de Salamanca, el uniforme invernal era jersey de cuello alto, de la mañana a la noche; sin embargo, en esa ocasión, Agatha quería lucir más elegante, y menos informal. Conociendo a Marta, no habría desperdiciado la ocasión de ponerse mona. Como solía decir, le gustaba dejar salir la mujer seductora que llevaba dentro y dejar durmiendo a la mamá que corría todo el día llevando a los niños de una actividad extraescolar a otra.

Agatha aún sentía el trasero entumecido. Esa tarde habían ido a patinar con Macarena y sus hijos. Cuando Börg se lo propuso, aceptó encantada, nunca lo había hecho y tenía ganas de probarlo. ¡En mala hora se le ocurrió aceptar la proposición! Él ya no sería vampiro, pero se deslizaba por el hielo como si fuera igual de grácil. Viniendo de un país nórdico, el hielo era un elemento

natural para Börg. Agatha, por el contrario, prefería sentir la tierra y la hierba bajo sus pies. En cuanto intentó ponerse de pie sobre esas dos cuchillas que tenían las botas que le prestaron en la pista de patinaje, comprendió que había sido un garrafal error. Los cuatro niños, incluidos los pequeños gemelos de tres años, brincaban emocionados a su alrededor, mientras ella era incapaz de soltarse del brazo de Börg.

—Voy a tener moratones por primera vez en mil años.

—Lo siento —se disculpó Agatha aflojando la presión.

—Es muy fácil, tú solo deslízate, fíjate en Vega, es una excelente patinadora.

Estaba segura de que ese fue el último instante que estuvo de pie durante una hora. Era poner un pie en el hielo y caerse, una y otra vez, para diversión del resto de los patinadores y su familia. Una monitora, apiadándose de ella, intentó enseñarle los conceptos básicos. Probó incluso usar sus poderes de hada, pero lo único que logró fue derretir el hielo y empaparse cuando se cayó sobre él.

—Anda, vamos a sentarnos —le sugirió Macarena agarrándola del brazo y llevándola hacia la salida.

Los cuatro niños siguieron patinando junto con Börg, en perfecta sincronía y con gran destreza. Las madres de los demás niños habían dejado de vigilar a sus vástagos para quedarse embobadas mirando al esbelto y atractivo gigante rubio que patinaba magistralmente con los cuatro pequeños haciendo piruetas a su alrededor. Al terminar, los cinco se sentaron en las sillas para cambiarse los patines; la pequeña María, inquieta y curiosa, pasó unos de sus pequeños deditos por la afilada cuchilla de una de las botas. La sangre comenzó a salir roja y escandalosa, entre gritos de dolor de la chiquilla.

—¿Es profundo? ¿Vamos al hospital? —preguntó Börg asustado.

—Cariño, déjame ver la manita —le pidió Agatha a la llorosa niña que se abrazaba desesperada a su madre.

Börg, al adivinar lo que se proponía su hada, hizo que los otros niños se pusieran alrededor para impedir que el resto de las personas vieran lo que

Agatha estaba haciendo. Entre sus manos, colocó la de la niña, cerró los ojos y dejó que su poder fluyera desde su cuerpo hasta el de María, que, al sentir el suave y confortable calor que recorría su mano, dejó de llorar. Agatha fue cerrando los bordes de la herida, haciendo que la piel fuera sanando. Segundos después, solo quedaban restos de sangre donde antes había un rasguño profundo.

—Listo, ya no te duele, ¿verdad?

—No pupa ya —respondió la pequeña feliz agitando la mano.

—Gracias —dijo una temblorosa Macarena, que ya había comenzado a buscar a Hércules con la mirada.

—No ha sido nada. Creo que no me ha visto nadie. ¿Los niños dirán algo? —preguntó Agatha, tomando conciencia de lo que había hecho: mostrar sus poderes en público.

—Los niños están acostumbrados a esto y más —aseguró Macarena, ayudando a la niña a ponerse de pie—. No dirán nada.

—No te preocupes, cariño, no te ha visto nadie —la tranquilizó Börg—. Entre los niños y yo os hemos tapado. Solo saben que María se ha hecho un pequeño rasguño, nada más.

Recogieron sus zapatos con rapidez y se marcharon antes de que nadie pudiera percatarse de lo que había pasado. Dos horas después, camino de la casa de Ana y Jaime, Agatha recordaba la accidentada tarde.

—Quitando que verte patinar es todo un espectáculo y que ahora mismo debe haber unas cuantas mujeres pensando en ti, conmigo no cuentes la próxima vez que quieras desliarte por el hielo.

—Trepas como un gato a los árboles, pero un poco de agua congelada te asusta.

—¿Un poco? Ni sobre el hielo, ni sobre la tierra. Los patines y yo no nos llevamos bien.

—La próxima te llevaré en trineo y nos deslizaremos sobre la nieve por una montaña.

—Sí, sí, cuenta con ello —afirmó Agatha con ironía a la vez que llamaba al interfono del antiguo piso de Börg.

Marta y Mateo ya estaban allí. Por común acuerdo decidieron cenar primero, para que sus amigos se relajaran y aceptaran el hecho de que Jaime era inofensivo, sin sospechar que Ana también lo era. Con una copa en la mano, trasladaron la sobremesa al salón. Sentados en los cómodos sillones, hablaban de los últimos escándalos políticos y daban sus opiniones sobre las noticias que ocupaban la atención mediática esos días.

—Nosotros tenemos algo que anunciaros —dijo Ana captando la atención del resto.

—¿Otra sorpresa? —preguntó Marta—. Me dais miedo con vuestras sorpresas últimamente.

Agatha se removió inquieta en su asiento, cogiendo nerviosa la mano de Börg, sin apartar los ojos de su tía, quien al darse cuenta de que Mateo y ella parecían ser los únicos que no estaban enterados de lo que ocurría, sintió que los nervios atenazaban su estómago.

—En Escocia ocurrió algo. Además de conseguir que este highlander recapacitara y se diera cuenta de que sin mí no es nadie —afirmó Ana sonriendo al pelirrojo, que la contemplaba con dulzura, alentándola a seguir adelante con las explicaciones—, tomé una decisión que cambió mi vida y, por ende, en parte, la vuestra. Para poder estar con Jaime no solo durante cuarenta o cincuenta años hasta mi muerte, sino de forma permanente, tuve que convertirme en un ser inmortal como es él.

—¿Qué hiciste? No será lo que estoy pensando, ¿o sí?

—Tranquila, cielo —intervino Mateo al ver cómo la vena que se marcaba en la frente de su mujer, anunciando un inminente enfado, comenzaba a latir.

—No tienes por qué enfadarte, todo sigue igual.

—¿Igual? Eres un vampiro, eso es lo que me estás diciendo. Mateo, no sé cómo estás tan pancho. Estamos cenando con dos vampiros, un hada y un tío que tiene más de mil años. Hace unos meses todo esto eran cuentos que les

contábamos a los niños, pero ahora resulta que mi propia hermana era un hada.

Mateo abrazó a Marta, que había empezado a llorar desconsolada, balbuceando: «Es demasiado». Estaban preparados para hacer frente a los gritos y al posible enfado de su amiga, pero no a sus lágrimas.

—No llores más, por favor —le pidió Ana arrodillándose junto a ella, sintiendo sus propias lágrimas en sus mejillas.

—Lleva unos días nerviosa, los gemelos pueden ser agotadores. Se le pasará. Nos habéis pillado por sorpresa, dadnos tiempo para asimilarlo todo.

—No sé si es el momento —dijo Jaime, interrumpiendo a Mateo—, pero quizás deberías saber algo más.

—Jaime, ¿qué ocurre? —preguntó Ana confundida.

—Marta está embarazada, oigo el latido del bebé.

Los cinco enmudecieron, mirando la barriga de Marta. ¿Embarazada? ¿Qué más podía pasar?

Capítulo 16

Decidieron retrasar la fiesta en casa de Agatha unos meses, hasta después de la apertura de las tiendas, para que coincidiera con el inicio del verano. Aprovecharían para anunciar el nuevo embarazo de Marta, que ya entonces estaría de tres meses. Esa misma noche, cuando volvían a su casa, compraron un test en una farmacia de guardia. Los gemelos dormían en casa de los padres de Mateo, así que, sentados en la cocina, contemplaban impacientes el palito.

—Esas dos rayas...

—Sí, estoy embarazada.

—No puedo creer que el novio de Ana lo haya sabido antes que nosotros.

—Te dije que no compraras los preservativos en el chino.

—Fue un caso de emergencia, cielo.

—Ya, pues mira el resultado —dijo Marta acariciándose la barriga. No se notaba aún el embarazo, pero le hacía ilusión saber que estaba gestándose una nueva vida dentro de ella. Esperaba que fuera una niña, adoraba a sus gemelos, pero quería comprar vestidos y muñecas. Había fantaseado con la posibilidad de aumentar la familia, sin embargo, su edad y su próxima aventura empresarial la habían hecho desistir de la idea.

—Los niños estarán encantados.

—¿Tú crees? Con la tienda, tal vez no sea el momento de tener un bebé.

—Seguro que estarán felices. No te preocupes por la tienda, reduciré mi horario en la oficina, puedo trabajar desde casa. Contrataremos a alguien que

nos ayude con los niños y las tareas domésticas. Además, tenemos varios titos que estarán más que dispuestos de echarnos una mano si hace falta. Es el momento, aquí y ahora, ese bebé será muy bienvenido.

Mateo no se equivocó en su hipótesis. Los gemelos dieron saltos en sus camas, emocionados al saber la noticia. Ellos querían un hermanito para enseñarle a jugar al fútbol, estaban dispuestos a compartir sus juguetes con él y a cuidarle si era necesario.

—Las niñas también juegan al fútbol —les aseguró Marta.

—Mejor un niño, pídeselo a la cigüeña, que se asegure bien —afirmó resuelto uno de los gemelos, mientras el otro asentía con la cabeza enérgicamente.

El tiempo fue pasando, y cuando quisieron darse cuenta las tiendas estaban abiertas y funcionando. Era el momento de celebrarlo. Ana se volcó en la fiesta veraniega de embarazo. La próxima maternidad había suavizado la furibunda reacción de Marta, al descubrir que era una vampira. Quería recompensarla por tantos sobresaltos y disgustos. Hasta Jaime colaboraba solícito con ella en los preparativos que compaginaban con la apertura de la tienda de ropa de su amiga y las dos suyas. Habían decidido unificarlas en la marca común: *Abuela Margarita*. Los diseños de Marta eran ropa cómoda y confortable tanto para pequeños como para mayores, con encanto clásico, pero sin ñoñez. Con una línea dedicada al estampado tartán del clan de los MacGraw, que usaban también para los envases de las cremas que llevaban plantas y semillas traídas por ella misma desde Inverness. En la tienda de comida, vendían verduras de cultivo ecológico, quesos y productos lácteos de granjas cercanas, huevos de gallinas cuidadas con cariño, hasta vino de un viñedo de Börg en la baja Sicilia. Había sido toda una sorpresa cuando el vikingo anunció con timidez que tal vez tuviera un producto adecuado para la nueva tienda. El vino era excelente y, al cabo de unas semanas, los pedidos se fueron incrementando.

Agatha quería decorar el jardín con farolillos, disponiendo mesas y sillas en torno al parterre de madre selvas que destacaba en el centro. Las flores inundaban el aire de dulces fragancias, compitiendo en belleza con los frutos de los árboles y de los arbustos. Habían colocado un par de columpios, que hacían las delicias de los niños con sus vibrantes colores.

—Como se ponga a llover, ya me dirás que hacemos —protestó Ana cuando Agatha le contó su idea.

—No va a llover. Seguro. Yo me encargo.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Ana sorprendida del don de Agatha, que asintió con sonrisa complacida.

—Si es necesario, puedo crear un pequeño microclima. Será algo transitorio, en unas horas seguirá lloviendo, pero será suficiente.

—¿Lo has probado alguna vez? —quiso saber Ana sin poder ocultar su curiosidad.

—¿Cómo te crees que dejó de llover el día que inaugurasteis las tiendas, si estábamos en alerta con la borrasca Daniel? Menudo ojo tuvisteis a la hora de elegir la fecha.

Las tiendas habían sido un éxito desde el mismo día de su apertura. Las mamás del colegio de los gemelos, las antiguas clientas de Ana, alguna de las autoras de la editorial M&B. Y a estas las habían seguido las amigas, los conocidos de conocidos y, cuando habían querido darse cuenta, *Abuela Margarita* era ya una marca de referencia en la ciudad. Con el verano a la vuelta de la esquina, Marta decidió crear una línea de ropa para ceremonias, para madres y niños. Todo parecía ir viento en popa, tanto en lo profesional como en lo personal, para las tres amigas y sus parejas, pero, como solía pasar, la felicidad era momentánea, y sin malos momentos que les hicieran valorar lo que tenían, la vida no tenía sentido.

Agatha no tuvo que hacer ningún hechizo el día de la fiesta. Desde primera hora, el sol brillaba en el cielo y la temperatura era suave. La empresa del *catering* llegó poco después de la encargada del mobiliario que habían

alquilado para la ocasión. A Börg casi le parecía ver polvo de hada, como en los cuentos, al paso de Agatha que, cual Campanilla, se movía de un lado a otro. Pizpireta, llevaba un vestido de color verde musgo, con flores bordadas en el cuerpo, por detrás y por delante, diseño exclusivo de Marta para la ocasión. Lucía y Candela habían llegado el día anterior, dispuestas a ayudar a su hermana. Sus padres no habían estado muy conformes cuando estas anunciaron su intención de hospedarse en la que había sido la casa de su abuela.

—Siempre os habéis quedado aquí con nosotros —protestó la madre de las tres hermanas que seguía molesta con su hija mayor.

—Bueno, mamá, en casa de Agatha hay mucho espacio y será divertido ayudarla con los preparativos. Börg no da abasto con las locas ideas de mi hermana —respondió Lucía por teléfono cuando tres días antes había llamado a sus padres para contarles sus planes. Candela no se había atrevido a decírselos, y había delegado en su hermana la tarea, al ser la menor, estaba más consentida. Desde la muerte de la abuela Margarita, su madre y sus tíos parecían estar todo el día enfadados. Por el contrario, con la relación de Agatha con Börg, su hermana resplandecía. A su lado se sentían llenas de vida y felices. Era una sensación que antes no habían notado, pero ahora era evidente y, aunque no lo habían comentado entre ellas, ambas sabían que las dos lo sentían. Además, el novio de su hermana no solo era guapo y atento, era un excelente conversador, y habían comenzado a habituarse a consultarle las decisiones complicadas que debían tomar en su vida diaria.

Así que allí estaban las tres hermanas, atando lazadas en las sillas, colgando farolillos, distribuyendo paquetitos de regalos para los invitados en sus platos, y un sinfín de cosas más que su hermana les iba pidiendo. Una de las personas que había traído el *catering* le avisó de que una mujer esperaba en la cocina para verla. Agatha dejó lo que estaba haciendo para ir al encuentro de la inesperada visitante. Sus amigas hubieran pasado directamente, y los invitados tardarían aún un poco en llegar.

—Hola. ¿Me buscabas? —preguntó Agatha a la mujer de corto pelo castaño, complexión menuda, que curioseaba su cocina y a la que solo podía ver de espaldas.

—Hola, Agatha. ¿Qué tal estás? —preguntó la intrusa girándose y dejando ver su rostro. Agatha reprimió un grito de asombro. Era la estirada antipática que solía ir al supermercado donde trabajaba antes de la muerte de su abuela, y siempre pagaba con tarjeta de crédito sin mirarla siquiera. Ahora la tenía delante de ella, sonriéndole como si fueran amigas.

—Bien, gracias. No quiero ser descortés, pero como ves estamos algo liados; si me dices qué te trae por aquí y en qué puedo ayudarte —respondió Agatha sin disimular su desagrado por la inesperada visita.

No le gustaba esa mujer, era de esas personas falsamente simpáticas, a la que la sonrisa no le llegaba a los ojos. Solo sus labios se curvaban en un vano intento de afabilidad. El resto de su cuerpo mostraba, a las claras, que estaba en posición defensiva y alerta.

—Me llamo Ópalo. Soy un hada como tú, estaba deseando hablar contigo, pero en el supermercado no tuve ocasión. Me han hablado mucho de ti.

Agatha se sobresaltó mirando a su alrededor, temiendo que alguien ajeno a su círculo más íntimo pudiera haber oído lo que la extraña mujer decía. Los camareros encargados de servir la cena entraban en la cocina y salían para disponer las bandejas y la comida por las distintas superficies. Ellas dos estaban algo apartadas, pero no podían evitar las furtivas miradas que estos les dedicaban.

—Tranquila, está controlado, no nos oyen —aseguró la intrusa haciendo un gesto con la mano. Agatha comprendió que el hada había realizado algún hechizo para que no pudieran escucharlas—. Te parece mucho a tu abuela —continuó Ópalo inclinando su cabeza hacia la derecha, observando a Agatha con detenimiento, escrutinio que a esta no le gustó.

—¿Conocías a mi abuela? No recuerdo que me hablara de ti —negó suspicaz. Cada vez le desagradaba más su interlocutora, tenía que lograr que

se fuera antes de que llegaran el resto de los invitados. Si le habían hablado de ella, había sido Calista. Cada vez estaba más claro que el que la vampira fuera su jefa en su antiguo lugar de trabajo, no era ninguna coincidencia, como tampoco lo era que Ópalo fuera clienta.

—Oh, fuimos grandes amigas. He estado fuera, pero alguien me dijo que Margarita había muerto y tu poder había despertado. Así que me dije: «Voy a presentarme».

—No quiero ser descortés, tal vez en otro momento... —dijo Agatha, que no creía ni una sola palabra de lo que la siniestra hada le decía.

—No habrá otro momento, Agatha —dijo Jaime a su espalda, enfadado como pocas veces le había visto. Empujándola suavemente a un lado, se colocó en el lugar que ocupaba su amiga antes, situándose enfrente de Ópalo —. Márchate, no tienes nada que hacer aquí.

—Jaime, querido, que gusto verte a ti también. ¿Cuánto hace? ¿Sesenta o cincuenta años? Cuando corrías tras las faldas de Margarita y le disputabas su cariño a un vulgar humano.

—¡Oye, que ese humano era mi abuelo Lincoln! Un respeto —le ordenó Agatha poniendo las manos en jarras, dispuesta a sacar de su casa a esa oscura hada, aunque fuera a rastras.

—¡FUERA! ¡AHORA!

Todos en la casa de Agatha se quedaron paralizados. Nadie se había percatado de que Börg había llegado trayendo la piñata para los niños. Dejándola escondida, entró en la cocina y no le gustó lo que vio. Una de las hadas más peligrosas de todos los tiempos estaba hablando con su confiada novia. Con satisfacción podía ver cómo Jaime se había colocado entre ellas dos. Por mucho resentimiento que pudiera haber entre ellos dos, el vampiro daría su vida por Agatha. Enfurecido se acercó al grupo, dispuesto a poner las cosas en su lugar.

—Tranquilo, cariño, ya se iba —afirmó la dueña de la casa, poniendo una mano en el pecho de Börg para evitar que sacara de malos modos a la intrusa,

algo que podía hacer ella solita.

—El vikingo ha llegado. Veo que después de tantos siglos, por fin has conseguido enamorar a un hada. Cuando Tabilov me lo contó no pude creérmelo, era imposible que un ser milenario dejara de serlo por una vulgar campanilla.

—¡La única vulgar aquí eres tú, bonita! —exclamó Agatha cada vez más enfadada.

—¡Qué horror! Calista ya me había advertido que eres lo más opuesto a un hada que nunca se ha encontrado. La naturaleza ha malgastado en ti los dones.

De pronto un torbellino en forma de mujer morena cruzó la cocina y, agarrando a Ópalo, la sacó de la casa y la dejó en medio de la calle.

—Si te vuelvo a ver cerca de mi amiga, te meteré la cabeza en la cloaca de la que has salido. Eres un hada, con lo que serás longeva, pero mortal. Será un placer acabar contigo. Por cierto, soy Ana, y ese escocés pelirrojo es mi novio. Cuidadito con lo que le dices también a él.

—Vámonos. Hoy no es el momento —una voz cortante como un cuchillo, con un suave acento de Europa del este, interrumpió el torrente de amenazas de Ana.

—Tabilov, estás muy lejos de Bulgaria —replicó Börg, que no necesitaba ser vampiro para deslizarse con suavidad y llegar sin que su presencia fuera advertida previamente.

—Me he cansado de mi retiro. Estoy pensando en regresar al mundo de los hombres.

—No serás bien recibido —afirmó el vikingo, mostrando en sus ojos la heladora mirada que Agatha hacía tiempo que no veía.

—Se acostumbrarán a los cambios, y el que no lo haga...

—Ya lo intentaste una vez y fallaste. No pierdas el tiempo.

—Interesante, oigo latir tu corazón. Lo hiciste, te vinculaste a un hada, tantos años junto a ellas, ¿qué te hizo cambiar de idea?

—El amor, algo que nunca sabrás qué es.

—Te equivocas. Sé lo que es el amor. Me amo más que a nadie en el mundo. Y como me quiero tanto he decidido darme el capricho de salir de la cueva donde las hadas me tenían retenido.

—¡Ópalo!

—Acertaste, ella y sus fieles seguidoras me sacaron de allí. No todas las hadas comparten la devoción que tú sientes por los humanos. Aunque claro, ahora eres uno de ellos.

—Ellas solas no han podido sacarte de allí, el bosque estaba protegido por un hechizo protector del rey de los elfos.

—Hechizo que quedó roto al morir el rey. Una pena para él, una alegría para mí.

—Tú te encargaste de que lo mataran. Fue cosa tuya —afirmó Börg cortante.

—Me hubiera encantado llevarme el mérito, pero no fui yo. Su hijo estaba cansando de ser su sombra durante tantos siglos.

—Ícaro —pronunció Jaime acercándose a ellos, seguido por Ópalo. Cada uno se colocó al lado de su respectivo líder, en actitud defensiva.

—Vaya, vaya, habéis hecho las paces.

—¿Tú no tendrías nada que ver en el atropello de Agatha? —preguntó Börg suspicaz. Era muy extraño que la embarazada mujer de Jaime muriera en un atropello, y siglos después fuera la propia Agatha la que casi perecía en otro. Jaime, adivinando por dónde iba el pensamiento del vikingo, apretó los puños, pero una furtiva mirada a Ana que aguardaba en la puerta de la casa junto a Agatha, le hizo recapacitar y mantener la sangre fría. Si iniciaban una pelea, algún inocente podía resultar herido.

Unas negras nubes comenzaron a cubrir el, hasta entonces, claro cielo, portadoras de lluvia y granizo.

—De eso nada, monada. ¡Hoy no llueve en Salamanca! —exclamó Agatha enfadada, desde la puerta del jardín. Había visto los movimientos de la mano de Ópalo, y, adivinando lo que se proponía, la había contrarrestado. La oscura hada la miró sorprendida, tenía más años y más experiencia; una advenediza

no tenía nada que hacer contra su poder, pero el hecho es que estaba ocurriendo.

—¡No! —ordenó Tabilov al ver cómo Ópalo se movía a su lado, dispuesta a enfrentarse al hada con la que Börg se había vinculado. Era poderosa, podía sentirlo, dudaba que ella misma o su antiguo súbdito supieran hasta qué punto—. Vámonos.

Dándose la vuelta, con una leve inclinación de cabeza a modo de despedida, Tabilov se fue calle abajo alejándose de casa de Agatha.

—¿Por qué nos hemos ido? —preguntó molesta Ópalo, caminado junto a Tabilov—. Podíamos con ellos.

—No es inteligente iniciar batallas que no se pueden ganar. Es la casa del hada, es su territorio y estaríamos en desventaja. Tus poderes allí se verían disminuidos, además ni yo ni Calista podríamos entrar en ese jardín sin invitación de la dueña, y estoy seguro de que no nos la va a dar. Otro lugar, y otro momento. Llegaran nuestros refuerzos y entonces atacaremos.

Haciendo acopio de fuerza de voluntad, Agatha y los suyos continuaron con los preparativos. Börg no le dijo nada a su hada, pero alertó a los peculiares niños de los hijos de Maca y Julián, que estaban invitados a la fiesta, de que deberían estar atentos a lo que ocurría en el exterior. Natalia, avisada por Jaime, llegó acompañada por dos hadas blancas que se quedaron vigilando la calle, por si Tabilov y los suyos decidían volver. Dentro, con suerte, solo deberían de preocuparse de que los chiquillos no se atiborrasen con demasiados dulces, y de que los comentarios de la familia de Agatha no hicieran enfurecer a la anfitriona. Por suerte, el resto de la velada transcurrió con tranquilidad, sin más sobresaltos, en un ambiente distendido y festivo. Ninguno de los cuatro fue capaz de olvidar lo que había ocurrido horas antes, pero hicieron un esfuerzo por mostrar normalidad y unirse a la fiesta.

Capítulo 17

Ópalo paseaba nerviosa por la habitación destartalada de la casa que habían ocupado en las afueras de la ciudad. Tabilov la había obligado a abandonar la comodidad de su casa, por temor a un ataque furtivo de Börg.

—No saben dónde vivo, en mi casa estaríamos mejor que aquí —insistió el hada al oír los planes del vampiro.

—Si no hubieras sido tan estúpida como para pagar con tarjeta todo este tiempo, tal vez fuera así, pero, si se lo proponen, a través de ella pueden llegar a nosotros. Estaremos mejor aquí. Te has vuelto blanda con tantos lujos.

No tenían luz, habían tenido que encender fuego en la chimenea para calentarse un poco. Los vampiros parecían indiferentes al frío, durmiendo en alguno de los dormitorios, mientras aguardaban que el sol dejara de lucir en el cielo. Otras dos hadas negras como ella habían llegado acompañadas de tres elfos oscuros que habían desertado, siguiendo los pasos del que ahora era su rey: Ícaro. El resto de la comunidad elfica, escandalizada por el asesinato del padre a manos del hijo, había decretado su muerte. Ícaro había tenido que huir, buscando refugio con las hadas negras, al mando de las cuales estaba Ópalo. Tabilov les había prometido que, si lo liberaban y le ayudaban a hacerse con el control de los vampiros, les restituiría las coronas que les habían sido negadas. Para ello solo tendrían que hacer una cosa: esclavizar a los humanos, matando a las hadas blancas que equilibran con sus dones la naturaleza, impidiendo que los humanos perdieran su voluntad a manos de los vampiros, y

se conviertan así en sus siervos y en su alimento.

No esperaban que la nueva amiga de Börg tuviera tanto poder. Su abuela Margarita era poderosa, pero su nieta lo era mucho más y, al vincularse con un vampiro milenario, sus dones se habían incrementado exponencialmente, haciendo de ella el hada más poderosa sobre la Tierra. El vikingo ahora era un humano; según Tabilov, sería fácil acabar con él durante el fragor de la batalla. Una vez muerto, el poder de Agatha se debilitaría por el dolor y la pérdida, y podrían acabar con ella. Él mismo se encargaría de asestarle la fatídica puñalada. Había esperado muchos siglos, desde aquel día que le había traicionado. Cuando despertó siendo vampiro, esperaba encontrarlo a su lado combatiendo, sin embargo, se lo había encontrado enfrentado a él. No le perdonaría jamás tamaña ofensa. Había esperado durante siglos el momento de su venganza, encerrado en aquella celda sombría y oscura, sin más compañía que sus pensamientos. ¡Por fin había llegado la hora!

Ícaro era el eslabón débil de su alianza. Demasiado inestable y peligroso. No actuaba con cabeza, se movía por impulsos. Ese lo convertía en doblemente peligroso: para los suyos y para las hadas blancas. No debería haber acabado con su padre de una forma tan chapucera, pero no podían quejarse. A Ópalo y a Tabilov les venía bien contar con su ayuda, aunque no lamentarían su pérdida si resultaba muerto en la guerra con las hadas blancas y los vampiros que las veneraban. Sin él, sería más fácil deshacerse de los elfos oscuros. Los elfos del bosque serían su siguiente objetivo.

—¿Alguna novedad? —preguntó Tabilov acercándose al fuego. Ópalo disimuló su repulsión ante el deforme ser, cuya figura le recordaba a la típica imagen de Nosferatur. Calista venía con él. Maldita vampira, solo tenía que hacer una cosa: vigilar a Agatha y acabar con ella antes de que sus poderes aumentaran. Para eso se había infiltrado en el supermercado como su jefa. Se había confiado y en un descuido la dichosa hada se había ido a Escocia de forma inesperada, y se había encontrado con Jaime. Al principio, pensaron que tal vez saliera algo bueno de ello. Si se hubiera vinculado con el highlander,

su poder habría sido menor. Incluso cabría haber esperado que se hubiera quedado en Inverness de forma permanente. Todo parecía indicar que sería así. Ópalo había liberado a Tabilov de su prisión en una remota aldea de Galicia, donde los elfos lo ocultaban a los ojos indiscretos de los humanos. Se disponían a hacerse con el control de todo ser de la Tierra, aprovechando que las fuerzas que mantenían el equilibrio de la naturaleza comenzaban a resquebrajarse tras la muerte de Margarita, cuando un inesperado cambio tuvo lugar. El hada no solo había regresado, sino que se había enamorado del vikingo al que tanto odiaba Tabilov. Este había intentado acabar con ella, de la misma forma que se había deshecho de la mujer de Jaime y su bebé aún no nacido: un desgraciado atropello. La primera vez, el plan había funcionado a la perfección. El pilluelo que había robado al tendero, provocando la persecución que había desencadenado que el caballo se asustara, convirtiendo el carruaje del que tiraba en un arma, había sido fácil de manipular. La mujer de Jaime era la descendiente de una familia de hadas de la vieja Inglaterra, y el bebé estaba destinado a convertirse en una poderosa hada. Un elfo oscuro, al que Tabilov le había indicado qué hacer desde su celda, había impedido que naciera para acabar con la estirpe de hadas. Solo quedaba otra familia igualmente poderosa: la de Margarita. Durante siglos habían fracasado en sus intentos de acabar con ellas. Protegidas por el vikingo milenario y otros vampiros, ocultos en las sombras, pero vigilantes, habían salido indemnes de las diversas tentativas de asesinato. Esta vez creían que lo lograría, Agatha era la descendiente más débil de las últimas generaciones. Normalmente, un hada alcanzaba su poder en la veintena, pero Agatha ya estaba mediada en la cuarentena. Era el momento propicio para acabar con las hadas blancas. Calista conducía el coche que se había llevado por delante a la despistada Agatha. Era cuestión de minutos que Tabilov se saliera con la suya. No contaban con que Margarita lograra contactar con ella en la realidad paralela de la inconsciencia y la hiciera volver a la vida. Además, de forma inesperada, Börg había renunciado a su inmortalidad, uniendo su espíritu al de

Agatha, por lo cual las grietas por las que pretendían hacerse con el poder comenzaron a repararse. No había tiempo que perder, tenían que romper esa unión fuera como fuera, antes de que fuese demasiado tarde.

—Han llegado refuerzos —explicó Ópalo a la pareja de vampiros.

—Será esta noche —anunció Tabilov—. No esperan que les ataquemos tan pronto. Estarán relajados tras la fiesta de ayer, es el momento.

—Su casa está protegida —indicó Calista.

—La del hada sí —dijo Tabilov sibilino—. Atacaremos en otro lugar. Vamos a alimentarnos, necesitamos estar fuertes esta noche. Nada puede salir mal. El fracaso no es una opción.

—No fracasaremos —afirmó la vampira con seguridad.

—Por tu bien, más vale que sea así. No hay más oportunidades, Calista. Te confiaste, y no acabaste con Agatha antes de que su abuela muriera. Te di una segunda oportunidad, solo tenías que pasarle el coche por encima y eso tampoco fuiste capaz de hacerlo bien.

—No fallaré.

—Más te vale, o yo personalmente te arrancaré el corazón y me lo comeré. Y, puedes creerme, no dudaré en hacerlo —amenazó Tabilov a Calista en un sepulcral silencio, en el que ningún ser se atrevía a moverse.

—¡Venganza! —exclamó Ópalo, a una imperceptible señal de su señor y maestro, que nadie más captó.

—¡Venganza! —repitió un coro de voces con Ícaro al frente.

Tabilov sonrió satisfecho. Había llegado el momento. Esa noche sería el fin de la era de los hombres.

—¿Cómo es posible que un viejales como tú sepa jugar con los videojuegos? —preguntó Agatha divertida mientras recogían los restos de la fiesta bien entrada la noche del sábado.

—No tenía un hadita que me distrajera por las noches —respondió mimoso robando un beso al objeto de su desvelos.

El pequeño Raúl, al ver que su hermano mayor se iba con Börg, lloró con desconsuelo pidiendo ir con ellos también. La promesa de su padre de volver a ver, por enésima vez, la última película de Disney le hizo quedarse en casa algo más conforme.

Desde la cocina, Marta y Agatha oían los gritos de los cinco jugadores que, haciendo dos equipos, buscaban derrotar al adversario pasando de nivel antes que su oponente.

—Me gusta —afirmó Marta, bebiendo un sorbo de café, de la taza que le había robado a Agatha en un descuido—. Tenía mis reticencias al principio, pero tengo que reconocer que no es tan malo para ser un antiguo vampiro.

—No voy a decir: «Te lo dije», pero lo estoy pensando. Más vale que me devuelvas la taza, que tú no puedes beber café.

—Aguafiestas.

—Te he traído una infusión muy rica de frutas del bosque.

—¿Un poquito de té? —preguntó Marta esperanzada.

—Infusión —contestó Agatha deslizándose hacia su tía el saquito con las hojas trituradas—. Te vi hablando con Ana y Jaime ayer. Al final, el highlander te ha conquistado igual que a todas las mujeres de la familia.

—Hasta mi hermana sonrío como una boba cuando él habla —comentó riendo Marta pensando en la madre de Agatha que al final había aceptado ir a la fiesta, por insistencia de Lucía y Candela.

—Como mi vikingo no hay nadie, pero tengo que reconocer que la abuela era buena eligiendo amigos. Aunque sigo sin entender por qué no nos habló antes de él.

—Conociéndola, diría que no era el momento, que el destino diría cuándo —

comentó Marta levantándose para prepararse una taza de la infusión que le había traído Agatha. Distraída, se acarició la barriga mientras el agua hervía.

—Seremos unos excelentes tíos para mi sobrina —aseguró Agatha al ver el gesto de su tía.

—Chiss, que no te oigan. Siguen queriendo un chico, no saben que es una niña. Supuestamente en la próxima ecografía nos lo dicen, claro que mi ginecóloga no sabe que tengo una sobrina que se comunica con mi hija aún no nacida, sin mi consentimiento.

—Ella quiere que sea su madrina. ¿Qué otra niña puede presumir de tener un hada madrina? —bromeó Agatha e hizo que Marta llorase hasta que le salieron las lágrimas.

Eran poco más de las nueve y media cuando dejaron a un dormido Lino en su casa, y volvían de la mano a la suya. La calle estaba desierta. Televisaban un partido de fútbol, en el que los dos principales equipos de Europa se enfrentaban. El repiqueteo de los tacones de Agatha rompía el silencio en las últimas horas del fin de semana. Delante de ellos cuatro amigos regresaban a sus hogares, comentando el partido. De repente Agatha comenzó a sentirse revuelta.

—No debí de tomar esa segunda taza de café.

—No es eso —negó Börg quedándose parado.

—¿Qué pasa?

—¡Llama a Ana y a Jaime!

—Pero...

—¡AHORA! —gritó el vikingo colocándose delante del hada, que con nerviosismo rebuscaba en el bolso. El móvil estaba en el fondo; al intentar sacarlo, un paquete de pañuelos y las llaves cayeron al suelo de forma escandalosa. Agatha vio cómo los, en apariencia, cuatro inofensivos amigos se giraban. Eran Ópalo, Calista y dos hombres a los que no había visto antes. Unos pasos a sus espaldas le indicaron que no estaban solos. Le dio tiempo a pulsar el botón de llamada, pero un rápido movimiento a su derecha captó su

atención. Era Tabilov, que sonreía mostrando sus colmillos.

—Estáis solos y aquí no hay ningún hechizo que os proteja —afirmó amenazante mirando fijamente a Agatha—. Una pena que ya no seas un vampiro y no puedas proteger a tu hadita.

—No necesito ser un vampiro para acabar contigo —aseguró Börg sacando una antigua espada del forro del gabán con la mano derecha, a la vez que agitaba un hacha de mango corta que había salido del mismo sitio minutos antes, ante el asombro de Agatha que por fin entendía por qué su chico era tan tiquismiquis a la hora de colgar su ropa: no dejaba que nadie lo hiciera por él.

—Y yo no necesito que nadie me defienda —replicó Agatha, que había recuperado la compostura, cambiando el miedo por ira. Con las plantas de los pies apoyadas con firmeza en el suelo, y los brazos formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con su cuerpo, se colocó detrás de Börg, espalda contra espalda, dispuesta a presentar batalla. No le quitaba el ojo a Calista, estaba más que harta de su antigua jefa.

—Ícaro, lamentarás haber salido del bosque —siseó Börg mirando con desprecio a uno de los hombres que acompañaban a Calista. Al fijarse con detenimiento, Agatha se dio cuenta de que los dos desconocidos tenían las orejas puntiagudas.

«¿Elfos? —se preguntó extrañada—. Ya solo faltan un par de hobbits».

En un segundo todo se precipitó. Los dos elfos se abalanzaron hacia el vikingo, a la vez que Calista y Ópalo atacaban a Agatha. Esta, hizo que un fuerte viento comenzara a soplar, para derribar a sus dos enemigas de una violenta ráfaga. Girándose, estiró la pierna, haciendo la zancadilla a uno de los elfos. Börg, con un diestro movimiento, asestó un tajo en el tórax del elfo al que había llamado Ícaro.

—¡Corre! —exclamó el vikingo, huyendo con Agatha hacia una calle lateral. Solo pudieron avanzar unos metros, cuatro vampiros más y una mujer, que debía ser otra hada negra, les cortaban el paso. Girándose, observaron con pavor que, en la retaguardia, Calista y Ópalo, con Tabilov en el centro,

tomaban posiciones. Börg estaba desesperado, no podría luchar contra todos y al mismo tiempo proteger a su hada. Por mucho viento y lluvia que ella creara, solo lograría confundirlos momentáneamente.

—Te quiero —dijo Agatha sonriendo a su guerrero, que con infinito amor le devolvía la mirada—. Dudo que salgamos de esta, pero sé que volveremos a encontrarnos. No te preocupes, amor mío, esto no es el final para nosotros.

—Te equivocas, rubita. Aquí y ahora acaba vuestra existencia —afirmó Tabilov a unos centímetro de ella.

—Lamento ser un aguafiestas —tronó una voz desconocida a la entrada de la calle. Era un atractivo hombre de metro noventa, musculoso, de fieros ojos verdes, con una brillante melena ondulada hasta los hombros, que llevaba una espada que refulgía bajo los rayos de la tormenta que Agatha había creado y Ópalo alimentaba divertida por la inocencia de la inexperta hada. A Agatha le pareció estar viendo al protagonista de la película *300*. Junto a él, una bella mujer, con el pelo sujetado en una alta coleta, apuntaba con su arco a Calista. A su lado estaba el hombre más gigantesco que Agatha había visto nunca. Uno de sus brazos tenía el diámetro de una de las columnas de su porche. Estaba segura—, pero el que sobra aquí eres tú, Tabilov.

—Lino, me alegro de verte —le saludó Börg aliviado por contar con inesperados aliados.

—Estos dos que son unos tardones —respondió Lino señalando a sus acompañantes.

—María y Raúl no se dormían —replicó la mujer.

—Atenea, ya te he dicho que tienes que ser más firme con ellos, o no conseguirás dominarlos.

—Hércules, guárdate los consejos para ti. He visto como le dabas refresco de cola al pequeño Lino cuando creías que su madre no miraba.

—¿Llegamos tarde? —preguntó una voz con marcado acento escocés, desde el otro extremo de la calle.

—No, cariño, justo a tiempo —aseguró Ana, mirando con desagrado a las

hadas negras que estaban junto a su amiga. Al caérsele el teléfono a Agatha, la llamada no se había cortado y pudo escuchar lo que estaba ocurriendo. El azar hizo que estuvieran saliendo del cine, donde se habían encontrado con Natalia y Ruth, que habían hecho buenas migas durante la fiesta el día anterior. Los dos vampiros se habían trasladado a la velocidad del rayo a la calle donde transcurría la pelea, y habían llevado a las dos mujeres con ellos. Gracias a su don, Natalia había podido localizar su situación mejor que un GPS. Jaime mostró reparo a que Ruth los acompañará, pero, al ver el medallón que colgaba de su pecho, sonrió y la cogió por la cintura para llevarla con él.

Börg saludó con un gesto a Jaime y a Lino. Hacía siglos que no estaba en una batalla con sus antiguos camaradas. Era hora de ver si seguía siendo tan diestro con la espada como lo era antes. Con un grito, salido de lo más profundo de su garganta, golpeó la espada que Tabilov había sacado de una funda que lleva en su espalda. Era un espectáculo ver al antiguo rey vikingo y su mano derecha batiéndose en una lucha sin igual. Las chispas que saltaban al chocar las espadas competían con el fulgor de los relámpagos que Ópalo creaba. El hada negra se acercó sibilina cual serpiente a Agatha, que la miraba temerosa; sonriendo, las otras dos hadas negras estrecharon el círculo para dejarla sin posibilidad de huida. Guiñando un ojo a Ana, que se acercaba junto a Atenea, dio su propio grito de guerra y se elevó un metro sobre la cabeza de Ópalo, que cambió su gesto de furia por uno de sorpresa.

—¿Creías que me teníais atrapada? Pues os vais a quedar con las ganas, tengo un regalito para vosotras —afirmó Agatha haciendo surgir del suelo hiedra venenosa, que se enroscó en las piernas y en los brazos de las hadas negras, para impedirles cualquier movimiento. Ópalo observó con estupor cómo Ana y Atenea les cortaban la cabeza a sus dos compañeras, a la vez que dos elfos del bosque salían de una abertura de la tierra, que Agatha había abierto en el suelo, y la atrapaban, para hacerla desaparecer de la vista del resto y llevársela a una celda de donde no saldría nunca.

—¿Y tú desde cuándo vuelas? —le preguntó Ana a su amiga, que había

vuelto a poner los pies en el suelo.

—Desde que estuve en Escocia. Jaime lo sabía, pero le pedí que no dijera nada. Ya me mirabais como un bicho raro sabiendo que era un hada, buena gana de contaros más detalles.

—Vosotras dos, ¿qué tal si dejáis de charlar y os ponéis a cazar elfos oscuros? —les sugirió Jaime mientras peleaba con un vampiro al que ya le había arrancado un brazo y seguía dando mordiscos al aire.

Dos vampiros y un elfo oscuro tenían arrinconado a Lino, que peleaba con bravura y energía.

—¿Necesitas ayuda?

—Ahora que lo dices, Atenea, si te encargas de este vampiro de la izquierda; de los otros dos ya me encargo yo.

—Un placer —contestó la diosa disparando una certera flecha al corazón del vampiro que se deshizo al instante en cenizas.

De un solo golpe, Lino acabó con el elfo oscuro y le cortó la cabeza al vampiro. Con un gesto le agradeció la ayuda a Atenea, y juntos fueron hacia donde Hércules peleaba con cinco vampiros y otros tres elfos oscuros. Ana y Agatha ya estaban allí, peleando junto a Jaime en perfecta sincronía.

—Caray con la mosquita muerta —comentó Calista molesta, al ver que lo que creían una batalla ganada, se iba convirtiendo en una guerra en la que iban perdiendo y que Agatha no era la inocente hada que les había hecho creer a todos.

—Nunca me gustaste. Eras una mala jefa y una peor compañera. Y, por cierto, si aquí alguien está muerto eres tú, y voy a encargarme de que vuelvas a la tumba de la que no debiste salir jamás.

En un triple ataque, Jaime le arrancó el corazón por la espalda a Calista, Ana le clavó un cuchillo en su cuello y Agatha hizo que la hiedra le arrancara una pierna.

—No ha estado mal, chicas.

—¿Ese no es el cuchillo que te regalé para trinchar el pollo? —preguntó el

hada al ver el objeto que Ana recogía del suelo, una vez que el cuerpo de Calista se había convertido en polvo.

—Es multiusos —respondió Ana encogiéndose de hombros.

Cuchillos, flechas, espadas, hiedras, rayos; la calle se llenó de ruidos de la batalla que se estaba desarrollando sobre el asfalto. Natalia y otra hada blanca habían acudido a ayudar a Agatha, pero, al ver que contaba con suficientes aliados, ocuparon posiciones a ambos extremos de la calle, para crear con su poder una ilusión óptica que engañara los sentidos de los curiosos que atraídos por el ruido pudieran asomarse por alguna de las ventanas. Aparentemente la lluvia caía con fuerza, creando una cortina de agua que, junto con la oscuridad de la noche, impedía ver nada de lo que ocurría en la calle. Los vecinos preferían dedicar su atención al partido de fútbol, que se acercaba al final en una emocionante prórroga. Ruth había hecho aparecer un arco y unas flechas de la nada, y las disparaba certeramente, haciendo blanco en los vampiros.

Ícaro, al ver cómo las hadas negras y sus compañeros, los elfos oscuros, iban cayendo, uno tras otro, decidió que era mejor escapar de allí. Ya llegaría su momento, pero no era ese. Con Hércules y Lino a la cabeza, uno a uno fueron acabando con los vampiros que apoyaban a Tabilov en su lucha de poder. En el centro solo quedaban Börg y su antiguo rey, luchando como fieros guerreros, recordando lejanos tiempos, siglos atrás, cuando eran los hombres más temidos y respetados de cuantos poblaban la Tierra.

—Quieta —le ordenó Jaime a Agatha sujetándola por el brazo—. No es tu lucha.

—Pero, si intenta algo sucio...

—Mira a tu alrededor, no tiene posibilidad de huir. Tabilov lo sabe, quiere morir como vivió. Como un guerrero a manos de un igual.

Agatha miró el rostro de su amado. Pese a su aspecto, con su ropa moderna, y el gabán hecho jirones agitado al viento, era a un vikingo a quien veía. Tabilov, aunque era consciente de su derrota inminente, peleaba con el temple

de un rey. Sabía que iba a morir, pero, si podía, se llevaría a Börg por delante. ¿Y tenía que parecerle bien? ¿Pretendían que se quedara quieta viendo cómo el hombre al que amaba podía morir a manos de ese asqueroso vampiro? Lo llevaban claro.

Tabilov, sacando fuerza de donde ya no la tenía, con una magistral maniobra, logró arrancar de la mano la espada de Börg, haciéndole una profunda herida en el brazo. El antiguo vampiro cayó al suelo, colocando su mano derecha, inútil y sangrante, sobre su rodilla. El pelo le caía sobre los ojos, empapado de lluvia y sudor. Entre dos mechones, desvió su vista hacia su hada. Esperaba encontrar miedo y espanto, pero encontró furia y determinación. Agatha, con un imperceptible movimiento de cabeza, le indicó que mirara a su izquierda. Unas pequeñas hojas verdes asomaban con timidez, en una diminuta grieta del asfalto, junto al verdor percibió un destello. ¡Era su hacha! La había perdido en los primeros momentos de lucha con Tabilov; de alguna forma, Agatha la había encontrado y se la acercaba con ayuda de una mata de arándanos que había hecho crecer de la nada. Deslizándose con lentitud su mano izquierda para que el vampiro no captara sus propósitos, fue acercándola al hacha, al mismo tiempo que las ramitas le acercaban el mango de esta.

—Creías que podrías vencerme. ¡SOY TU REY Y SIEMPRE LO SERÉ! —gritó Tabilov, levantando con las dos manos su espalda, dispuesto a darle el golpe final a su antiguo leal servidor ante el espanto de los espectadores, que se preparaban para atacarle antes de que matara a un indefenso Börg.

—No. ¡Mi reina es MI HADA! —afirmó Börg incorporándose, con el hacha en la mano izquierda. Sin darle tiempo a reaccionar, se la clavó al vampiro en el corazón. Le quitó la espada de la mano y, de un tajo, le cortó la cabeza. Al instante una llamarada surgió del cuerpo inerte de Tabilov, y prendió fuego al último rey de los vikingos que había caminado sobre la Tierra.

Como una cadena, uno a uno el resto de los cuerpos de vampiros decapitados estalló en llamas. Al día siguiente, las noticias hablarían del sorprendente fenómeno que aquella noche de principios de verano había hecho

que varias personas, en diferentes países, murieran tras una combustión espontánea de sus cuerpos.

Capítulo 19

La casa de Agatha estaba atestada de guerreros que se reponían de sus heridas. Ana y Jaime, como eran vampiros, se recuperaban ellos solos de sus heridas por su capacidad regeneradora. El profundo tajo del brazo de Börg iba sanando poco a poco gracias al don del hada. La espada de Tabilov había cortado músculos y tendones, y había llegado a rozar el hueso.

—Es increíble —susurró Hércules.

—En el Olimpo podemos curarnos —afirmó Atenea, contemplando sus propias heridas.

—Prefiero que la reina de las hadas me cure —respondió seductor Hércules guiñando un ojo, para enfado de Börg—. Hoy me toca guardia con los niños de Maca y, si me ven sangrando, se van a asustar.

—Pues ponte una tirita, mi novia solo me cura a mí.

—Tranquilo, vikingo, tú eres el más guapo, el que mejor lucha, el único dueño de mi corazón.

Börg le dedicó una mirada orgullosa, para acto seguido robarle un beso a su hada, que le dejara claro a Hércules que no tenía nada que hacer.

—Buscaros una cama —bromeó Jaime ante las risas del resto.

—Fue una suerte que el hacha estuviera a tu lado en ese instante —comentó suspicaz Lino.

—¡Ja! ¡Suerte! —exclamó Agatha terminando de curar a Börg. A continuación, le pasó una toalla mojada, que había traído Ana, para que se

limpiara la sangre, el sudor y el barro.

—Somos uno; Agatha no solo cura mis heridas, lucha a mi lado para que no las tenga. Un guerrero debe saber qué batallas puede ganar solo y en cuáles debe dejarse ayudar.

—Bien dicho, amigo —asintió Lino, apretando el hombro del vikingo.

El hada cambió de asiento para curar las heridas de Hércules, que no eran más que leves rasguños comparadas con las de Börg. El dios griego se quejaba a cada segundo de las molestias que sentía a medida que Agatha cerraba sus heridas. Börg vigilaba las reacciones del dios, dispuesto a cortarle una mano si se propasaba con su chica.

—¿No fuiste tú el que mató al León de Nemea, a la Hidra de Lerna y se enfrentó al Toro de Creta y no sé a qué a más? —le preguntó socarrón.

—En el fragor de la batalla las heridas no duelen, pero ahora me estás matando, rubia —respondió quejica Hércules.

—Listo. Veamos esa herida de la pierna, Atenea —dijo Agatha pasando del bravucón de Hércules. La hermosa diosa se había limpiado la sangre y el barro, y había dejado a la vista una fea herida que abarcaba toda la pierna derecha, causada por una lanza de uno de los elfos oscuros—. Noto algo de veneno, quédate quieta, lo eliminaré.

Los ocupantes del improvisado sanatorio guardaron silencio, contemplando maravillados el don de Agatha. Hasta Natalia y Ruth observaban calladas, conocedoras de que el poder que estaban viendo sobrepasaba en mucho al de cualquier otra hada. Cuando vieron volar a Agatha lo comprendieron, ninguna de ellas podía hacerlo y, que ellas supieran, ningún hada, blanca o negra, era capaz de hacerlo. En ese instante, una tenue luz blanca parecía salir de sus dedos y recorría el contorno de la herida, lo que causó que un reguero de pus amarillento manara de ella. Con una toalla limpia, Lino ayudó al hada a retirarla de la pierna de Atenea. Una mezcla de admiración y orgullo inundó el corazón de Börg. Su hada era generosa y valiente. No se había amilanado en la batalla, y había luchado a su lado como el más fiero de sus guerreros. Eso sí,

tardaría en perdonarle que les hubiera ocultado a todos lo poderosa que era. Cuando vio aparecer a Tabilov, su único miedo fue que ella muriera. Después de más de mil años en busca de la dueña de su corazón, no soportaría perderla tan pronto.

Agatha pensó que nada mejor, para reponer el cuerpo y la mente, que una taza de té de arándanos con mandarina. Jaime sugirió que con unas gotas de whisky escocés mejoraría, algo en lo que todos estuvieron de acuerdo para enfado de Agatha.

—No sabéis apreciar lo bueno.

—No te enfades hadita, solo son unas gotitas —afirmó el highlander volcando la botella en la taza.

—Por cierto Lino —comenzó a decir Agatha sonriendo con picardía—, ¿qué hay que hacer para contratar una niñera de tu servicio de cuidadores?

—¡No soy una niñera! —exclamó Hércules enfadado, haciendo reír a Atenea.

—Agatha no creo que Marta quiera un dios por su casa —intervino Ana—. Si han sabido criar a ese par de terremotos que son los gemelos, Mateo y ella se las arreglarán con uno más.

—No es para ellos —negó el hada dando un sorbo a su té, haciendo que cierto guerrero vikingo se atragantara con el suyo.

—Apolo me debe un favor —dijo Lino entendiendo la situación—. Además es el dios de la curación y de la protección contra las fuerzas malignas y está conectado con la naturaleza.

—Y de la muerte súbita, de las plagas, de la verdad... —continuó enumerando Hércules.

—Precisamente, el indicado —aseguró Lino.

—Me estoy poniendo nervioso —declaró Börg mirando a Agatha—. ¿Qué más no me has dicho?

—Estoy embarazada. ¿No te hace ilusión tener un vikingo o una vikinga en miniatura?

Fin

Nota de autora

Esta es la segunda parte de *Un té con amor*. Como recordarás, querido lector, la primera entrega de la serie tenía dos finales, y esta novela continúa a partir de Un final feliz. Sus personajes tienen aún mucho que contarnos.

No he podido resistirme a escribir una novela de vampiros a mi manera, con la visión romántica e idílica que tengo de ellos. Por otra parte, los Highlanders y los vikingos siempre me han parecido los protagonistas masculinos más seductores, y por eso debían estar en *Arándanos con mandarina*.

En mi mesa, la pequeña figura de un hada, *Campanilla*, me contempla mientras escribo. Esos mágicos seres poblaron los cuentos que leía de pequeña, y tienen que tener su rinconcito en mis novelas.

Espero que me acompañes en la siguiente entrega de la serie y sigas soñando conmigo.

de la pequeña, Luna veía la sonrisa de su padre. El guapo moreno de ojos miel que una noche ligó con ella en un bar, y con el que terminó enrollándose en el callejón trasero, entre contenedores de basura y cajas de refresco apiladas en un rincón. Nunca lo volvió a ver, ni se le ocurrió buscarlo. Cuando supo que estaba embarazada, lejos de asustarse, pensó que era el mejor regalo que la vida le daría nunca. Su abuela Micaela, que la había criado desde que sus padres murieron en un accidente, tras el disgusto inicial, la había apoyado y ayudado en todo. Por las mañanas dejaba a Sofía con su bisabuela para ir a la Biblioteca Municipal donde trabajaba. Micaela la llevaba al colegio y la recogía cuando salía, para llevarla a su casa a comer. Era la mejor niñera del mundo. Tenía jornada de mañana, no ganaba demasiado, pero lo compaginaba con su página web de muñecas de trapo, que hacía ella misma, y de ese modo conseguía llegar a final de mes.

—¿Qué quieres desayunar hoy? —le preguntó a Sofía mientras la llevaba en brazos a la cocina.

—¡Tortitas!

—Marchando unas tortitas.

Encendió la *tablet* para que la niña se entretuviera viendo dibujos mientras preparaba las tortitas para las dos. Pronto la cocina se llenó del olor a caramelo, café y Cola Cao. El sonido del timbre le avisó de que su abuela acaba de llegar. Normalmente, llevaba a la niña a casa de esta, que vivía en el siguiente portal, pero llevaba un par de días acatarrada con algo de fiebre y prefería no llevarla al colegio ese día.

—Gracias por venir, abuela, te he hecho madrugar.

—No pasa nada, cariño.

—Yayaaaaaaaaaaaaaaaaa —un torbellino pelirrojo las interrumpió metiéndose entre las dos, buscando su ración de mimos mañanera.

Media hora más tarde, Luna ya arreglada, se despidió con pena de las dos mujeres de su vida y, mirando el reloj, vio que tenía que apresurarse o llegaría tarde a abrir la biblioteca. Con disgusto se cruzó con el fotógrafo que tenía la

tienda justo en frente de su casa. Cada día era el mismo ritual: Luna salía de su portal, cruzaba la calle, y al segundo paso se topaba con el hombre en la estrecha acera. De pelo castaño, piel canela, ojos azules y labios voluptuosos, vestía con pantalones de cuero negro que compaginaba con una cazadora que, debía reconocer, le sentaba de maravilla. Quince años atrás, en la época de la universidad, habían coincidido en la misma pandilla y durante un par de meses salieron juntos en grupo. Luna se enamoró perdidamente del guapo moreno, que, como un pavo real desplegando sus plumas, la conquistó con sus palabras y sus miradas. En el asiento del coche donde tuvieron sexo, para Luna fue su primera vez, él le aseguró que la quería y ella como una tonta se lo creyó. Construyó castillos en el aire que se derrumbaron al descubrir que, como a ella, había engatusado a otras dos chicas del grupo que también habían creído ser la única mujer que ocupaba el corazón de Riv. Maldito desgraciado, sin importarle que le vieran, se había liado con aquella morena en el aseo del bareto en el que estaban. Con cara de tonta vio cómo, en lugar de avergonzarse al ser descubierto, le guiñaba un ojo mientras seguía embistiendo a la chica. Al salir a la carrera del baño, se cruzó con las otras dos novias de Riv, que la miraron con pena. Al parecer era un secreto a voces en la pandilla, los chicos le admiraban por tirarse a cuanta mujer veía, y las chicas, avergonzadas, ocultaban y callaban que habían caído en los brazos del donjuán de pacotilla. La timorata sociedad de la época tildaba a los hombres de machos ibéricos y a las mujeres de «fáciles», adjetivo que seguía en vigor para calificar despectivamente a las féminas. Y claro, se veía que no había locales disponibles en Salamanca, que había ido a poner su tienda de fotografía justo en frente de su casa. Esa mañana, volvía a tenerlo a unos centímetros, dedicándole una sonrisa que intentaba ser seductora y que Luna de buena gana le borraría del rostro de un bolsazo, pero el riesgo de romper el móvil que llevaba dentro le impedía hacerlo.

—Buenos días, Luna.

¿Por qué tenía que tener esa voz de locutor de radio que la hacía flaquear?

No, no podía ser. Afianzándose en sus tacones, se irguió en su uno setenta de altura, poniendo sus ojos a la altura de los Riv. Luna desvió la vista y siguió caminando con seguridad, lo que causó que un par de padres que llevaban al colegio a sus hijos se giraran a mirarla apreciativamente, algo que a Riv no le gustó. Luna se colgó una medalla imaginaria y sonriendo continuó su camino.

La biblioteca donde trabajaba era un edificio precioso en el centro de la ciudad, situado en la Plaza de Gabriel y Galán. Tenía una sección infantil que era donde Luna tenía su puesto de trabajo. Durante un par de horas estuvo distraída colocando y catalogando los ejemplares nuevos que habían llegado ese día. Los ocasionales visitantes interrumpían su tarea y le daban la oportunidad de estirar la espalda. Justo un poco antes de las once, entró una de sus amigas: Agatha. Sus abuelas habían sido como hermanas durante muchos años, por lo que se conocían desde siempre, pero la relación de amistad entre ellas se había iniciado en el cumpleaños de los gemelos de una tía de Agatha, Marta, a la que había conocido a través de una amiga común, Macarena, una escritora de éxito cuya hija era amiga inseparable de su pequeña Sofía. Maca y su marido, Julián, vivían junto con sus cuatro hijos en el mismo edificio que Luna y su hija, y era frecuente que María y su hermano Raúl bajaran a su casa a jugar con Sofía, o que esta subiera a casa de ellos. Incluso alguna vez que su abuela no había podido quedarse con la niña, Maca se había quedado encantada con ella. Luna no sabía cómo lograba compaginar el cuidado de los niños con la escritura, cuando ella hacía malabares para poder cuidar a Sofía, cumplir con los encargos que llegaban a su página web y su trabajo en la biblioteca.

—Tengo ayuda con los niños. Unos canguros de toda confianza —le había explicado Maca el día que lo preguntó.

Ya podían serlo porque la mayor, Vega, estaba en esa época en que se pasaba el día encerrada en su cuarto hablando con las amigas, escuchando música que Luna podía oír a veces desde su piso. Pasaba de sus hermanos, y estos de ella, salvo para fastidiarla y pincharla con sus chanzas cuando podían. Lino tenía

ocho años y era el bromista oficial del edificio. Todos los vecinos sabían que, si aparecían los felpudos cambiados de puerta, había sido el niño en un despiste de sus padres. Una vez le habían hecho ir puerta por puerta disculpándose por su última trastada, pero había servido de poco escarmiento. Había vuelto a casa con los bolsillos y las manos llenas de dulces, los vecinos al ver su cara de angelito terminaban perdonándole y dándole alguna galleta o alguna chocolatina. Por último estaban los gemelos Raúl y María, que iban a la misma clase que Sofía, lo que los convertía en amigos inseparables.

—Atenea es muy divertida y Hércules nos deja hacerle trencitas, tiene el pelo muy largo y le salen muchas —le había contado Sofía después de una tarde que fue con sus amiguitos a merendar, permitiendo a Luna hacer unas compras.

—¿Atenea y Hércules son los canguros de los gemelos? —preguntó Luna sorprendida.

—Sí. Son geniales. Me han dicho que soy especial y que ellos cuidarán también de mí.

Al día siguiente le había preguntado a Macarena por tan peculiares niños.

—No tienes por qué preocuparte. Son de toda confianza. Nunca harían nada que lastimara a los niños y no permitirán jamás que nadie les haga daño.

Se había acostumbrado a oír a Sofía hablar de ellos, y ya eran nombres comunes en sus conversaciones y en sus vidas. Precisamente esa mañana, Agatha la recogía en la biblioteca para ir con Macarena a tomar café en una cafetería que habían abierto nueva con unos dulces muy ricos. Algo que su embarazadísima amiga no debería hacer si no quería terminar rodando como una pelota. Su cuerpo empezaba a parecerse a una bola con piernas y brazos. Ya hacía semanas que había dejado de verse las puntas de los pies, y, sin la ayuda de Börg, le sería difícil vestirse sola. Lo que no se podía negar era que el embarazo le había sentado fenomenal a su ya de por sí bello rostro, puesto que irradiaba paz y luz en perfecta armonía.

—Hola, Luna, ¿ya estás lista? Traigo unos libros de los niños de Marta para

devolver.

—¿Cómo está Marta?

—Aunque algo dolorida del parto, está muy feliz con la pequeña Margarita. Es un amor de niña. Tengo la ahijada más preciosa del mundo. Los gemelos no lo están tanto.

—Ja, ja. ¿Y eso?

—Ayer fuimos a cenar con ellos, cuando estábamos Marta y yo acostando a la niña, y Mateo, recogiendo los platos, los gemelos se sentaron en las rodillas de mi vikingo y le preguntaron si conocía a algún buen abogado.

—¿Qué? —preguntó Luna divertida.

—Quieren *renunciar* a la cigüeña. —Al oír lo que los niños con su media lengua habían pedido a Börg, Luna ya no puedo contenerse y estalló en carcajadas—. Le escribieron una carta donde le pedían muy clarito que querían un hermano, no una hermana. Al parecer consideran que la casa está inundada de lazos, peluches y un montón de cosas rosas.

—Es muy duro, tito B. Mamá ya no nos deja dejar la ropa tirada en el baño, ahora hay que ponerla en un cesto rosa. No podemos hacer ruido porque la podemos despertar, pero ella llora y llora. Espero que tú hayas escrito bien la carta.

—Es solo el principio —se lamentó el otro—. Va a ser horrible.

—No creo que podáis denunciarla, vuestros padres están contentos y vosotros también lo estaréis con Margarita. Esperad a que crezca un poco y ya veréis cómo se une a vuestros juegos. Además, chicos, siento deciros que la tía Agatha y yo esperamos una niña también —les informó Börg intentando contener la risa.

—No te preocupes, tito, puedes guardar tus juguetes debajo de nuestra cama. Con nosotros estarán seguros. En nuestra habitación no hay rosa y no entran los bebés llorones.

—Salgamos fuera —le pidió Luna a su amiga, ante las miradas de reproche

de los visitantes que en esos instantes recorrían la biblioteca.

—Pasároslo bien —les dijo su compañera Teresa que entraba cuando ellas salían del edificio. Adoraba a su compañera. Coincidió con ella cada dos semanas, ya que ella alternaba, y una semana estaba de mañana y otra de tarde. Tenía una cara de duende, morena de pelo corto, con unas divertidas gafas a lunares blancos y azules que llamaban la atención de todos los niños que entraban en la biblioteca, incluida Sofía, que siempre intentaba probárselas.

Macarena estaba en la puerta esperándolas con una sonrisa. Estaba contenta porque el día antes una novela suya había salido a la venta, y en unas horas se había colocado en los puestos más altos de Amazon. Börg y Mateo, los dueños de M&B la editorial donde publicaban sus libros estaban organizando una presentación por todo lo alto para esa misma semana. Agatha ayudaba a su vikingo con los preparativos, especialmente a la hora de elegir el catering.

—Umm, no estoy segura si incluir estas tartaletas de espárragos o a las de salmón. Voy a probar otra.

—Llevas cuatro de cada una —replicó Börg contemplando a la tragona que tenía por novia, zampano tartaletas a dos carrillos sin ningún pudor, ante la mirada alucinada del dueño de la empresa de bufet, que nunca había visto comer tanto en una cata.

—«Estaz están bunicimas» —dijo Agatha con la boca llena, señalando las de espárragos.

—Tendrá que disculparla, lleva dos horas sin comer y el embarazo le da hambre —se disculpó Börg mientras Agatha le miraba con ojos asesinos. Ella no tenía la culpa, su niña quería comer y no iba a dejar a la pobre bebé con apetito. Ahora mismo le estaba diciendo que los bocaditos de verduras con gambas debían de estar buenos e iba a comprobarlo.

Las tres amigas se dirigieron con paso ligero a la cafetería cercana donde los dulces las saludan desde sus bandejas, tentándolas a probarlos. Con unas

aromáticas tazas de té verde con jazmín y unas caracolas para acompañarlas, se sentaron en su mesa favorita.

—Esta mañana me he vuelto a cruzar con el fotógrafo —les contó Luna recordando el encuentro con Riv de ese día.

—También es mala suerte tener que ver cada día a tu ex.

—Lo peor, Agatha, es que mi abuela me recrimina por ser tan arisca con él. Dice que es un buen chico. ¡Si ella supiera! Se deja engañar por su cara de bueno, pero es el diablo personificado.

—Luna, debes reconocer que está bueno.

—No, Macarena, sí eso lo reconozco. Es un cabrón muy guapo, pero sigue siendo un cabrón.

—¿Pero tú le has visto con alguna mujer? —preguntó Agatha entre mordisco y mordisco a su caracola.

—Les pone ojitos a todas las clientas. Tendrías que ver la de gente que tiene, y eso que ahora nadie revela fotos. Si no llevan a los niños a hacerse unas fotos, van a hacerse las fotos del carnet de identidad, o para el gimnasio. Lo que sea. El caso es que, por las tardes, que es cuando estoy en casa, las veo entrar y salir.

—Pues para no interesarte el tal Riv, estás muy atenta a lo que pasa en su tienda —afirmó Macarena haciéndole un guiño a Agatha.

—¿No estarás celosa? —preguntó esta última captando la indirecta.

—¿Yo? ¡Por supuesto que no! —exclamó Luna, centrándose en su taza de té y desviando la atención de sus amigas hacia la futura presentación del libro de Macarena. Las quería, pero la agobiaban por su insistencia continua en que saliera a divertirse y conociera hombres. Con su pequeña y su trabajo, tenía suficientes ocupaciones en su vida, no tenía tiempo para más.

—Venga, chicas, contadme qué tal van los preparativos de la presentación, que ya casi tengo que regresar a la biblioteca.

—Está todo listo —aseguró Agatha—. Ana está preparando unas bolsitas con un pequeño tarrito de crema de manos y unas flores secas, para dar de

regalo a los que compren el libro.

—¡Qué buena idea!

—Quería regalar algo diferente a un marcapáginas, tener un detalle con mis lectores. En realidad fue idea de Julián consultar con Ana. En su tienda hay de todo.

—¡Hasta las muñecas de Luna! Ana me ha dicho que vas a venderlas allí también.

—Sí, en realidad, unas en miniatura en la tienda de Ana, a las que les he cosido una argolla para que sirvan como llavero; y otras más grandes, de unos cuarenta centímetros, en la tienda de Marta.

—Creo que sé cómo irán vestidas —dijo Agatha riéndose—. ¡Con tejido escocés!

—¡Adivinaste! —exclamó Luna. Desde que Ana había encontrado el amor de su vida en la persona de un guapo highlander, Escocia estaba muy presente en su día a día, incluyendo los artículos que vendía en su tienda.

—Quiero una para María —pidió Macarena, pensando que en realidad terminaría quedandosela ella. Las muñecas de Luna eran verdaderas obras de arte. Hechas a mano a imagen de su ama. Sofía tenía una en su cama con su misma carita y sus mismos rizos rebeldes.

—Bueno, chicas, todo riquísimo y la conversación aún más, pero debo regresar al trabajo. Nos vemos.

El resto de la mañana pasó en un suspiro para Luna, que ya temía que tendría que darse prisa en terminar la que estaba haciendo para la niña de Agatha. Por el tamaño de su barriga, era cuestión de días que diera a luz y aún le faltaba hacer la mayor parte del vestido y del rostro.

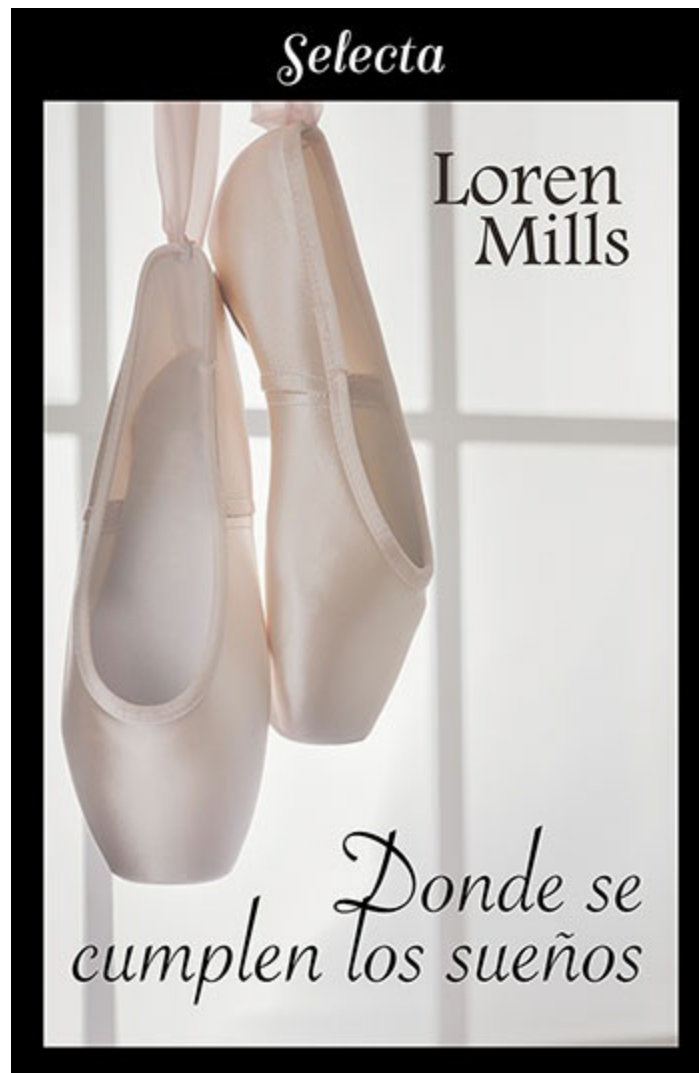
Si te ha gustado

Arándanos con mandarina

te recomendamos comenzar a leer

Donde se cumplen los sueños

de *Loren Mills*



Prólogo

Toulouse, Francia
10 de enero de 2017

—Hoy, por fin es hoy...

Sueños, miles de ilusiones que cumplir. Sentía que era posible que en su mirar quedaran reflejados cientos de sueños, de aquellos que caminaban de un lado a otro. Subidas y bajadas, sonrisas y lágrimas; todo es posible en un mundo donde los sueños se cumplen, pero también donde las derrotas están presentes. Tal vez esa sea la magia de ese sentimiento, de esa ilusión, de la lucha diaria.

Jania conocía muy bien el sentir de cada situación.

La sonrisa al superar una meta, las lágrimas y el dolor que se ancla al corazón cuando caes ante una pequeña derrota. Sabía qué era levantarse una, otra y otra vez; luchar, seguir adelante, nunca mirar atrás, mucho menos rendirse.

Sabía qué era vivir por y para un sueño.

Su sueño cumplido.

Un sueño que poseía un bello nombre.

Danza.

Nerviosos, sus dedos no dejaban de jugar con la tela de su camiseta. A través del ventanal, observaba cómo ambas atravesaban, calle tras calle, mientras sentía cómo los minutos se hacían eternos. Por segundos olvidó la belleza del lugar donde se encontraba. Una ciudad mágica, embellecido con colores clásicos, cada rincón dotado de una belleza especial. Era capaz de reconocerlo. Estaba enamorada de Toulouse, donde volvió a apreciar ese toque de antigüedad que sentía presente en cada uno de sus barrios y que

dejaba la sensación de sentirte en la antigua Roma o en una época incluso más añeja. Calles con corte medieval que no cambiaría por nada del mundo. Pues allí se sintió en aquellos días donde corría atravesando las calles de su hogar, en otra vida ya lejana, allá en su bella Polonia.

Ese es tu sueño, ¿verdad, Jania?

Su azulado mirar se perdió en la lejanía de la ciudad mientras sonreía sin poder sacar ni un ápice de esos nervios que la habían atacado durante días.

Merecerá la pena, todo debe merecerlo.

—Superarás la prueba, estoy segura... —La voz de su madre llegó como de la nada.

—Lo sé, mamá. —Jania lanzó un pequeño suspiro.

—Solo quiero que lo tengas claro, hija. Ya escuchaste lo que te dijo el profesor antes de dejar Polonia.

—«Demuestra lo que vales, has nacido para esto. Brillas tanto en el escenario que ni el amanecer podría dar más luz que tú». —La joven repitió las palabras exactas pronunciadas hacía tantos meses atrás—. Sé que puedo lograrlo, mamá, sé que puedo hacerlo.

¿Qué eran los sueños?

Vida, como lo era la danza para ella. Como lo era ese tiempo que pasaba entrenando, encima de un escenario, a pesar de las heridas, las laceraciones, los huesos rotos.

Era vida, su vida, su sueño, su ilusión, cada latir de su corazón.

—Te quiero, Jania, y estoy muy orgullosa de ti.

Vida.

Compuesta por ese tiempo que pasa como si no fuéramos conscientes de que existe, una eternidad reflejada en el mirar de Jania.

Un acto del destino con el que no sonrió, con el que lanzó un grito unido a la sonora voz de su madre. Un giro y un auto que viajó directo hacia el suyo. Y después, el mundo dando vueltas... El destello de los cristales rotos, ante sus ojos, heridas que ardieron y se abrieron paso en cada centímetro de su piel. Un

intenso aroma a gasolina que inundó cada sentido, y un sueño roto provocado por un accidente de tráfico.

La melodía que se repetía una y otra vez en su cabeza sería una pieza que sus pies nunca llegarían a bailar...

Se esforzó por gritar, quería pedir ayuda, pero nada en ella funcionaba. Lo único que sintió fue un dolor punzante en su pierna derecha, esa pierna que debió moverse al son de la música unas cuerdas más allá. En la magnificencia de un increíble teatro.

—¡Sacad a mi hija del coche! —El grito de su madre taladró su corazón—. ¡Por favor!

Un grito de súplica; el pequeño y lento latir del corazón de Jania dio paso a la oscuridad, que comenzó a envolver todo su alrededor y que provocó la pérdida de la realidad de su mundo, un mundo que amaba. Las voces se convirtieron en un eco lejano; sintió cómo su cuerpo se movía como el ligero peso de una pluma. Con la misma ligereza que siempre la había caracterizado encima del escenario.

Sonrió —a pesar del dolor—, cerró sus ojos y se dejó llevar por la música y esos momentos en los que bailaba sintiendo que nada más podía llegar a importar.

Se aferró a esos recuerdos e imágenes, a la melodía de fondo que una y otra vez sonaba mientras sus músculos se contraían sintiéndose derrotados. Nunca le importó acabar destrozada, casi sin poder moverse. Jania soñó un día que quería bailar, provocar sonrisas, más allá de la suya propia.

Soñó hasta que el sueño cayó bajo su propio peso por un simple golpe del destino.

—No hemos podido salvar su pierna...

Los ojos de Jania permanecían cerrados a pesar estar despierta y plenamente

consciente. Algo se lo había dicho; fue más que un presentimiento el que había sentido después de recuperar la consciencia. Todo había cambiado para siempre. Los dedos de sus manos dieron un pequeño y ligero movimiento como acto reflejo.

—Pero ella es bailarina. —Escuchó la dulce voz de su madre y, a pesar de todo, sintió un gran alivio por que ella estuviera bien—. Es bailarina...

El llanto de la mujer —un llanto desesperado— llegó hasta los oídos de Jania mientras esta ahogaba pequeños gritos de dolor entre sollozos. Quiso decirle: «No te preocupes, todo estará bien», pero nada estaba bien. Jania lloró, en silencio, sin derramar ni una sola lágrima, clamando por algo que se convirtió en su nuevo sentir.

Si en su vida no podía estar la danza, no merecía vivir.

No quedaría nada por lo que luchar.

¿Cómo iba a seguir adelante sin su sueño?

Por unos segundos, se imaginó que en ese mismo instante se encontraba sobre el escenario de aquel maravilloso teatro, el Teatro Nacional de Toulouse, allí donde se cumplían los sueños. En su mente, no hizo más que dibujar las imágenes de su esbelto cuerpo moviéndose, atravesando el escenario, dejándose llevar por el sonido de la música.

Y así fue como soñó que cumplía su sueño, cerrando sus ojos, con la esperanza de quedarse con esa última imagen y de no volver a abrirlos jamás.

Arándanos con mandarina



«—Puedes estar tranquila. Tu sangre y la de los tuyos, es venenosa para los de mi especie.

—¿La sangre de mi familia? ¿Por qué? ¿No estamos ricos?

—No me has entendido. No me puedo creer que Margarita no te dijera nada, ella sabía lo que eras, estoy seguro —insistió Jaime negando con la cabeza—. Me refiero a los que son como tú, mejor dicho a las que son como tú. Sois todas

mujeres.

—¿Quiénes?

—Hadas. Agatha, eres un hada.»

La abuela de Agatha ha muerto de forma inesperada, sumiéndola en una profunda tristeza que no la deja vivir. Recordando que su querida abuela evocaba con cariño un viaje a Escocia de su juventud, decide seguir sus pasos y viajar a Inverness. Allí conoce a Jaime, un guapo highlander, por el que empezará a sentir algo más que amistad.

Al regresar de su viaje, vuelve a reencontrarse con Börg, un conocido de su pasado por el que no sentía más que desprecio, y ahora hace que su corazón este dividido entre el atractivo escocés y el apuesto vikingo.

El triangulo amoroso se complicará aún más, al descubrir que los tres son más de lo que aparentan.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto*, su segunda incursión en el género.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Mar P. Zabala

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-31-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Arándanos con mandarina

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Nota de autora

Próximamente

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mar P. Zabala

Créditos